

Bianca™

Joyas del corazón

Sarah Morgan

Joyas del Corazon (2007)
Título Original: Blackmailed by Diamonds, Bound by Marriage (2006)
Serie Multiautor: 7º Matrimonio Mediterráneo
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1782
Género: Contemporánea
Protagonistas: Angelina Littlewood y Nikos Kyriacou

Argumento:

El diamante de la familia Kyriacou había acabado por error en manos de la bella Angelina Littlewood y Nikos Kyriacou debía recuperarlo. Pero Angie tenía motivos para no querer perder aquella joya… y para querer vengarse de Nikos.

Así que decidió poner fin a la vida de hedonismo de Nikos… ¡casándose con él! Pero una cosa era chantajearlo para poder casarse con él y otra muy diferente descubrir que estar casada con el guapísimo y arrogante griego era un verdadero placer. Porque Nikos exigía que, como esposa suya que era, compartiera su vida… y su cama.

Aquel diamante pertenecía a la familia Kyriacou desde hacía muchas generaciones. El primogénito debía ofrecerle como regalo a la mujer a la que amara con todo su corazón…

Capítulo 1

El inconfundible sonido de pisadas resonó en las antiguas escaleras de piedra que llevaban a la planta baja del museo.

Angie Littlewood levantó la vista de sus anotaciones, distraída por aquello. La planta de arriba del museo estaba llena de visitantes, pero en aquel lugar se gozaba de casi un silencio reverencial.

A Angie le sorprendió un poco ver a Helen Knightly aparecer por la puerta ya que ésta, como conservadora del museo, solía estar muy ocupada con los visitantes a aquellas horas. Pero la sorpresa se convirtió en preocupación al observar la angustia que reflejaba la cara de su compañera.

—¿Estás bien, Helen? ¿Ocurre algo?

—No sé cómo decírtelo, querida —dijo Helen, más pálida que de costumbre.

Estaba claro que tenía algo que ver con su madre. Gaynor Littlewood había estado tan traumatizada durante los últimos meses por lo que había ocurrido que incluso a veces Angie tenía miedo de dejarla sola en la casa.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hay alguien arriba que pregunta por ti.

Suspirando silenciosamente, Angie colocó en su sitio la cerámica antigua que había estado examinando y se levantó.

—Si es otra vez mi madre, lo siento —Dijo, colocándose bien las gafas mientras se dirigía a la puerta—. Los últimos seis meses han sido muy difíciles para ella y yo no dejo de repetirle que no puede presentarse aquí de improviso…

—No es tu madre —La conservadora del museo tosió nerviosa.

Angie pensó que si no era su madre tendría que ser algo relacionado con la recaudación de fondos. En ese momento se oyeron unas pisadas en las escaleras. Miró hacia la puerta y vio a un hombre entrar sin esperar siquiera a que se le invitara a hacerlo.

Angie se quedó mirándolo, absorta por la belleza de las facciones de aquel hombre, que le recordaba a un dios griego…

—¿Doctora Littlewood? ¡*Angie*! —dijo Helen en un tono bastante brusco.

Entonces Angie se percató de que los patrocinadores no querían que los arqueólogos estuvieran distraídos y aquel hombre parecía muy importante. Se fijó en los dos hombres que le esperaban en la puerta con una actitud respetuosa y atentos a todo. Pensó que quizá aquel hombre estuviera considerando realizar una donación muy importante al museo. Dejó a un lado su timidez y se acercó a él; un hombre que nunca se fijaría en una mujer como ella.

Se dijo a sí misma que no importaba que ella no fuese guapa ni elegante. Se había graduado la primera de su clase en la Universidad de Oxford y hablaba con fluidez cinco idiomas, incluyendo latín y griego.

—Encantada de conocerlo —dijo, tendiéndole la mano al hombre. Oyó cómo Helen emitía un afligido sonido.

—Angie, éste no es… quiero decir… debería presentaros —comenzó a decir Helen.

Pero el hombre se acercó y tomó la mano que le tendía Angie.

—¿Es usted la señorita Littlewood? —preguntó él con una voz dura y marcada con un leve acento.

—Éste es Nikos Kyriacou, Angie, el presidente de Kyriacou Investments.

Nikos Kyriacou. Al percatarse de la realidad, Angie soltó su mano y se echó para atrás. Durante los últimos seis meses su madre había estado repitiendo aquel nombre cuando se iba a dormir cada noche, sollozando.

Dándose cuenta de la repentina tensión que se había apoderado del ambiente, Helen carraspeó.

—Quizá debiéramos… —comenzó a decir, indicando la puerta.

—Déjenos —dijo Nikos Kyriacou, que estaba mirando fijamente a Angie con sus oscuros ojos—. Quiero hablar con la señorita Littlewood a solas.

—Pero…

—Está bien, Helen —mintió Angie, que ya sentía cómo le temblaban las rodillas. En realidad no quería quedarse a solas con aquel hombre, cuya falta de delicadeza no le había sorprendido.

Ya había deducido que no tenía dignidad… no tenía ni ética ni moral. Era como el dios griego *Ares, el Dios de la guerra*; frío y guapo, pero que llevaba muerte y destrucción.

Se enderezó; le debía a su familia el enfrentarse a él. Pero el problema era que ella odiaba los conflictos. Claro que en aquella ocasión no le quedaba otra opción.

Mirando a aquel hombre, se dio cuenta de que era tan frío e intimidador como se decía de él, y de repente todo lo que deseó hacer fue salir corriendo. Pero entonces recordó a su hermana cuando era pequeña, tan rubia y perfecta, siempre sonriendo. Y recordó también los sollozos de su madre… y todas las cosas que había decidido decirle a Nikos Kyriacou si algún día lo tenía frente a ella.

Se preguntó por qué debería tener miedo de quedarse a solas con él; ¿qué le podría hacer él a su familia que no le hubiera hecho ya?

El seguía mirándola fijamente y ella pensó que había que reconocer que aquel hombre tenía valor; era capaz de mirarla a los ojos sin aparentar el más mínimo remordimiento.

—Primero, quiero ofrecerle mis condolencias por la muerte de su hermana —dijo él una vez estuvo seguro de que Helen ya no podía oírlos.

Lo directo que fue impresionó a Angie casi tanto como su hipocresía. Aquello habría podido significar algo si hubiese hablado con un poco más de dulzura, pero el tono que empleó Nikos era duro; aquella frialdad era casi insultante.

—¿Sus condolencias? —dijo ella con la boca tan seca que apenas podía hablar—. La próxima vez que ofrezca sus condolencias, por lo menos trate de aparentar sentirlo. Dadas las circunstancias, su compasión está fuera de lugar, ¿no le parece? ¡De hecho, creo que tiene muy poca vergüenza de presentarse aquí para ofrecer «sus condolencias» después de lo que hizo!

Era la primera vez que Angie le hablaba a alguien de aquella manera.

—La muerte de su hermana en mi villa fue muy desafortunada, pero…

—¿Muy desafortunada? —Angie, que nunca levantaba la voz, lo hizo en aquel momento—. ¿Desafortunada? ¿Es eso lo que se dice a sí mismo, señor Kyriacou? ¿Es así como apacigua su conciencia? ¿Cómo logra conciliar el sueño por las noches…?

—No tengo ningún problema para dormir por las noches —los ojos de Nikos reflejaron algo peligroso.

Angie se percató de repente de lo rápido que le latía el corazón y de lo húmedas que tenía las manos. Sintió ganas de agredirlo y debió notársele ya que los dos hombres que esperaban en la puerta se adelantaron.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Mi equipo de seguridad —Nikos Kyriacou les indicó con la mano que se retiraran.

—¡Comprendo por qué un hombre como usted tiene que ir acompañado de un equipo de seguridad si trata a todo el mundo como trató a mi hermana! ¡No tiene conciencia! —Angie puso ambas manos sobre su escritorio; era eso o pegar a Nikos—. Mi hermana murió porque cayó desde su terraza… ¿y usted está ahí delante diciéndome que tiene la conciencia tranquila?

—Hubo una investigación policial y se le practicó una autopsia. La conclusión a la que llegaron fue que fue un accidente —dijo él sin ninguna emoción reflejada en la voz.

Aquello provocó que el enfado de Angie alcanzara niveles peligrosos. No había tenido ni idea de que pudiera llegar a sentir tanta furia. Pero era porque no había tenido la oportunidad de expresar sus sentimientos; había estado muy ocupada cuidando de su madre y sólo había tenido tiempo de pensar por las noches, cuando su mente se

veía invadida por pensamientos sobre su hermana. *Su hermana pequeña. La persona a la que más había querido en el mundo*.

Las lágrimas empañaron sus ojos y las apartó parpadeando.

—Muerte accidental. Desde luego. ¿Qué otra cosa podría haber sido? —Dijo sin poder evitar el sarcasmo que reflejaba su voz—. Usted es una persona muy importante, ¿no es así, señor Kyriacou?

—No estoy seguro de lo que quiere decir, señorita Littlewood, pero le debo advertir que tenga cuidado.

Había algo en el tono de voz de Nikos que hizo que Angie se estremeciera; la calma heladora que tenía él chocaba con las ardientes emociones que sentía ella. Estaba descubriendo partes de su personalidad que no sabía que existían, como la necesidad de borrar la expresión de superioridad que tenía reflejada él en la cara.

—Soy la doctora Littlewood —corrigió, levantando la barbilla—. Y usted no me asusta.

—Doctora, por supuesto. Doctora Angelina Littlewood. Y el propósito de mi vista no es asustarla —dijo él, esbozando una leve sonrisa que dejaba claro que si hubiera querido asustarla le habría sido muy fácil.

—Nadie me llama Angelina —aclaró ella, que consideraba ridículo aquel nombre; era para otra clase de mujeres, era para mujeres glamorosas y guapas, no para una arqueóloga estudiosa—. Prefiero que me llamen Angie, como sabría usted si supiera algo de mí.

—Sé muchas cosas sobre usted. Es diplomada en Arqueología clásica, tiene un doctorado en Arqueología mediterránea y está especializada en el arte y la cerámica de la Grecia clásica. Un expediente académico muy admirable para alguien tan joven como usted. Dígame una cosa, *doctora* Littlewood… ¿siempre tiene que esconderse detrás de sus títulos?

—Sólo cuando creo que me están tratando con condescendencia —dijo Angie, todavía impresionada al haberse dado cuenta de todo lo que sabía él de ella.

—¿Es eso lo que piensa? —Preguntó él, analizándola de cerca—. No se parece en nada a su hermana, ¿no es así?

No sabía si lo había hecho a propósito o no, pero Nikos había utilizado el arma más dañina.

Angie se dio la vuelta ya que no quería que él se percatara del tormento que aquellas palabras habían causado en ella. Sabía que no se parecía a su hermana… hacía mucho tiempo que había aceptado que eran muy distintas en casi todo. Pero esas diferencias no habían afectado al vínculo que las había unido. Incluso cuando Tiffany se había convertido en una quinceañera malhumorada, Angie había seguido queriéndola profundamente. Saber que no habían tenido

mucho en común no había logrado mitigar el dolor por su muerte; en realidad lo había agravado ya que Angie se sentía culpable por no haber intentado con más fuerzas influir en su hermana pequeña.

Su madre no había ayudado mucho ya que siempre estaba preguntándose qué habría pasado si Angie no hubiese sido tan aburrida y no hubiese estado tan obsesionada por el trabajo, o si hubiese ido con ella a Grecia y le hubiese hecho compañía… la noche del accidente…

Angie estaba incluso comenzando a creer que había tenido parte de culpa en la muerte de Tiffany… por haberle permitido seguir por el camino de la autodestrucción…

—¿Leyó el informe? —preguntó Nikos de manera implacable.

—Si me pregunta si sabía que ella estaba borracha, la respuesta es que sí —contestó Angie de manera calmada, percatándose de la sorpresa que reflejaron los ojos de él—. ¿Qué? ¿Pensaba que no lo sabía? ¿O creyó que iba a negarme a aceptarlo?

—Dado que obviamente me considera a mí responsable del accidente sin tener en cuenta que el informe absolvió a mi familia de ninguna culpa o responsabilidad, pensé que no se había percatado de ese detalle.

—El hecho es que Tiffany era joven, señor Kyriacou. Había celebrado su dieciocho cumpleaños sólo dos meses antes de comenzar a trabajar en uno de sus hoteles. La mayoría de los jóvenes de esa edad han estado borrachos alguna vez; es parte de la evolución hacia la edad adulta.

—¿Lo ha estado usted, doctora Littlewood?

—No entiendo la relevancia de esa pregunta —dijo ella, frunciendo el ceño.

—¿De verdad? —preguntó él, esbozando una leve sonrisa.

—Si está sugiriendo que el leve estado de embriaguez en el que estaba Tiffany le exonera de ser culpable, me temo que yo no comparto su opinión. Su indiferencia me parece insultante dadas las circunstancias. ¡*Usted* fue la razón por la que ella se emborrachó aquella noche! ¡*Todo* fue culpa suya!

—¿Cree que yo le puse la botella en los labios? —Nikos levantó una ceja de manera burlona.

—Como si lo hubiera hecho. En circunstancias normales mi hermana y usted no habrían tenido una relación, pero desafortunadamente el destino hizo que sus caminos se cruzaran.

—¿El destino? —dijo él con gran sarcasmo.

—¡Mi hermana era camarera! ¡Tenía un contrato de dos años con su hotel! ¡Su único papel en las fiestas de la jet set era servir el champán en las copas de gente como usted! —exclamó Angie. Respiró profundamente tratando de calmarse, forzándose a hablar en un tono

más bajo ya que había soportado muchos cotillees sobre su familia—. Tiffany era joven e ilusa y usted se aprovechó de ello. Usted pertenecía a un mundo distinto al de ella, señor Kyriacou, y usted debería haberse dado cuenta de ello incluso si ella no lo hizo. Usted debía haberse ceñido a tener relaciones con modelos, actrices y con otras mujeres que entendieran los juegos que usted elige jugar. Pero usted no se pudo resistir a mi hermana, ¿no es así? —Dijo con desprecio—. Usted se aprovechó de su inocencia y le rompió el corazón.

Entonces se creó un largo y tenso silencio durante el cual él analizó la cara de Angie.

—No es mi intención difamar a su hermana, pero está claro que interpretamos los hechos de manera distinta, así como también la personalidad de su hermana.

—¡Desde luego! ¿Cómo si no podría usted vivir con la conciencia tranquila? Claramente ha logrado convencerse de que usted no tiene culpa de nada. Pero la verdad es que Tiffany nunca había ni siquiera tenido un novio formal hasta que fue a Grecia y aun así usted…

—¿… aun así yo qué…? Por favor, no me oculte nada, doctora Littlewood. Por favor, explíqueme el comportamiento que tuve con su inocente hermana. Le confieso que estoy fascinado por su visión del mundo. Está claro que ha estado mucho tiempo encerrada en las profundidades de los museos y de las universidadesˆ

Angie se preguntó cómo podía ser posible que las mujeres le encontraran tan atractivo. Era cierto que era muy guapo, pero tenía una actitud distante y heladora que a ella le hacía estremecerse.

Recordó todo lo que su madre le había dicho sobre él. Y el hecho de que ésta hubiese estado orgullosa del nuevo romance de su hermana le había llenado de horror y frustración.

—Él tiene por lo menos quince años más que ella —había señalado.

—Es muy rico, Angie, por no hablar de lo influyente que es. Pase lo que pase, tu hermana lo tiene todo resuelto. Estar con él le permitirá entrar en círculos en los que nunca podría haber entrado. Dicen que tiene billones… que es maravilloso en los negocios. Es muy inteligente. Ha salido con modelos y actrices, pero nunca durante más de unas pocas semanas porque parece ser que no tiene intención de casarse. ¡Pero aun así ha estado saliendo con nuestra Tiffany por lo menos durante seis semanas! Obviamente va en serio con ella. ¿Lo puedes creer?

Angie había tenido muchos problemas para creérselo.

—¿Por qué estaría un hombre como Nikos Kyriacou interesado en Tiffany?

Si realmente él hubiese sido tan inteligente como se decía, Tiffany, cuya conversación no iba más allá de la moda y peinados, le habría

aburrido en cuestión de minutos. Angie había querido a su hermana, pero ese amor no le había impedido percatarse de la realidad.

—Tiffany es guapísima —había dicho su madre a la defensiva—. Y un hombre griego tradicional valora la belleza en las mujeres, no lo inteligentes que sean. No espero que lo entiendas porque tu idea de diversión nocturna es tener la nariz incrustada en algún libro gordo con palabras en otro idioma, pero cuando un hombre llega a casa tras un duro día de trabajo ganando millones, espera algo más estimulante que tener una conversación. Pero tú no sabes nada sobre eso.

Angie había murmurado algo con desdén, preguntándose por qué los hombres brillantes se volvían idiotas ante una cara bonita. Lo había visto con su padre.

Mirando a Nikos en aquel momento, no le cupo ninguna duda de quién era el culpable de la muerte de su hermana.

—Tiffany era muy inocente. Incluso podíamos decir que un poco tonta.

—¿Usted cree?

Angie sintió cómo perdía el último resquicio de control que le quedaba. Se dijo a sí misma que era imposible apelar a la conciencia de un hombre que simplemente no la tenía.

—Se supone que usted es un hombre sofisticado, de mundo. No me puedo creer que no viera lo que había debajo del pelo rubio y del maquillaje. No me puedo creer que no supiera la verdad sobre ella.

—Yo sabía todo sobre ella —dijo él rotundamente—. Pero me estoy empezando a preguntar si usted lo sabía.

—Sé que mi hermana siempre se vestía y actuaba de una manera que sugería que era mucho mayor de lo que en realidad era. Pero ella era una niña. ¡No se ceñía a las normas de usted y debía haberlo sabido! Nunca debió hacerle falsas promesas.

—¿Qué promesas son las que se supone que hice? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Le prometió que se iba a casar con ella y ambos sabemos que nunca lo hubiera hecho. Se sabe que el matrimonio no entra en su agenda.

Se creó un largo y tenso silencio.

—¿Qué le hace pensar que le prometí que me iba a casar con ella?

—¡Ella me lo dijo! Estoy segura de que usted esperaba que ella hubiese mantenido su propuesta en secreto. ¡Qué inconveniente para usted que no lo hiciera! —temblando, Angie tomó su bolso y sacó su teléfono móvil—. Me mandó un mensaje dos semanas antes de morir. *Dos semanas antes de que se cayera desde su terraza*, señor Kyriacou.

—Enséñemelo —ordenó Nikos, que estaba muy rígido.

Angie buscó en su teléfono hasta que encontró el mensaje en cuestión.

—Dice; «*N se va a casar conmigo. ¡Estoy tan contenta!*» Estaba viva cuando mandó este mensaje… —dijo, poniéndole el teléfono móvil en la mano a Nikos y tragando saliva—. Ella estaba enamorada de usted y estaba contenta. El siguiente mensaje me lo mandó la noche que se cayó. Léalo, ¿por qué no lo hace?

«*Acabo de descubrir la verdad sobre N. Lo odio*». Nikos leyó el mensaje en alto y se quedó mirando el teléfono móvil; la tensión que sentía era visible.

—Así que era verdad. Su hermana realmente esperaba que me casara con ella.

—¿Y por qué debería sorprenderle eso a usted? ¿Porque ella debía haber sido más lista y no creerlo cuando le dijo que se iba a casar con ella? Tiff era una chica joven y, como todas las muchachas de esa edad, tenía la cabeza llena de romances y finales felices. Debe recordar eso la próxima vez que considere la posibilidad de divertirse con una jovencita. ¡Usted le rompió el corazón a mi hermana! Me imagino que sería por eso por lo que estaba borracha aquella noche. ¡Había descubierto la clase de hombre que es usted!

—Usted no sabe nada sobre qué clase de persona soy, doctora Littlewood —dijo Nikos, con algo peligroso reflejado en sus ojos.

—¡Sé que mi hermana no debería haberse acercado a usted! Cada vez que miro un periódico, le veo con una mujer diferente. Es obvio que para usted el sexo femenino no es más que una diversión.

—¿Y usted siempre cree lo que lee en los periódicos? —preguntó él, tenso.

—Desde luego que no me creo todos los detalles. No soy tonta. Pero las historias tienen que venir de algún sitio.

—¿Ah, sí?

—Lo que nos lleva de nuevo a preguntarnos qué hacía un hombre como usted con una chica como Tiffany.

—Estoy seguro de que usted me lo podrá decir, dado que conoce tanto sobre mí por una fuente tan fidedigna.

—¡No juegue conmigo y no bromee jamás sobre la muerte de mi hermana!

—Créame; no considero nada sobre su hermana gracioso y mucho menos su muerte.

Había algo en la excesiva calma de Nikos que inquietaba a Angie, que de repente sólo quería que él se marchara.

—Por favor, márchese —dijo con la voz ronca y quitándose las gafas. Entonces lo miró a la cara—. No sé para qué ha venido, pero ahora quiero que se marche. Y quiero que me prometa que no se va a acercar a mi madre.

—¿Por qué utiliza gafas? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—¿Perdone? —la irrelevancia de aquella pregunta desconcertó a

Angie, que se quedó mirándolo—. Las necesito cuando trabajo, para ver detalles, pero no comprendo por qué usted…

—Debería utilizar lentillas. No remediará su desafortunada personalidad, pero por lo menos dulcificará su apariencia y le hará parecer más femenina.

Angie emitió un grito ahogado, indignada. En realidad no le debía importar. Su madre se había pasado toda la vida haciendo comentarios parecidos; diciéndole que se pusiera un vestido, que usara maquillaje… parecía que no comprendía que arreglarse no iba a cambiar nada. Ella era muy sencilla; había nacido sencilla y moriría siéndolo. Y no le importaba. Lo único que le importaba era que había perdido a su hermana pequeña.

—No me interesa su opinión sobre nada, señor Kyriacou —dijo, volviéndose a poner las gafas—. Lo único que me interesa es el motivo de su visita. Está claro que no ha venido a disculparse, ¿para qué ha venido? ¿O es que le gusta ver la angustia de otras personas?

Entonces se volvió a crear un largo silencio, durante el cual él la analizó con la mirada, haciéndola sentir muy incómoda.

—¿Para qué ha venido? —preguntó ella de nuevo con la voz levemente entrecortada.

—¿Ha oído alguna vez hablar sobre el diamante Brandizi?

—¿Por qué debería haberlo hecho? —respondió ella, frunciendo el ceño.

—Porque está interesada en la historia y las leyendas, doctora Littlewood, y ambos conceptos se aplican al diamante Brandizi.

—Como ya ha señalado usted, mi especialidad es el arte y la cerámica de la Grecia clásica. Conozco muy poco sobre joyería. Y no comprendo la relevancia de esta conversación.

—El diamante Brandizi es una de las piedras preciosas de más valor jamás documentadas. Se desconoce de qué fecha data exactamente, pero se cree que un príncipe indio mandó que lo tallaran como un regalo para su primera esposa, como un símbolo de amor eterno. Según parece, creía en esas cosas —la leve sonrisa que esbozó Nikos dejaba claro su opinión sobre aquello—. El diamante está rodeado de una gran superstición.

Algo en el tono de voz frío y culto de Nikos captó la atención de Angie, que miró los fragmentos de cerámica que reposaban sobre su escritorio.

—Los mitos y las leyendas suelen ir de la mano. Se puede aprender mucho sobre las creencias de la gente estudiando el arte de la época en que vivieron.

—La piedra preciosa pasó a ser propiedad de mi familia hace varias generaciones. Tradicionalmente se ha ido pasando al hijo mayor para que se lo ofreciera como regalo a la mujer de su corazón. Es de

incalculable valor, tanto económico como sentimental.

Angie sintió cómo se le comenzaba a acelerar el corazón, como siempre le ocurría cuando tenía alguna conversación sobre el pasado. Pero entonces se recordó a sí misma que Nikos Kyriacou no era ningún académico y que no se podía permitir el lujo de tener una conversación con él aunque el tema fuese muy estimulante.

—No comprendo qué tiene que ver nada de esto con mi hermana.

Nikos la miró durante largo rato. Entonces se acercó a una de las vitrinas y miró una de las vasijas que se exponían en ella.

—¿Qué tiene que ver el diamante con mi hermana? —preguntó ella, intentándolo de nuevo.

—Todo —Nikos se dio la vuelta hacia ella, con sus oscuros ojos brillándole—. Su hermana llevaba puesto el diamante Brandizi la noche que se cayó de mi terraza, doctora Littlewood. Sospecho que estaba entre las pertenencias que le entregaron a usted. Y quiero que me lo devuelva.

Capítulo 2

—¿Mi hermana llevaba puesto ese excepcional diamante la noche que murió? ¿El diamante Brandizi? —Angie se quedó mirando a Nikos, asombrada.

—Así es.

—¿El mismo diamante que los hombres de su familia le dan a las mujeres como símbolo de amor eterno? —Angie se rió, incrédula—. ¿Conocía mi hermana la historia?

—Seguramente sí.

—Así que el hecho de que ella llevara puesto el diamante corroboraría su creencia de que usted la amaba y que iba a casarse con ella, ¿no es así?

—Para ser una respetada arqueóloga, usted tiene un alarmante don de mal interpretar las cosas, doctora Littlewood —Nikos gruñó levemente.

—Lo que yo creo es que estoy analizando los hechos por primera vez. Respóndame a una pregunta, señor Kyriacou. ¿Amaba usted a mi hermana?

Nikos dudó ante aquella pregunta, respondiendo así a ella.

—Nos entendíamos —dijo finalmente.

—Estoy segura de que lo hacían. Mi hermana era joven y muy fácil de tentar con la perspectiva del dinero y el romance. Debió ser una presa fácil para un sofisticado hombre con su experiencia.

—Me niego a seguir discutiendo las circunstancias de la muerte de su hermana —gruñó él, que estaba comenzando a enfadarse—. Todo lo que debe saber es que el diamante no le pertenecía.

Angie, percatándose de que en aquel momento ella tenía el poder de hacer la vida de Nikos extremadamente incómoda, sintió cómo la adrenalina le corría por las venas. A aquel hombre sólo le interesaba el dinero; no había mostrado ninguna emoción sobre la muerte de su hermana, pero en aquel momento estaba cada vez más nervioso. Le importaba más la pérdida del diamante que la pérdida de su hermana. Si ésta no hubiera llevado el diamante en el cuello cuando murió, él jamás habría realizado aquella visita y aquello la enfadó aún más.

—Pero si ella lo llevaba puesto la noche que murió, la noche que cayó de su terraza, me imagino que usted se lo había dado. ¿Y qué es lo que acaba de decir? —Angie frunció el ceño levemente—. ¿Qué era un símbolo de amor, que se da a «la mujer de su corazón»? Supongo que por eso Tiffany me mandó ese mensaje. Sabía que una vez llevara puesta la celebre gargantilla, tenía asegurado un futuro como su esposa.

Nikos Kyriacou se acercó a ella, mirándola intensamente.

—Dígame, doctora Littlewood, cuando encuentra alguna antigüedad… —agarró un trozo de cerámica del escritorio de ella— ¿se atreve a certificar su autenticidad inmediatamente?

—Desde luego que no. Tenemos a varios técnicos que fechan los objetos y establecen su valor.

—¿Así que está de acuerdo en que las cosas a veces no son lo que parece?

—Sí, pero…

—Como académica, su trabajo es explorar la verdad que hay detrás de los hechos, ¿no es así? —Dijo él, volviendo a colocar el fragmento de cerámica sobre el escritorio—. No se debe dejar llevar por las apariencias, como hace mucha gente menos educada e informada, ¿verdad?

Angie se sintió muy incómoda y se recordó a sí misma que Nikos estaba tratando de jugar con ella, manipulándola con palabras. Seguramente había hecho lo mismo con su hermana.

—Mi hermana estaba enamorada de usted. Tengo un mensaje suyo que indica que ella realmente creía que usted se iba a casar con ella. Y ahora descubro que llevaba puesto su diamante… ¿Y aun así trata de convencerme de que las apariencias engañan?

Angie estaba tan enfadada que apenas podía hablar.

—Permítame que le diga que aunque las apariencias pueden engañar, también pueden ser asombrosamente precisas. Normalmente las cosas acaban siendo como parecen a primera vista.

—El diamante no le pertenecía a su hermana —dijo Nikos en un tono levemente amenazante.

—Pero aun así ella murió con él puesto y enamorada de usted. Parece que los hechos hablan por sí mismos, ¿no le parece?

Claramente al límite, Nikos respiró profundamente y dijo algo en griego, pensando erróneamente que ella no lo entendería. Puso ambas manos en el escritorio de ella.

—Debe entender que recuperar este diamante es *extremadamente* importante para mi familia.

Angie se preguntó si debía decirle que entendía griego, pero decidió no hacerlo.

—Y usted debe entender que la muerte de mi hermana es extremadamente importante para la mía —entonces alzó la vista, con los ojos brillantes por las lágrimas—. ¿Se da usted cuenta de lo que nos diferencia, señor Kyriacou? Su atención está puesta en los objetos y la mía en las personas. Cuando llegó, pensé que había venido para explicarse y para pedir perdón, pero ahora me doy cuenta de que lo único que quería era llevarse su objeto perdido.

Los ojos de él brillaron peligrosamente y esbozó una dura mueca con la boca. Parecía un volcán a punto de estallar.

Temblando, Angie agarró su bolso y se dirigió hacia la puerta.

—Gracias por molestarse en visitarme personalmente, señor Kyriacou. Ha sido una conversación muy esclarecedora.

Cuando llegó a su casa, Angie encontró que ésta estaba excepcionalmente silenciosa. Al ver la botella de jerez vacía que había sobre la mesa de la cocina supo cómo había pasado el día su madre, que estaría en la cama durmiendo la resaca.

Agotada por la conversación que había mantenido con Nikos Kyriacou, se quitó el abrigo y se dirigió al desván, donde sabía que su madre había guardado la maleta que les habían mandado de Grecia. *Maleta en la que se encontraban las pertenencias de su hermana.*

Al poner la mano en la cremallera de la maleta, sintió cómo las emociones se apoderaban de ella. Su madre ni siquiera la había abierto y no la podía culpar; ella tampoco tenía ganas de hacerlo.

Recordó el mito de Pandora y se planteó si aquella maleta contendría algo que ella habría deseado no haber visto nunca, o si cambiaría su vida.

Entonces, impaciente por su hiperactiva imaginación, abrió la maleta. Lo primero que vio fue un chal de diseño; era tan típico del extravagante gusto de su hermana que le trajo una sonrisa a los labios. Al meter la mano en la maleta sacó el bolso de Tiffany. Estaba muy sucio y Angie sintió cómo le daba un vuelco el estómago. Su hermana debía haberlo llevado consigo cuando cayó. No se permitió pensar demasiado en el origen de aquellas manchas y apartó el bolso. Continuó sacando ropa de la maleta y, en un determinado momento, su mano se quedó quieta.

Estaba en el fondo de la maleta. Lo agarró y, aunque no sabía nada de diamantes, pudo ver que la piedra y la gargantilla eran preciosas.

Al sentir el peso del diamante en su mano, sintió un gran dolor que apenas le permitía respirar; *su hermana había llevado puesto aquello el último día de su vida.* Lo había llevado alrededor del cuello, había tocado su piel, había sido parte de ella…

—Te echo de menos, Tiff—susurró, emocionada. Pero entonces oyó la voz de su madre tras ella.

—¿Qué es eso?

Angie parpadeó para apartar las lágrimas, carraspeó y se dio la vuelta.

Su madre estaba mirando el diamante, vivaz y excitada, como no lo había estado en meses.

—Pertenece a la familia Kyriacou —dijo Angie inmediatamente, cerrando la maleta con su otra mano para que su madre no tuviera que ver el resto de las pertenencias de Tiffany—. No te lo iba a decir, pero él me ha ido a ver hoy y me ha pedido que le devuelva esto.

—¿Mi Tiffany tenía eso alrededor del cuello cuando murió? Es el

diamante Brandizi.
—¿Lo conoces? —Angie se quedó mirando a su madre, asombrada.
—Desde luego. Se lo vi puesto a la esposa de Aristotle Kyriacou. Creo que se llama Eleni. Normalmente no lo usa en público por el valor que tiene.
Angie se mareó levemente al pensar que aquella joya había estado en su desván completamente desprotegida. Pensó que ningún ladrón se hubiera esperado encontrar aquello en su casa adosada del norte de Londres. Casi se ríe al pensarlo.
—Bueno… —cerró el puño, incapaz de dejar el diamante. De alguna manera, sujetarlo le hacía sentirse unida a su hermana—. Se lo tengo que devolver a la familia Kyriacou —dijo, tanto para sí como para su madre, para recordarse que era tonto darle valor sentimental a una joya que ni siquiera había pertenecido a su hermana.
Pero no quería devolverlo. Tenían muy pocos recuerdos de Tiffany. Aquella gargantilla era lo último que había llevado y eso hacía que casi fuese parte de ella.
—Deberíamos quedárnoslo.
—¿Porque devolverlo nos hará sentir como perder otra parte de Tiffany? —la mirada de Angie se dulcificó con compasión y entendimiento.
—No —su madre le dirigió una mirada impaciente—. Porque quedárnoslo hace que sintamos que nos hemos vengado de esos mal nacidos.
Angie hizo un gesto de dolor. A pesar de años de práctica, nunca había entendido a su madre.
—No seas tonta, mamá. No nos pertenece.
—No puedo creer que mi Tiffany hubiera estado llevando esa gargantilla —dijo Gaynor en un tono reverencial.
—Está claro que Nikos se lo dio por el sexo que compartían, mamá —farfulló Angie mientras se dirigía a bajar del desván—. Realmente creo que no es algo de lo que haya que presumir.
—Los nombres se lo dan a las mujeres con las que pretenden casarse.
—¿Perdón? —dijo Angie, deteniéndose a mitad de las escaleras.
—El diamante. El hombre se lo da como regalo a la mujer con la que pretende casarse. Lo leí en una entrevista que le hicieron a la esposa de Kyriacou. Así que si mi Tiffany lo llevaba puesto, entonces ésa es la prueba de que Nikos Kyriacou pretendía casarse con ella.
—Nikos Kyriacou no tenía intención de casarse con nadie —dijo Angie, cansada—. No es de los que se casan. Es como papá; la clase de hombre que va de una mujer a otra sin importarle nada. Nunca se hubiera casado con Tiffany.
—¡Entonces hay que darle una lección!

—Eso es ridículo —dijo Angie cuando llegó abajo de las escaleras, ayudando a su madre a bajar—. Kyriacou es multimillonario. Según aquel artículo que me enseñaste hace algunos meses, posee cinco aviones y nueve propiedades, incluyendo su propia isla en Grecia. ¡Su propia isla, mamá! Se le considera un genio en los negocios; tú misma me lo dijiste. Ahora, míranos a nosotras. Vivimos en el norte de Londres en una casa adosada, que pertenece en su mayor parte al banco.

—No es culpa mía que tu padre derrochara todo nuestro dinero en mujeres y que luego se quedara en bancarrota.

—Ya sé que tú no tienes la culpa. Todo lo que estoy diciendo es que no estamos en posición de darle a un hombre como Nikos Kyriacou ninguna lección… aunque tengamos muchas ganas.

—Tenemos su diamante.

—¿No estarás sugiriendo en serio que nos lo quedemos? Incluso si quisiéramos no podríamos. Legal—mente pertenece a la familia Kyriacou, que tiene el dinero para contratar a todos los abogados que necesiten para reclamarlo. Nosotros no tenemos ninguna razón para quedárnoslo.

—¡Ese hombre se merece que le den una lección! ¡Destruyó a mi Tiffany y debe pagar por ello! Es griego, ¿no es así? —Los ojos de su madre reflejaban dureza—. ¡Venganza! El único idioma que entienden esos griegos es el de la venganza. Tú deberías saberlo… aparece en todas esas estúpidas historias que lees.

—Mitos, mamá. Se llaman mitos.

—Lo que sea —su madre resopló de manera burlona.

—Son historias, mamá, no son la vida real. En la vida real la gente como nosotras no va por ahí reclamando venganza —dijo Angie—. Voy a ponerme en contacto con él y devolverle el diamante. Es lo correcto. Vuelve a la cama, mamá. Nos vemos por la mañana.

Nikos esperó en el aula magna, observando con el ceño fruncido cómo entraban los alumnos. Sin excepción, lo miraron todas las mujeres, pero él las ignoró y centró su atención en la puerta principal.

Estaba esperando a la doctora Littlewood.

El encuentro que había tenido con ella el día anterior le había dejado más enfadado y frustrado de lo que recordaba haberse sentido nunca; no estaba acostumbrado a que le pusieran en duda ni a que le retaran, y Angie Littlewood había hecho ambas cosas.

De hecho, le había acosado de tal manera que había conseguido que él casi le contara la verdad sobre su hermana y sólo una monumental autodisciplina le había impedido hacer algo tan estúpido. Revelar la verdad sólo acarrearía sufrimiento a la familia Kyriacou. Si Angelina

Littlewood les contaba a los medios lo ocurrido, el desagradable embrollo se haría público. *Y eso ya había ocurrido antes, habiendo tenido consecuencias desastrosas…*

Pero se prometió a sí mismo que no ocurriría de nuevo. El lo iba a impedir. Tenía el control de la situación y pretendía seguir teniéndolo.

Una vez recuperara el diamante Brandizi, el desagradable episodio se cerraría y su relación con la familia Littlewood terminaría. No podía esperar a que llegara ese momento. Era cierto que las dos hermanas eran completamente diferentes, pero la mayor era tan poco apetecible como la menor, aunque por diferentes razones.

Y, en aquel momento, incluso llegaba tarde a su propia clase.

Cuando por fin llegó, estaba un poco despeinada y llevaba consigo muchas carpetas. Parecía agitada y Nikos se percató de que cuando se subió al atril le temblaba la mano.

—Me disculpo por haber llegado un poco tarde…

La voz de Angie tenía un componente extremadamente femenino que hizo que la lujuria se apoderara Nikos.

Irritado y sorprendido por aquello, se sentó de manera diferente para tratar de calmarse. No entendía por qué reaccionaba de aquella manera ante una mujer como Angie Littlewood, que no era el prototipo de mujer femenina que le atraía a él. Si no supiera que era hermana de Tiffany, nunca lo habría creído.

Aunque posando su mirada en los protuberantes pechos de la doctora, pensó que había que admitir que tenían algunas cosas en común. También pudo observar que su silueta era muy frágil, como había sido la de su hermana.

Pero al recordar la manera en que lo había desafiado el día anterior sonrió burlonamente; no había habido nada frágil en el modo en que se había comportado.

Al percatarse de que el resto de los alumnos estaban atendiendo a la doctora con mucha atención, él se forzó en hacer lo mismo y se sorprendió a sí mismo ya que se quedó ensimismado atendiendo la lección sobre cerámica griega.

Angie estaba dando la clase sin notas y hablaba con un apasionamiento que dejaba claro su amor por la materia. Cada vez que se movía, su pelo se soltaba un poco más del moño que llevaba hasta que éste se deshizo por completo y su pelo cayó libre sobre sus hombros.

Al hacer una pausa para tomar aliento, miró el reloj y se dio cuenta de la hora.

—¡Como de costumbre termino más tarde! Ya hemos acabado por hoy… Aquí tengo unos apuntes por si alguien los quiere… y no os olvidéis de que hay más ejemplos en el museo, si os da tiempo a

mirarlos antes del viernes.

Su pelo rojizo le caía en rizos sobre los hombros y Nikos observó la transformación con masculina fascinación; ya no parecía una arqueóloga sería. En vez de ello parecía… ¿una mujer?

Pero estaba claro que a ella le molestaba su pelo ya que tomó el broche para volver a arreglárselo en un moño, pero la interrumpió un estudiante que se acercó a preguntarle.

Ella se olvidó completamente del pelo y se concentró en responder al muchacho. Entonces otro estudiante se acercó y, para cuando de mala gana aceptaron que se tenían que marchar, el resto de la clase estaba vacía.

En ese momento, Nikos se levantó y bajó las escaleras hacia ella, que acababa de agarrar sus carpetas. Sólo fue al darse la vuelta cuando vio a Nikos delante de ella.

—Me cuesta creer que de repente haya desarrollado interés en la cerámica de la Grecia clásica —Angie estaba claramente impresionada de verlo—. Supongo que está aquí por otra razón, señor Kyriacou —tras sus gafas, sus ojos azules relucían luminosos.

—Dejemos los juegos, doctora Littlewood —Nikos, enfadado ya que sintió ganas de quitarle las gafas y estudiar su cara en profundidad, se acercó y tomó una vasija de la mesa de ella—. Muy bonito. Una buena copia de un *psykter*… ¿Data del año quinientos antes de Cristo?

—Está claro que ha prestado atención a la lección dijo ella, sorprendida.

—Soy griego —le recordó él con suavidad, volviendo a dejar la vasija sobre la mesa—. Me interesa el patrimonio cultural de mi país. Y también el de mi familia.

—Si se refiere a la gargantilla, le debo advertir que todavía no he tenido tiempo para buscarla.

—Está mintiendo —dijo él, mirándola a la nariz y percatándole de las pecas que tenía—. La primera cosa que seguramente hizo ayer cuando regresó a su casa fue buscarla.

—Lo primero que hice ayer cuando regresé a mi casa fue cuidar a mi madre. Ella está muy mal desde que recibimos la noticia de la muerte de Tiffany. Buscar algo entre las pertenencias de mi hermana no es ninguna prioridad.

—En ese caso, déme la maleta y yo mismo la buscaré.

—Si se acerca a mi casa, señor Kyriacou, telefonearé a la policía —advirtió ella, enfadada.

—Le ordeno que me entregue el diamante —dijo él, frustrado, ya que no estaba acostumbrado a que le estuvieran constantemente retando.

—Yo no respondo ante órdenes de nadie, sobre todo de gente a la que no respeto.

—Si está pensando, siquiera por un segundo, que puede sacar dinero de esta situación, permítame decirle que se va a quedar muy decepcionada. El diamante no le pertenece a usted ni a su difunta hermana. Si está planeando vender la joya, debo decirle que le será imposible encontrar un comprador. La piedra es tan famosa que ningún tasador serio la tocaría y, además, su valor es incalculable.

—¿Todavía piensa que esto versa sobre dinero? ¿Es eso en *todo* lo que piensa usted? ¡Qué triste debe ser su vida! —exclamó Angie, cuyos ojos reflejaban el enfado que sentía.

Aquel brillo captó la atención de Nikos, que vio cómo ella se transformó en una mujer apasionada. Aunque estaba vestida con ropas aburridas, el fuego que reflejaban sus poco corrientes ojos azules le tenía cautivado, así como su pelo casi salvaje.

Sintió un inexplicable deseo de tocar aquellos salvajes rizos y de besarla con pasión. Pero entonces se dio cuenta de lo inapropiado de sus pensamientos y se echó para atrás para asegurarse de que no la tocaba.

—No es sobre dinero. Es sobre recuperar algo que es mío.

—¡Es usted un insulto a la raza humana! —dijo ella, enfurecida y acercándose a él—. Hace seis meses mi hermana murió al caer de su terraza y no tuvimos noticias suyas. *¡Nada!* Y ahora usted tiene la poca sensibilidad de presentarse aquí reclamando *un trozo de joyería. ¿No tiene usted compasión? ¿No tiene decencia?* —visiblemente agitada por su propio arrebato, respiró profundamente varias veces para tratar de calmarse.

Él se quedó mirando su boca, cautivado por la suave y carnosa curva de su labio inferior.

—Lo primero que hice cuando la vi fue ofrecerle mis condolencias.

—Las palabras no significan nada si no van acompañadas de sentimientos y ambos sabemos que usted carece de ellos —espetó, enfadada.

—Perdono su comportamiento porque sé que está consternada por la muerte de su hermana.

—¿Mi comportamiento? Yo no soy la que seduce y engaña a una joven inocente… la que provoca que esté tan abatida que se emborrache hasta perder el conocimiento y caiga por una terraza. Creo que si estuviéramos examinando el comportamiento de alguien, debería ser el suyo, pero la diferencia es que yo no estoy dispuesta a perdonarle. Usted es un despiadado, egoísta y egocéntrico mal nacido… —Angie se llevó la mano a la boca, impresionada de haber dicho aquello—. Lo… lo siento.

—¿Qué es lo que siente? ¿Usar el mismo lenguaje que usaba normalmente su hermana?

—No estamos… quiero decir que yo no… —ruborizada, frunció el

ceño levemente, como queriendo recordar de qué estaban hablando—. Usted no piensa en otra cosa que no sea el dinero y las propiedades y necesita que le enseñen que hay otras cosas que importan. No estoy preparada para devolverle su joya —le tembló la voz—. Es la última cosa que llevaba. No puedo… de todas maneras, ¿para qué la necesita usted? Se supone que se la tiene que dar a la mujer que ocupa su corazón y ambos sabemos que usted no tiene corazón, señor Kyriacou.

Nikos se quedó mirándola, incrédulo y aturdido. Ni siquiera por un momento se le había ocurrido que ella se fuera a negar a devolverle la joya.

Impresionado al darse cuenta de que por primera vez en su vida había subestimado a un contrario, se quedó allí de pie, helado. Observó cómo ella salió de la sala y dio un portazo tras de sí, provocando que el sonido hiciera eco durantes varios segundos…

Capítulo 3

Angie se preguntó qué sería lo que había visto su hermana en aquel hombre. Todavía impresionada y agitada por la imprevista violencia do su propio temperamento, se arregló el pelo en un moño.

Si era sincera, estaba incluso horrorizada por la reacción que había tenido. Siempre se había considerado una persona tranquila y que empleaba la lógica. Pero acababa de levantarle la voz y hablar a Nikos Kyriacou de una manera que consideraba de mal gusto.

Pero él se había comportado de mala manera; era evidente. Había camelado a su hermana y en aquel momento lo único que le importaba era recuperar la gargantilla.

Colocó las carpetas en su bolso y se llevó una mano al pecho para comprobar que el diamante estuviera allí, seguro bajo su jersey.

Quizá había sido una tontería ponérselo, pero llevarlo le había hecho sentirse cercana a Tiffany y además, nadie podía verlo. Tal vez bajo su jersey era el lugar más seguro donde guardar el diamante hasta que se lo devolviera a la familia Kyriacou.

Debía habérselo entregado aquel mismo día. Pero no podía deshacerse de algo que había llevado Tiffany. Mientras se dirigía hacia la salida pensó que era ridículo ya que no podía pasarse la vida llevando jerseys de cuello alto para esconder el diamante. Iba a tener que dejar de ser tan sentimental y devolverlo…

—¿Estás bien? Quería saber cómo estabas —dijo Helen Knightly desde la puerta.

Angie levantó la cabeza y se ajustó las gafas.

Habían pasado dos días y no había tenido noticias de Nikos Kyriacou pero, extrañamente, aquel silencio era más perturbador que su presencia. No confiaba en él.

—Estoy bien, gracias. De verdad.

—Siento lo del otro día —su jefa tenía un periódico en la mano—. Cuando apareció en mi oficina exigiendo verte, traté de sugerir que pidiera una cita, pero él no aceptaba un no por respuesta.

—No. Parece ser que no entiende muy bien esa palabra —dijo Angie, esbozando una lánguida sonrisa.

—Supongo que fue agradable que quisiera venir a disculparse en persona.

—Por supuesto —dijo Angie, que no pretendía revelar el verdadero motivo de la visita de Nikos.

—También debe haber sido duro para él, ya que perdió a su novia —Helen suspiró y le acercó el periódico—. Creo que deberías ver esto antes de que te lo enseñe nadie más. Es un poco triste, pero tienes que recordar que él está tratando de seguir adelante con su vida de la

misma manera en que lo estás haciendo tú. Y eso es bueno. ¿Cómo está tu madre?

—Está bien —dijo Angie distraídamente, tomando el periódico—. ¿Qué quieres decir con eso de que él está tratando de seguir adelante con su vida?

—Segunda página. Lee el artículo *El magnate griego busca consuelo tras la tragedia de la villa.*

Angie abrió el periódico con manos temblorosas y se encontró con una gran fotografía de Nikos Kyriacou saliendo de un club nocturno en compañía de una esbelta rubia.

Se quedó mirando el periódico, sintiendo cómo una peligrosa combinación de emociones se apoderaba de ella; la impresión, el dolor y el enfado le recorrieron el cuerpo. Dejó el periódico sobre la mesa y respiró profundamente para tratar de calmarse.

Se preguntó si aquélla era la razón por la que él estaba tan desesperado por recuperar la joya; para poder entregársela a otra mujer.

—Quizá no debía habértelo enseñado… —dijo Helen en tono de disculpa.

—Has hecho bien en hacerlo —como si estuviera en Iranee, Angie se levantó, levemente aturdida—. ¿Has pensado alguna vez que te conocías a ti misma muy bien y luego te has dado cuenta de que no eres como creías?

—Bueno, la verdad es que no. Pero tú has sufrido una conmoción muy grande, querida, y tienes que soportar una terrible pérdida. Es normal que te encuentres extraña y un poco inquieta.

—No me siento extraña ni inquieta —Angie se sentía… *furiosa.*

Estaba muy enfadada ante el hecho de que Nikos Kyriacou considerara la muerte de su hermana como un pequeño inconveniente. Le enfurecía que alegremente se viera con otra mujer delante de los medios sin preocuparse por la decencia ni por el efecto que tendría sobre su ya de por sí entristecida madre.

Sintió cómo el deseo de hacerle daño se apoderaba de ella. Apretó los puños y, por primera vez en u vida, supo lo que era el deseo de venganza. Estaba tan herida que quería hacerle sufrir.

Se sentó en la silla y trató de calmarse. Trató de recordar quién era ella. Ella era una respetada arqueó—loga, una mujer educada… una pacifista que creía en resolver los problemas hablando. No creía en «el ojo por ojo y diente por diente». No creía en la venganza.

Entonces… *¿por qué de repente quería encontrar la manera de nacerle daño a Nikos Kyriacou del mismo modo que él se lo había hecho a su hermana?*

—Vete a casa —Helen se acercó a ella y tomó el periódico—. Creo que necesitas unos días libres. No puedes esperar recuperarte de esto

rápidamente y estoy segura de que haber visto al señor Kyriacou ha empeorado las cosas.

—Sí. Sí que lo ha hecho —dijo Angie, apagando su ordenador y levantándose. Asintió con la cabeza, distraída—. Necesito un poco de aire fresco. Pero quiero quedarme con el periódico.

A regañadientes, Helen se lo devolvió y la guió hacia la puerta.

—Ve a ver al médico. Toma algún tranquilizante y no vuelvas hasta que no estés preparada.

Sin apenas ser consciente de lo que estaba haciendo, Angie metió el periódico en su bolso, subió las escaleras y salió a la calle.

Ajena a las miradas que le dirigían algunos transeúntes, anduvo en un estado de sufrimiento, pensando en su hermana. ¡Tiffany había sido tan joven e ingenua! Seguro que cuando él le había dado la gargantilla había significado mucho para ella, mientras que para él no había significado nada.

Abstraída, tocó el diamante que llevaba escondido. Llevarlo le hacía sentir un consuelo que no podía explicar; le hacía sentirse mejor saber que llevaba algo que Tiffany había llevado.

Comenzó a llover, pero no se percató de ello. Se preguntó cómo se habría sentido Tiffany al haberse dado cuenta de que Nikos Kyriacou no había tenido ninguna intención de casarse con ella y de que la relación que habían tenido no había significado nada para él.

Comenzó a llorar, pero tenía la cara tan mojada por la lluvia que nadie lo notó.

Regresó a su casa de manera automática y, cuando llegó, lo primero que vio fue un vaso de whisky medio lleno sobre la mesa de la cocina. Su madre había estado bebiendo *otra vez.*

En ese momento llamaron a la puerta y Angie, que iba a tirar el whisky y el resto del alcohol que había en la casa, miró a la pila y suspiró, impaciente. Entonces se dirigió a abrir la puerta con el vaso todavía en la mano. Serían los vecinos para comprobar cómo estaba su madre, y no quería preocuparlos.

Pero al abrir la puerta vio a Nikos Kyriacou de pie en el rellano.

—Voy a ir directo al grano. He tratado de llevar este asunto con todo el tacto y sensibilidad que me ha sido posible, pero usted no se comporta de la misma manera, así que ya ha llegado el momento de dejar de jugar —al observar el vaso que ella sostenía en la mano, sus ojos reflejaron incredulidad—. Está claro que beber alcohol como medio de apoyo es costumbre en su familia.

—¿Tacto y sensibilidad? ¿Cuándo ha mostrado usted tacto y sensibilidad? Desde luego que no en mi presencia. Teniendo en cuenta que usted es la causa de t*odos* nuestros problemas, le aconsejo que se marche ahora que sus miembros todavía están sujetos a su tronco —dijo, enfurecida.

—Si le hace sentirse mejor, écheme la culpa a mí —dijo, arrastrando las palabras en tono dulce—. Pero ambos sabemos que yo no tengo la culpa de los problemas con la bebida que tenía su hermana.

—¿No? Mi hermana tuvo la desgracia de pasar tiempo con *usted*, señor Kyriacou. Seguro que sólo eso es suficiente para convertirse en alcohólico. Haberle conocido me permite entender perfectamente por qué mi hermana necesitó la ayuda del alcohol —dijo en tono mordaz —. Me imagino que era la única manera en que mi pobre hermana podía aguantar el día. Si yo me encontrara en la desafortunada situación de verme forzada a tener que estar en su compañía, también bebería en exceso, se lo puedo asegurar.

Él estudió con la mirada la cara y el pelo de Angie, que se sintió muy incómoda al pensar en el contraste que había entre la guapa chica que aparecía junto a él en el periódico y ella.

—De ninguna manera usted se encontraría en la situación de pasar tiempo conmigo de manera regular. No es el prototipo de mujer con el que yo querría salir —dijo él con un desdén insultante.

—Creo que es mejor que se marche —Angie comenzó a cerrar la puerta.

Pero él se lo impidió con el pie, metiéndose en la casa.

—Ya se lo he dicho; estoy cansado de jugar —dijo, cerrando la puerta tras de sí—. Cuando me devuelva lo que es mío, me marcharé.

—Usted le rompió el corazón a mi hermana. Le prometió casarse con ella.

—Yo *nunca* me hubiera casado con alguien como su hermana. Es de risa pensar que yo siquiera lo hubiese considerado —dijo él, echándose para atrás y hablando con un tono de voz frío.

—A usted no le importa, ¿no es así? Su muerte, para usted, no significa nada más que una inconveniencia logística. Es mejor que se marche. Ahora.

—Apartarme de la compañía de su espantosa familia es mi mayor prioridad. Pero desafortunadamente no me puedo marchar hasta que no le devuelva la gargantilla a *mi* familia.

Aquello hirió aún más a Angie; no importaba que ella misma hubiese estado impresionada y avergonzada por el comportamiento de su madre y de su hermana en el pasado. Todo lo que importaba en aquel momento era que él había considerado que Tiffany estaba bien para acostarse con ella, pero no para casarse.

—La gargantilla ya no le pertenece. Un regalo es un regalo. Quizá lo recuerde la próxima vez que regale algo de valor.

—La gargantilla *no* le pertenecía a su hermana.

—Bueno, la llevaba puesta cuando murió —le recordó Angie—. Así que, a no ser que esté sugiriendo que ella la robó, ahora nos pertenece a nosotras. Quizá la pérdida de la gargantilla le haga reconsiderar su

estilo de vida, señor Kyriacou. Usted dice que nunca se hubiera casado con una chica como mi hermana, pero no le importó seducirla, ¿verdad? Poco después de su muerte vino aquí, pero no para darnos el pésame, sino para reclamar que le devolviéramos un regalo. ¿Me pregunto en qué clase de monstruo sin sentimientos le convierte eso?

Nikos se enfureció. Sus ojos reflejaron el peligroso enfado que sentía y su cara mostraba una actitud amenazante.

Angie deseó esconderse bajo la mesa más próxima y tuvo que esforzarse para mantener calmada la expresión de su cara. No quería que él supiera que la había asustado.

—A pesar de lo que usted pueda creer, lamento mucho la muerte de su hermana. Como ya le he dicho, las autoridades competentes realizaron una investigación. Y la realidad es que si su hermana hubiese bebido menos, ahora no estaría muerta.

—La realidad es que si usted no le hubiese dado un motivo para beber, ella estaría viva. Usted debería ser más responsable en sus relaciones sentimentales, señor Kyriacou —dijo ella, mirándolo fijamente.

—Soy muy responsable en mis relaciones sentimentales.

—¿De verdad? —Angie agarró su bolso y sacó el periódico—. Entonces… ¿quién es ella? Una joven bonita y tonta conveniente a la que usted se acercó anoche. ¿O necesita la gargantilla para poder dársela como prueba de su devoción y amor eterno?

—No es nadie importante —dijo Nikos, mirando la fotografía del periódico.

—¿No es nadie importante? ¿Y ella lo sabe?

—La prensa me fotografía todo el tiempo. Es una obsesión.

—¡Qué inconveniente para usted! Debe ser casi imposible mantener sus romances en secreto. No me podría importar menos con quien se acuesta, señor Kyriacou, salvo por sentir una sincera compasión hacia ellas. Lo que quiero decir es que esta fotografía demuestra que usted no tiene sensibilidad. Hace seis meses mi hermana llevaba su gargantilla en el cuello y estaba de fiesta en su villa. Ahora estamos de luto por su muerte y usted está buscando a alguien que la reemplace. Tengo los hechos frente a mí, así que no trate de decirme que a usted le importa y que tiene sentimientos.

—No tengo la intención de decirle nada. No suelo justificarme delante de nadie.

—¡Debería! Ser rico y autoritario no le da el derecho de pisotear a la gente.

—Realmente usted tiene una personalidad muy desafortunada —dijo, mirándola de manera inquietante—. Tal vez si pasara menos tiempo analizando huesos y trozos de cerámica y tuviera más relaciones personales, su humor mejoraría. Pero incluso si fuera

posible pasar por alto su completa falta de interés por su aspecto, si hay algo garantizado que le repugna a los hombres es el histerismo. Quizá quiera mejorarlo.

Aquello fue el colmo. La amargura se apoderó de ella ante el hecho de que él pensara que a ella le importaba su opinión; era un hombre tan superficial.

—No le voy a devolver la gargantilla —espetó—. Para usted simplemente es dinero, una manera de poder comprar sexo, pero para mí…

—¿Sí, doctora Littlewood? —dijo Nikos en un tono calmado—. ¿Qué significa para usted?

Pero Angie no podía decirle la verdad. *No podía decirle que tener aquella gargantilla alrededor de su cuello le hacía sentirse bien, que le recordaba a Tiffany.* A un hombre como él eso le parecería completamente ridículo. Él no era capaz de sentir compasión.

—Simplemente… simplemente quiero la gargantilla.

—Pues claro que la quiere. Es un pasaporte para una clase de vida que está más allá de sus sueños.

Aquel hombre sólo pensaba en el dinero. Consternada por su hermana y profundamente ofendida por su insensibilidad, Angie le tiró a la cara el whisky que quedaba en el vaso. Pero ni siquiera la ostensible impresión que reflejó la cara de él fue suficiente para satisfacerla. Quería hacerle daño. Realmente deseaba hacerle daño. Si hubiera tenido una pistola en la mano, le habría disparado al corazón sin importarle las consecuencias.

—¿Quiere su joya? —dijo, regodeándose en la furia que reflejaban los ojos de él—. Se la devolveré, pero con una condición.

Sin decir nada, Nikos tomó su cartera y sacó una chequera.

—Ponga un precio. Sea el que sea merecerá la pena para así sacar a toda su familia de mi vida.

—Ah, pero mire, eso no es lo que va a ocurrir —dijo Angie con la voz temblorosa—. Pagar dinero sería demasiado fácil para usted. Ni siquiera lo notaría y yo quiero que lo note. Deseo que lo note. A cambio de la joya, me va a dar lo que siempre le negó a mi hermana.

—No entiendo.

—Usted se va a casar conmigo —dijo ella, sintiendo que el corazón se le iba a salir del pecho. Ni siquiera se podía creer lo que acababa de decir—. Usted no se casó con mi hermana, pero va a tener que casarse conmigo si quiere que le devuelva la joya, Nikos —la manera frívola en que se refirió a él por su nombre fue abiertamente insultante.

Se creó un incómodo silencio durante el cual él la analizó con la mirada, siendo casi incapaz de controlar la agresividad que estaba conteniendo.

—*Meu* Dios, debe *estar* bromeando —el acento griego de Nikos de

repente fue muy pronunciado—. Nunca me casaría con una mujer como usted.

Angie se dijo a sí misma que no le había dolido aquel comentario. En realidad, el hecho de que él la considerara repelente era estupendo, ya que de aquella manera el castigo sería mayor.

—Es un reto, ¿no cree? ¿Hasta dónde puede llegar para recuperar la joya? ¿Está dispuesto a casarse con una mujer que tiene una personalidad desagradable y que no se preocupa por su apariencia?

Nikos se quedó de pie, en silencio, con los ojos echando chispas y esbozando una dura mueca.

—¿Por qué sugiere esto? ¿Por qué querría una mujer como usted… —la miró de arriba abajo de manera despreciativa— casarse conmigo?

—Yo no quiero casarme con usted —dijo Angie con la voz, calmada —. Estoy segura de que eso le sorprende, dada la arrogancia natural que posee, pero es verdad. No tengo ningún deseo de casarme con usted. De hecho, siendo sinceros, debo decirle que el pensar en pasar tiempo con usted me resulta desagradable.

Las mujeres hacen cola para pasar tiempo conmigo.

—Bueno, usted es muy rico —murmuró Angie—. Y eso es una ventaja para alguien tan mercenario.

—Si esa es la opinión que tiene de mí, ¿por qué haría una sugerencia tan ridícula?

—¿Se refiere al matrimonio? Porque forzarle a que se case conmigo sería la más dulce de las venganzas. Usted no puede soportarme, ¿verdad? Incluso le molesta estar cerca de mí. Está deseando sacarme de su vida. Bueno, pues no va a ocurrir. Usted le dio a mi hermana un contrato de dos años con su compañía, así que vamos a cambiar el acuerdo. Dos años. Debe acceder a estar casado conmigo durante dos años.

—Usted también estará implicada en este matrimonio que esta proponiendo —dijo él, luchando para no soltar una larga lista de improperios.

—Pero la diferencia fundamental entre ambos es que yo no tengo ninguna intención de casarme con nadie más, así que me da igual casarme con usted. Creo que será divertido, cortarle los vuelos y verle retorcerse.

—Está pidiendo lo imposible —Nikos la miró, incrédulo.

—Nada es imposible si se desea con todas las fuerzas. Justo como tú deseas tu preciada joya, Nikos —Angie comenzó a tutearlo.

—Yo tengo unas razones muy poderosas para querer esa joya.

—Estoy segura de que las tienes. Y todas ellas son económicas.

—No entiende nada de la situación, pero si casarme con usted es la única manera de que me devuelva la joya, entonces acepto sus

condiciones. Afortunadamente para usted me siento generoso, así que le doy veinticuatro horas para que reconsidere su oferta. Y le aconsejo que lo haga a conciencia.

—¿Oferta? —Mareada al ver que él había aceptado su condición, se rió sin gracia—. No era una oferta. Era una amenaza.

—Sí —dijo él, sonriendo peligrosamente—. ¿Pero una amenaza para quién, *agapi mu*? Pregúntatelo mientras te felicitas por tu victoria. Veinticuatro horas. Mañana te veo —Nikos también comenzó a tutearla.

Ella sintió como si de repente él tuviera el control.

—Mañana no estaré en casa. De hecho, tengo una cita —dijo en un impulso—. Voy a asistir con un amigo especial a una conferencia sobre el arte cretense que se ofrece en el museo.

—Realmente sabes pasarlo bien, ¿verdad? Eres muy divertida. Mañana te veré.

Sin darle la oportunidad de rebatir aquello, Nikos se dio la vuelta y salió de la casa, dejándola completamente frustrada…

El restaurante era barato, la carne estaba dura, y Angie apartó su plato, tratando de mostrar interés en el resumen que estaba haciendo Cyril de la conferencia a la que acababan de asistir.

Se preguntó por qué le estaba costando tanto concentrarse y por qué se estaba percatando de cosas sobre él en las que nunca antes se había fijado. *Cosas que antes no había considerado importantes*. Como que él llevaba el pelo demasiado largo y despeinado, que no se había afeitado, que no iba bien vestido, cómo comía…

Comparó el hecho de que Cyril no sabía comportarse en sociedad con la sofisticación de Nikos. Frunció el ceño y se dijo que a ella no le preocupaban las apariencias. No juzgaba a la gente por esas tonterías.

Seguramente dándose cuenta de que estaba perdiendo la atención de Angie, Cyril se acercó a ella mientras hablaba, manchando el mantel de comida. Ella se apartó levemente, recordándose que él era muy inteligente. Sólo fue cuando Cyril dejó de hablar y se quedó mirando algo detrás de su hombro izquierdo cuando se dio la vuelta y vio a Nikos Kyriacou allí de pie, al lado de su mesa.

En aquel restaurante repleto de estudiantes, Nikos estaba totalmente fuera de lugar vestido con su traje oscuro y camisa de seda.

—¿Qué haces aquí?

—Ya han transcurrido las veinticuatro horas —le recordó él.

—Estoy con alguien.

—¿Disfruta de su compañía? —preguntó Nikos, mirando a Cyril con compasión y entretenimiento.

—La doctora Littlewood tiene la mente más genial que jamás haya visto —contestó Cyril, levemente ruborizado—. Su investigación sobre los métodos utilizados…

—Estoy seguro de que su conversación puede ser muy interesante —dijo Nikos en tono aburrido—. Aunque, en lo que a mí se refiere, la capacidad de hablar sobre vasijas antiguas no es lo que más valoro en una mujer. De hecho, cuando tengo una «cita», no me importa si no hablamos nada.

—Afortunadamente no todo el mundo es como tú —dijo Angie, levantándose—. Eres muy desagradable, ¿lo sabías?

—Ésta no es manera de hablarle a tu marido, *agapi mu*. Debes aprender a tener un respeto.

—Tú no eres… —acalló ella.

—No, no lo soy —Nikos esbozó una leve sonrisa—. Pero lo seré.

—No pensé… —a Angie le dio un vuelco el corazón.

—No… —dijo él, sonriendo más abiertamente—. No hay duda de que no te paraste a pensar y es muy probable que pronto te arrepientas de ello. Pero es demasiado tarde para arrepentirse, porque he decidido aceptar tu oferta. La respuesta es que sí; me casaré contigo.

Cyril emitió un grito ahogado y derramó el vaso de vino que estaba bebiendo.

—¿Angie? ¿Le pediste a *este* hombre que se casara contigo?

—Muy progresista, ¿no crees? —Dijo Nikos, tomando a Angie de la muñeca—. A algunos hombres les echaría para atrás un comportamiento tan descarado, pero a mí me excita mucho una mujer que piensa por ella misma. Según mi experiencia, son increíblemente salvajes en la cama.

Profundamente humillada ante aquello y por el hecho de que lo hubiese dicho en voz alta, Angie trato de soltarse, consciente de que Cyril, como el resto del restaurante, estaba boquiabierto.

—Suéltame.

—Poseer y sujetar —dijo Nikos, agarrándola aún con más fuerza—. Por el momento te estoy sujetando, pero más tarde nos ceñiremos a la parte de «posesión» del acuerdo. Creo que será *extremadamente* interesante.

Increíblemente impresionada y deseando que se la llagara la tierra, Angie intentó de nuevo soltarse en vano. No recordaba haberse sentido tan humillada nunca.

—Creo que deberíamos seguir hablando fuera.

—Estoy de acuerdo. Nunca me han gustado los grupos. Y hablando de eso, debes saber que no voy a permitir que mi futura esposa cene a solas con otro hombre, así que si quieres despedirte, hazlo ahora mientras pago la cuenta. Pero no os toquéis, por favor. Sobre todo no os beséis.

Nikos ofreció su tarjeta de crédito al camarero para que cobrara.

—Es típico de ti reducirlo todo a un aspecto físico. Mi relación con

Cyril está a un nivel mucho más alto del que tú puedas llegar a entender —dijo ella con dureza.

—A mí realmente no me importa a qué nivel estén mis relaciones siempre y cuando se lleven a cabo de manera horizontal —dijo Nikos, encogiéndose de hombros.

Cyril… di algo —pidió Angie, frustrada al ver que él permitía todo aquello.

—Sí, por favor, siéntase libre de intervenir en la conversación —Nikos levantó una ceja de manera burlona.

—Yo puedo… puedo permitirme pagar la cena.

—Estoy seguro de que puede hacerlo en un sitio como éste. Tómelo como una compensación —dijo Nikos en tono aburrido mientras firmaba la cuenta y se metía la tarjeta en el bolsillo. Miró a Angie durante largo rato—. Aunque, pensándolo bien, usted debería ser el que me pagara a mí por quedarme con ella. Le estoy haciendo un favor. Le hubiera hecho un desgraciado.

—¿Y usted cree que le pue… puede hacer feliz? —tartamudeando y comportándose de manera casi incoherente debido a lo impresionado que estaba, Cyril se levantó.

Pero Nikos no le permitió ir más lejos y le empujó para que se sentara de nuevo.

—Ella me va a hacer extremadamente infeliz —dijo suavemente—. Lo que creo que era su intención cuando me propuso casarnos. Pero no será nada en comparación a lo infeliz que pretendo hacerla yo. Y por lo menos sé que no me aburriré.

Sin darle tiempo de responder al traumatizado Cyril, Nikos se marchó a toda prisa del restaurante, llevando a Angie literalmente a rastras, e introduciéndola en la parte trasera de la limusina negra que les esperaba fuera…

Capítulo 4

—¿Cómo te atreves a montar una escena como ésa en público? Has sido *imperdonablemente* grosero con Cyril. ¡Le has dejado allí sentado! —. Angie estaba furiosa.

Nikos se acercó al chófer, le dijo algo rápido en griego y este comenzó a conducir.

—Si le importaras, no habría dejado que te sacara del restaurante —dijo, acomodándose en el asiento—. Y tú estabas deseando que él me detuviera, ¿verdad? Querías que se levantara y que me golpeara.

—Cyril nunca haría algo tan poco civilizado.

—No, seguramente no lo haría, pero trata de no disgustarte por ello —Nikos estiró las piernas, esbozando una expresión petulante—. Ahora estás con un hombre de verdad.

—Eres un arrogante insoportable. No entiendo cómo ninguna mujer puede soportarte.

—Bueno, si Cyril es un ejemplo del prototipo de hombre que te gusta, entonces puedo entender tu confusión —dijo, mirándola burlonamente—. Pero la verdad *agipi mu*, es que te parezco casi irresistiblemente excitante, ¿no es así? No puedes dejar de comparar y odias hacerlo, porque te gusta pensar que estás por encima de esa necesidad humana tan básica como el deseo sexual, pero en realidad lo anhelas.

—No te encuentro excitante.

—Sí que lo haces. Es simplemente que no reconoces el sentimiento porque hasta el momento no habías sentido antes nada parecido y creo que es normal si te has estado relacionando con hombres como Cyril.

—Te repito… —dijo, emitiendo un pequeño grito ahogado— que no me pareces excitante. Y desde luego que no estoy anhelando tener sexo. ¿Por qué tienes que reducirlo todo a lo más simple? Debes saber que me interesa más la mente que el cuerpo humano —sabía que estaba ruborizada; nunca antes había mantenido conversación sobre sexo.

—La raza humana es simple. Si no lo fuera no podríamos sobrevivir —Nikos la analizó con la mirada—. El hombre nació para procrear. Es algo innato y natural.

—Supongo que es así como justificas tu irresponsable vida sexual —Angie sintió cómo el calor se apoderaba de la parte interior de sus muslos.

—Vida sexual activa —corrigió él—. Activa.

—¿Así que sólo estás poniendo tu granito de aren para la conservación de la humanidad? —dijo ella, siendo sarcástica para así

ocultar las emociones que se estaban apoderando de ella.

—Lo que digo es que si un hombre y una mujer se sienten atraídos entre sí, es natural que tengan sexo apasionado.

—Desde luego que puedes tener tu opinión, pero algunos de nosotros tenemos otras prioridades en la vida. Personalmente opino que tener conexión mental con alguien es mucho más estimulante que ninguna conexión física.

—Normalmente establecemos nuestras prioridades! basándonos en nuestras experiencias. Tú estás más interesada en la mente humana porque te has pasado la vida en compañía de hombres como Cyril, que no tienen otra cosa que ofrecer.

—Cyril puede ofrecer una compañía mucho más estimulante de la que tú nunca puedas dar.

—¿De verdad? —Nikos se echó para delante, sin dejar de mirarla—. ¿Provoca que se te acelere el corazón y que te quedes sin aliento? ¿Cuándo estás con él te arde el cuerpo de pasión? Cuando estáis en la cama, ¿te hace olvidar que eres arqueóloga? ¿Hace que te olvides de todo salvo del hecho de que eres una mujer?

Angie se quedó mirándolo, tan impresionada que lindó un momento en ser capaz de articular palabra. I talonees miró por la ventanilla de la limusina para tratar de calmarse, ruborizada.

—Es típico de ti reducir todo al sexo, pero mi relación con Cyril no es de ese tipo.

—Sería muy fácil creerte —dijo casi despectivamente—. Seguramente para ambos el sexo es algo académico y consultáis libros antes de hacerlo.

—¡No me interesa tener relaciones sexuales con Cyril! —espetó, furiosa, dándose la vuelta para mirarlo.

—No deberías culparte por ello —aseguró él—. Estoy seguro de que la mayoría de las mujeres se sentirían igual. Él no es el hombre adecuado para ti. Necesitas a alguien más atractivo que rompa todas las barreras que has creado a tu alrededor.

—Ya he tenido suficiente. Haz que la limusina se detenga porque me quiero bajar. Insisto en que detengas la limusina. No quiero estar más tiempo a tu lado —dijo Angie, que estaba temblando y caliente por dentro, fuera de control de una manera extraña para ella.

—Deberías haber pensado en ello antes de haberme propuesto matrimonio —señaló él—. Tú eras la que querías ser mi esposa y me temo que ese estatus tiene algunas reglas. Una de ellas es que quien sea mi esposa no puede estar con otro hombre. Ni siquiera con alguien con tanta falta de masculinidad como *tu* Cyril.

—Él no es *mi* Cyril —Angie se sentía muy a disgusto con todo aquello.

—No, tienes razón. Él no es *tu* Cyril. Por lo menos ya no lo es.

—No tienes ningún derecho a decirme a quién puedo o no puedo ver.

—Soy griego —le recordó Nikos—. Me temo que somos una raza muy posesiva. No nos gusta compartir. Lo siento, pero así es. Estoy seguro de que aprenderás a vivir con ello. En realidad deberías estarme agradecida; nunca hubieras sido feliz con un hombre como él.

—¡Estás haciendo esto a propósito! Quieres que te odie tanto que te devuelva la joya para así apartarte de mi vida. Bueno, no va a ocurrir. No te vas a salir con la tuya mediante amenazas a mujeres nunca más. En esta ocasión vas a pagar.

Angie estaba muy enfadada; echaba chispas. Pero también estaba aterrorizada. De repente se dio cuenta de que en realidad no había creído, ni siquiera por un momento, que él fuese a aceptar casarse con ella. Y las repercusiones que iba a tener su venganza le impresionaron. Cada vez que Nikos estaba cerca de ella, su cuerpo reaccionaba de una manera inexplicable y se preguntó cómo iba a soportar estar con él todos los días. Pero él iría a la oficina y por las tardes podría encontrar un lugar tranquilo para leer.

Lo más importante era que todo aquello lo hacía por Tiffany. Le debía a su hermana el hacer que él por lo menos pensara en lo que había hecho.

Obviamente Nikos no iba a permitir que un pequeño detalle como «casarse con alguien» se interpusiera en su camino y le impidiera seguir persiguiendo mujeres. Ella se preguntó qué podía hacer para causar impacto ni el, ya que obviamente no iba a sufrir. Parecía que a él lodo lo que le importaba era el sexo y en ese momento se percató de cómo podría vengarse de él.

—Quiero ver a un abogado —espetó—. Si nos vamos u casar, vamos a tener que establecer algunas condiciones. Quiero un contrato prematrimonial.

—Si crees que me casaría contigo sin firmar un contrato prematrimonial, entonces no sabes nada del hombre con el que te vas a casar. Ya te lo he dicho; si esperas sacar dinero, olvídate, porque no me vas a sacar ni un céntimo. Pero no comprendo por qué quieres hacer *tú* un contrato prematrimonial.

—Eso es porque no sueles usar mucho tu mente, ¿verdad? Como la mayoría de los hombres, sólo piensas con otra parte de tu anatomía.

Entonces Nikos la sujetó por el pelo y la atrajo hacia si, apretándola contra su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo? —sin aliento y con el corazón revolucionado, Angie lo empujó por los hombros, pero él no se movió —. ¡Apártate! Déjame.

—¿Sabes lo que realmente creo, *agapi mu?* —dijo, acercando su boca a la de ella—. Creo que tras haber pasado una aburrida tarde mirando

a *tu* Cyril, te mueres por saber cómo besa un hombre como yo.

—Te lo he dicho un millón de veces; él no es *mi* Cyril y tú tienes una opinión ridículamente sobrevalorada de ti mismo —dijo Angie, mirándolo a los ojos.

—Tengo una opinión muy objetiva de mí mismo —corrigió él—. Mientras que parece que tú no te conoces a ti misma. Estoy comenzando a pensar que quizá sea interesante demostrarte quién eres realmente. Tú, que te pasas la vida desenterrando los secretos de los demás, tal vez estés a punto de descubrir algunos sobre ti misma.

Angie pudo sentir que Nikos era fuerte, duro y masculino. Le dio un vuelco el estómago y trató de apartarlo de nuevo.

—Estás haciendo que me acalore…

—Lo sé. Tengo mucha experiencia con mujeres y puedo decir que estás muy excitada.

—Lo que quise decir es que hace demasiado calor como para que estés echado sobre mí —dijo, enfurecida.

Entonces él se apartó de ella con gracia atlética.

—Claro. Si le quieres echar la culpa al tiempo de tu acaloramiento, yo no tengo ningún problema.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella, que prefirió ignorar el burlón comentario de él. No estaba excitada, sino indignada. Observó que él estaba mirándole el pelo—. Deja de mirarme. Y ni siquiera se te ocurra decirme que necesito hacerme reflejos y un corte de pelo.

Nikos mantuvo silencio durante un momento y continuó mirándole el pelo. Antes de que ella pudiese decir nada, él levantó una mano y lo acarició, tomando un mechón entre sus dedos.

—Tu pelo tiene un color que no es frecuente. Es vibrante. Cambiarlo sería criminal. Y no me parece que tengas que cortártelo. A la mayoría de los hombres el pelo largo les parece más erótico en la cama.

Angie, paralizada por la intensidad de la mirada de él, sintió cómo le subía la temperatura corporal hasta niveles peligrosos y se apartó de él.

—¡Eres imposible! ¿Realmente crees que llevo el pelo largo porque es más erótico en la cama?

—No —Nikos sonrió levemente—. Creo que no conoces el significado de la palabra erótico.

—Bueno, ahí te equivocas —dijo ella remilgadamente—. La palabra «erótico» proviene de Eros, el dios del amor en la mitología griega, y del que se dice que es hijo de Afrodita, la diosa del amor, y de Ares, el dios de la guerra.

Nikos se quedó mirándola en silencio, tras lo cual sonrió levemente.

—En realidad, mucha gente discutiría eso. Algunos piensan que Eros era descendiente de Chaos, que era el dios de la lujuria, no del amor. De la pasión y el nexo —dijo, mirándola intensamente—. Pero todo

eso es muy aburrido y yo no estaba hablando del origen de la palabra —Nikos la miró a la boca—. Estaba hablando sobre el significado verdadero de la palabra en su uso actual, así que permíteme que te dé *mi* definición.

—Yo realmente no… —Angie se movió en su asiento.

—Lo erótico tiene que ver con el placer sexual más profundo. Cuando una mujer utiliza su feminidad tomo parte de la estimulación sexual, es erótico. Cuando un hombre se deja llevar por el deseo sexual y le da placer a una mujer, eso también es erótico. Es una orgía de los sentidos, *agapi mu*, no una palabra sacada de la mitología griega. Para darle una traducción más contemporánea, erótico es carnal, erógeno, seductor, sexy, sugerente, voluptuoso…

—Ya basta! ¡Cállate! —Angie se tapó los oídos con sus manos, incapaz de seguir escuchando—. Estoy segura de que la palabra «erótico» ha sido muy frecuente en tu vida —dijo, tratando sin éxito de comprender las ardientes sensaciones que sentía entre los muslos —. Lo que es una buena cosa porque no va a seguir siendo así.

—¿Crees que no?

—Estoy segura de que no —dijo, mirándolo, confusa y furiosa—. ¿No me vas a preguntar qué es lo que quiero especificar en el acuerdo prematrimonial?

—No me interesa.

—¿De verdad? Voy a insistir en que el abogado incluya una cláusula que impida que tengas relaciones sexuales con otras mujeres. Una vez te cases conmigo, vas a vivir una vida célibe, Nikos. Así que será mejor que le digas adiós a todo lo erótico.

Satisfecha, se echó para atrás en el asiento y esperó a la reacción de él. Pero Nikos simplemente se quedó mirándola.

—¿No quieres que yo tenga relaciones sexuales con otras mujeres? ¿Estás segura?

—Segura —Angie sonrió, pensando tener el control de la situación —. Y, si en algún momento durante nuestro matrimonio veo evidencias de que eres infiel, no te diré dónde está la joya.

—O me devuelves la joya el día que nos casemos o si no, no hay acuerdo.

—Si hiciera eso, tú simplemente te divorciarías de mí.

—Les di instrucciones a mis abogados de redactar un acuerdo que nos ata durante dos años, exactamente como tú querías. Ese tiempo será suficiente para que nos volvamos locos el uno al otro y para que lleves a cabo tú idea de venganza. Si te queda alguna duda sobre la severidad del castigo, te puedo asegurar que pasar dos años contigo será el equivalente a pasar veinte años con otra mujer.

Angie pensó que cuanto más la detestara más efectiva sería la revancha.

—¿Entonces aceptas mis condiciones?

—Acepto no tener relaciones sexuales con otras mujeres mientras dure nuestro matrimonio, si estás segura de que eso es lo que quieres. Quizá quieras pensarlo en profundidad antes de confirmarlo.

Pero ella no necesitaba pensarlo. *Sabía* que era lo correcto y estaba muy contenta, y sorprendida, de que se le hubiese ocurrido. Sonrió, encantada de haber ganado esa batalla y preguntándose por qué no habría él defendido su vida sexual más enérgicamente.

—Es lo que quiero.

—Entonces vamos a ver al abogado ahora mismo. ¿Por qué esperar? —dijo Nikos.

Capítulo 5

Dos semanas después, Angie estaba sentada, esperando a que la maquilladora terminara su trabajo.

—No me maquilles demasiado. Normalmente no lo hago.

No se podía llegar a creer que hubiese dejado que su madre la hubiese convencido de aquello. Ella se hubiese presentado en la iglesia con su aspecto ordinario. Nikos no esperaba otra cosa.

Todavía le indignaba recordar la aptitud de él cuando hubieron visitado al abogado. Casi la había empujado dentro del despacho, para a continuación haberla ignorado y haber hablado en griego con el joven y nervioso abogado. Pero ni siquiera la fluidez de ella en aquel idioma le había ayudado a comprender qué había tenido Nikos en la cabeza. Le había dado instrucciones al abogado de que la joya pasara a ser suya cuando se casaran.

Entonces había empezado a hablar en inglés y fue en aquel momento cuando ella hubo explicado que quería establecer una cláusula imposibilitando a Nikos de tener sexo extramarital, conversación que había considerado vergonzosa mantener con una tercera persona.

En vez de haber parecido enfadado, Nikos se había sentado en una silla, mirando de vez en cuando su reloj, como si hubiera tenido algo mucho más importante que hacer.

Cuando salieron del despacho y se montaron de nuevo en el coche, él no le había hablado. En vez de ello, había comprobado sus correos electrónicos en su Blackberry y realizado numerosas llamadas telefónicas con su teléfono móvil. Entonces la había dejado en su casa, habiéndole prestado sólo atención para decirle que en dos semanas mandaría un coche para buscarla.

Había estado claro que él no estaba permitiendo que la idea de casarse con ella afectara lo más mínimo a su vida.

Angie frunció el ceño cuando la maquilladora se apartó y admiró su trabajo. Se dijo a sí misma que seguramente Nikos había querido disfrutar al máximo de sus dos últimas semanas de libertad. Seguramente había estado teniendo una maratón sexual.

De repente se le vino a la mente una perturbadora imagen; los bronceados miembros de Nikos entrelazados con una mujer pálida. Parpadeó, impresionada, preguntándose qué tendría él que le hacía pensar en sexo cuando ni siquiera estaba interesada en ello.

Aliviada de que la maquilladora ya hubiese terminado, se levantó y se miró en el espejo, incapaz de ver ninguna diferencia. Ni siquiera el maquillaje podía convertirla en algo que no era.

Se le vino a la cabeza la imagen de la rubia con la que había visto

a Nikos fotografiado en el periódico y pensó que casarse con ella sería el peor de los castigos para él. Se había puesto lentillas e iba levemente maquillada, pero aun así no se parecía en nada a las mujeres con las que normalmente se veía él.

—Pareces muy preocupada —dijo la maquilladora mientras admirada su trabajo—. Supongo que son nervios de novia. Es completamente normal.

Angie no contestó y de repente se vio invadida por el pánico. Estaba a punto de abandonar todo aquello cuando vio la fotografía de su hermana en la mesa del salón. En ella, Tiffany estaba posando y riéndose, claramente flirteando con la persona detrás de la cámara. Angie sonrió levemente, nostálgica, y sintió una punzada de dolor. Su hermana no había merecido a Nikos Kyriacou. No había merecido que la tratara tan mal.

Mirando la fotografía, parpadeó para apartar las lágrimas que asomaron a sus ojos. Si no seguía adelante con la boda, entonces le ocurriría lo mismo a la hermana de otra persona.

—Estás estupenda —la maquilladora estaba tratando de tranquilizarla—. Tienes una piel tan buena que en realidad no necesitas mucho maquillaje. Y tienes una estructura ósea asombrosa. Si fueras un poco más alta, podrías trabajar como modelo.

—Gracias —dijo Angie, que sabía que la chica simplemente estaba siendo amable.

—Y me encanta tu vestido. Es fabuloso. Es sencillo, pero remarca tu figura.

—Angelina… —su madre entró en la sala, emitiendo un grito ahogado—. Dios mío, estás casi… casi…

—Gracias, mamá —la interrumpió Angie antes de que fuese a decir algo que echara a perder la poca confianza que tenía en sí misma.

—Quiero decir que nunca te parecerás a Tiffany, pero por lo menos estás arreglada —su madre miró a la maquilladora—. Mi Tiffany era una mujer despampanante —entonces sacó un pañuelo.

—No llores, mamá —dijo Angie.

—No me puedo creer que vayas a hacer esto. Es la revancha *perfecta*. Eres tan inteligente. ¡No sólo haces que el hombre se tenga que casar cuando ni siquiera quiere, sino que lo tiene que hacer contigo! ¡Todo lo que puedo decir es que se lo merece!

—Gracias, mamá —dijo Angie, pagando a toda prisa a la maquilladora y acompañándola a la puerta, sin querer imaginarse lo que estaría pensando la mujer.

Entonces, deseando haber quedado con su madre en el Registro para que no pudiese hacerle perder la confianza en sí misma, tomó su bolso.

—¿Estás preparada? El coche debe estar esperando fuera.

—Desde luego que estoy preparada —su madre se colocó el sombrero y salió afuera—. Quiero ver cómo ese hombre recibe su merecido. Quiero verlo dirigirse hacia el altar sabiendo que por haber dejado caer a Tiffany ahora tiene que estar contigo.

—La ceremonia es en el Registro Civil —le recordó Angie mientras cerraba la puerta principal—. Nikos no quería casarse por la iglesia.

—Lo que sea. La diferencia entre tu hermana y tú es tan grande que se va a poner enfermo…

Nikos andaba por la sala, ignorando las nerviosas miradas que le dirigía su guardaespaldas, que había metido la pata felicitándole por su boda. Su reacción había dejado clara su opinión sobre la institución del matrimonio.

Se preguntó qué demonios hacía allí, en la situación que había tratado de evitar durante toda su vida. Hacía muchos años había decidido que el matrimonio no era para él, que era mejor evitar comprometerse con una sola mujer. Y en aquel momento allí estaba, no sólo forzado a casarse, sino forzado a casarse con una mujer que era lo contrario de su prototipo de mujer ideal.

Lo único que le consolaba era saber que ella no sabía en lo que se estaba metiendo. Estaba claro que ella había esperado conseguir una gran cantidad de dinero casándose con él. No podía evitar que su enfado con la familia Littlewood fuera en aumento…

La puerta se abrió y apareció Angie Littlewood, seguida por su madre. Nikos analizó con la mirada a su futura esposa, sorprendido de que no fuera vestida de calle.

—Has elegido una pequeña oficina del Registro Civil situada en un pequeño pueblo, entre una biblioteca pública y un supermercado. Una se pregunta por qué —dijo ella, mirándolo.

—¿Por qué no? —Nikos se preguntó si Angie tendría pecas en otra parte de su cuerpo aparte de en su nariz. Se vio invadido por la lujuria y casi se ríe de sí mismo. Se preguntó por qué estaría sintiendo una erección tan potente ante una mujer como aquélla. Tenía que reconocer que ella tenía ciertos encantos. Pero a él le gustaban las mujeres sofisticadas—. ¿Por qué no aquí?

—No es la clase de lugar que yo asociaría con un hombre como tú.

—Exactamente —dijo Nikos, que no ocultó la impaciencia que sentía—. Yo, por primera vez, quiero evitar cualquier tipo de publicidad. Si la prensa se hubiera enterado de que me voy a casar, nos habrían acosado. Estoy seguro de que a ti tampoco te hubiera apetecido verte en esa situación.

—Oh, sí, lo siento. Me había olvidado de lo obsesionado que estás con tu imagen —Angie miró al guardaespaldas—. ¿No tienes familia con quien celebrar tu boda?

—¿Qué es lo que hay que celebrar? —preguntó Nikos, frunciendo el ceño.

—Quieres decir que te avergüenzas de mí.

—Quiero decir que quiero que me devuelvas el diamante Brandizi y casarme contigo parece ser la única manera de conseguirlo.

Nikos observó cómo Angie se ruborizaba y, por un momento, se preguntó si era un reflejo de que ella se sentía culpable. Pero entonces se recordó a sí mismo que ella era una Littlewood, una codiciosa al igual que su hermana.

—Mi querida y dulce Angelina —dijo, acercándose y acariciando con sus labios la piel de ella. Entonces habló sólo para ella—. Disfruta de tus últimos momentos de soltería y de ser una mujer independiente. Estás a punto de convertirte en propiedad mía.

Capítulo 6

Cada minuto de la breve ceremonia civil fue angustioso y, en cuanto terminó, Angie salió a la calle para respirar. Aunque era junio, el cielo estaba gris y llovía sin cesar.

—¡Angelina! —gritó Nikos, saliendo del edificio con dos guardaespaldas tras él.

—No me llames Angelina.

—Te puedo llamar como quiera. Eres mi esposa.

—Eso no te da ningún derecho —dijo Angie, que sintió un escalofrío.

—Ahí te equivocas —Nikos sonrió y la tomó de la muñeca—. Me da todo el derecho que necesito, *agapi mu*, dame la joya.

—¿Puedo llevarla un poco más? Es sólo que yo… me…

Le recordaba a su hermana.

—Necesito que me devuelvas la joya y necesito que lo hagas ahora mismo. Después de todo, es la razón por la que me casé contigo.

Angie se quitó la gargantilla que llevaba puesta al cuello.

—Parecía el lugar más seguro donde ponerla.

Nikos sonrió de manera irrisoria y tomó la joya, dándosela a uno de sus guardaespaldas.

—Teniendo en cuenta que muy pocos hombres han tenido acceso a esa parte de tu cuerpo, estoy de acuerdo contigo. Ahora me tengo que marchar.

—¿Marcharte?

—Ya he pasado demasiado tiempo en este país húmedo y lluvioso —miró a su alrededor con desagrado—. Tengo unos problemas de negocios urgentes que resolver en Grecia que requieren mi atención personal.

Aquello era la mejor noticia que ella había recibido en mucho tiempo.

—Está bien. Entonces te marchas. Ya te he dado la joya. No tenemos más que hablar.

—¿Realmente crees que yo me iría a marchar sin que mi esposa viniera conmigo? —Dijo él, atrayéndola hacia sí—. Estamos recién casados, *agapi mu*. Se supone que tenemos que pasar tiempo juntos y satisfacer las fantasías más salvajes y profundas del otro. ¿No fue ésa tu intención cuando me suplicaste que me casara contigo?

—Yo no te supliqué que te casaras conmigo, por lo menos no de la manera que sugieres —Angie sintió cómo le daba vuelcos el estómago al sentir el cuerpo de él tan cerca—. Mi intención fue refrenar que seas tan mujeriego, lo que he conseguido —trató de soltarse, pero le fue imposible—. No puedes estar cerca de una mujer durante los próximos

dos años. Eso es un buen castigo para alguien como tú. Yo me quedaré aquí y tú puedes regresar a Grecia a resolver tus problemas.

—Me temo que las cosas no funcionan así —Nikos aflojó el abrazo, pero sólo para poder meterla en el coche que les esperaba—. Tú irás donde yo vaya. Así funciona el matrimonio. Unión.

Angie dio un grito ahogado y trató de salir del coche, pero las puertas estaban cerradas.

—Abre la puerta.

—El coche ya ha arrancado —señaló él con delicadeza—. Si abro las puertas acabarás sufriendo un serio accidente, y no lo puedo permitir. No tengo tiempo para llevarte al hospital y que te curen. Te necesito, viva y de una pieza.

—¿Qué quieres decir con eso de que «me necesitas»? —preguntó, nerviosa.

—Lo que eso significa debería ser muy fácil de entender por alguien de tu inteligencia.

—Tú no puedes necesitarme.

—Me temo que la mujer que esté conmigo tiene que realizar ciertas funciones. Tengo muchas actividades entretenidas.

—Seguro que sí. Pero también estoy segura de que tienes empleados.

—Según el último recuento, sesenta mil repartidos por todo el mundo.

—Entonces estoy segura de que por lo menos alguno de ellos estará encantado de ayudarte.

—Sin duda, pero eso no está permitido, ¿no es así? —Dijo él con un suave ronroneo—. Me hiciste firmar una cláusula en la que se me impide que me vean con otra mujer. El problema es que yo necesito una mujer en mi vida para satisfacer ciertas actividades vitales y la única mujer con la que puedo estar es contigo. Así que vas a tener que hacerlo.

—Cuando dices «ciertas actividades vitales», te refieres a la hospitalidad.

—Está claro que ésa es una necesidad —los ojos de Nikos brillaban peligrosamente—. Pero no es la principal.

—¿Y cuál es la principal?

—Aliviarme el estrés —Nikos se echó para atrás en el asiento, claramente divirtiéndose.

—¿Estás diciendo que necesitas compañía femenina para relajarte?

—Estoy diciendo que necesito *sexo* para relajarme, *agapi mu* —dijo él, aflojándose la corbata—. Cuanta más presión soporto en el trabajo, más sexo necesito y debo advertirte de que tengo unos acuerdos muy importantes llevándose a cabo en este momento.

Angie se quedó sin aliento debido a la impresión que le causó

aquello. Había algo en la penetrante y masculina mirada de Nikos que le hacía sentirse extraña por dentro. Nunca había conocido a un hombre tan abiertamente sexual como él; le rodeaba un áurea.

—El contrato prematrimonial te impide ver a otras mujeres.

—Lo sé —dijo él, sonriéndole y quitándose la corbata—. Probablemente vas a acabar exhausta, pero yo estoy muy ocupado en el trabajo durante el día, así que seguramente podrás dormir mientras yo estoy en la oficina.

—¿Por qué debería yo dormir mientras tú estás en la oficina? —preguntó, helada.

—Porque pretendo mantenerte despierta toda la noche —dijo él con total naturalidad.

—Estás diciendo que necesitas sexo… —a Angie se le aceleró el pulso—. Pero deberías haber pensado en ello antes de haberle roto el corazón a mi hermana.

—*Tú* deberías haber pensado en ello antes de haberme prohibido ver a otras mujeres, *agapi mu*. Yo no soy capaz de estar sin sexo. Así que voy a tener que apañármelas contigo.

—Estás bromeando —Angie dio un grito ahogado.

—Yo nunca bromeo sobre el sexo. Me parece un asunto extremadamente importante. Sin sexo estoy increíblemente irritable. No te gustaría mi comportamiento.

—No me gustas ahora —dijo ella, que tenía el corazón revolucionado—. El propósito de este acuerdo era hacerte sufrir. Vas a tener que aprender a ser célibe.

—Desafortunadamente hay ciertas palabras que no aparecen en mi diccionario, y «célibe» es una de ellas. Tampoco soy muy bueno con las palabras «fracaso» y «empobrecerse» y tengo muchos problemas con la palabra «no», aunque estoy tratando de mejorarlo en determinadas circunstancias. Por ejemplo, si me preguntas si puedo estar sin practicar sexo, la respuesta más definitiva es que «no».

El tono burlón que estaba empleando Nikos enfureció a Angie, que estaba muy tensa.

—Si piensas que voy a siquiera contemplar la posibilidad de irme a la cama contigo, entonces no me conoces para nada.

—Bueno, eso se resolverá pronto a través del sexo. Es una excelente manera de llegar a conocer a alguien. Y en realidad sé bastantes cosas de ti —la miró a la boca—. Ni siquiera reconoces las señales básicas de la atracción sexual, ¿no es así?

—Si me estás preguntando si te encuentro atractivo, ya te he dicho que no. Siento si te hace daño, pero es la verdad.

—La verdad es que te parezco increíblemente atractivo.

Antes de que ella pudiese responder, la puerta del coche se abrió y Nikos hizo un gesto con la mano.

—Necesitamos ponernos en marcha o llegaré tarde a la reunión.

Angie ni siquiera se había percatado de que el coche se había detenido y se quedó mirando sorprendida al enorme avión que había en la pista de aterrizaje.

—¿Qué es eso?

—Es un avión —dijo Nikos amablemente—. Está preparado para despegar en cuanto los pasajeros suban.

—¿Los pasajeros? —agarrando su bolso, Angie se quedó de pie en la pista de aterrizaje, mirando el avión.

—Tus preguntas son muy entretenidas, pero si respondo a todas ahora, nunca llegaré a la reunión. Haz una lista y después te las puedo responder —entonces hizo un gesto a su equipo de seguridad y tomó a Angie por la muñeca, dirigiéndose hacia las escaleras.

—Espera un segundo —Angie tiró de su brazo—. No puedo marcharme del país. Mi vida está aquí. Mi trabajo. Mi madre no está bien…

—Ambos sabemos que tu madre recibió una cura instantánea a sus heridas el día que se enteró de que su hija se iba a casar con un multimillonario —dijo con sequedad—. Esta mañana parecía muy sana. No como tú, que estabas muy pálida.

—Yo soy muy blanca… es una característica de la gente con mi color de pelo… y parece que no comprendes. Trabajo en el museo y doy clases en la universidad.

—Debiste pensar en ello antes de chantajearme con casarte conmigo.

—Yo no te chantajeé —aquella palabra hacía sentirse a Angie muy inquieta.

—¿No? —dijo él al llegar al inicio de las escaleras, atrayéndola hacia sí—. Si no me casaba contigo, no me devolvías la joya. ¿Qué es eso sino un chantaje?

—Está bien… —la voz se le entrecortó levemente—. Estoy dispuesta a admitir que quizá haya reaccionado de forma exagerada. Estaba muy disgustada por lo de mi hermana y tú eres tan insensible… lo que no ayudó —de repente Angie se dio cuenta de lo que había hecho—. Pero no puedo ir a Grecia. No puedo irme contigo. Olvidémonos de todo. Quédate con la joya, nos divorciamos y…

—¿Rindiéndote tan fácilmente, Angelina? Creía que querías castigarme. Esto no va a ser para nada divertido si por lo menos no tratas de ser un adversario que merezca la pena.

Angie sí que quería castigarle, pero de repente parecía que él tenía el control. Se sentía estúpida.

—Nos divorciaremos —murmuró, tratando de soltar su mano—. Iré a ver a un abogado esta tarde.

—No pierdas el tiempo. Yo tengo el mejor abogado donde los haya.

No podrás terminar con este matrimonio hasta que no transcurran los dos años que tú estipulaste —la agarró con más fuerza—. Es una pena para ambos que no lo reconsideraras hace unas semanas. Tal y como están las cosas, no hay posibilidad de escapatoria. Para bien o para mal, tenemos que estar juntos durante los próximos dos años. Trata de sacar algo positivo.

—Pero…

—Si vas a discutir, ¿te importaría hacerlo cuando hayamos subido al avión? Mi piloto está preparado para despegar —dijo, arrastrándola por las escaleras sin darle oportunidad de pelear.

Cuando la metió en el avión, Angie se quedó paralizada. Era como estar en un lujoso salón.

—Cocina, dormitorio, cuarto de baño y cine —dijo Nikos en tono aburrido, haciendo que ella se sentara en un sofá—. Ponte el cinturón de seguridad o mi piloto se pondrá nervioso.

—¿Tu piloto?

—Lo estás haciendo de nuevo —señaló él con tacto mientras tomaba unos documentos de una de las asistentes de vuelo—. Hacer preguntas. ¿Tiana?

—¿Sí, señor? —la auxiliar de vuelo rubia que le había entregado los documentos se acercó.

—Necesitamos comer y después quiero una conferencia telefónica con Christian y Dimitri —dijo, firmando y devolviéndole los documentos a la muchacha.

—Sí, señor —dijo la chica, tomando los documentos y sonriendo a Angie—. Bienvenida a bordo. Si hay algo que necesite, por favor, díganoslo.

Angie reprimió las ganas de reír; nunca antes había estado en un avión como aquél.

—¿Es tuyo?

—¿El qué? —preguntó Nikos, frunciendo el ceño.

—Este avión.

—Desde luego —la cara de Nikos reveló lo que pensaba de aquella pregunta.

Angie se sintió completamente fuera de lugar y se ruborizó levemente.

—¿Por qué no puedes viajar en un avión normal como hace todo el mundo?

—Yo no soy como todo el mundo —respondió él, abrochándose el cinturón—. No puedo dirigir un negocio que se extiende por todo el mundo si tengo que estar limitado por los horarios de los vuelos comerciales.

—Así que tienes tu propio avión.

—Tengo mi propia flota de aviones —corrigió él—. Cinco, para que

así todos los miembros de mi equipo puedan tener movilidad y trabajar mientras viajan. Es bueno para los negocios —dijo, tomando una copa de champán que le ofrecía la auxiliar de vuelo y ofreciéndosela a Angie.

—No bebo.

—Entonces empieza a hacerlo —le recomendó Nikos en un tono de voz dulce, dejando la copa en la mesa frente a ella—. Te ayudará a tranquilizarte y eso será beneficioso para ambos. Te encuentro increíblemente nerviosa y tensa, lo que no me ayuda a relajarme.

Algo en la mirada de él hizo que ella se pusiese aún más nerviosa y recordó la conversación que habían mantenido acerca de sus niveles de estrés. *Había dicho que necesitaba sexo para aliviar la tensión.*

Apartó la mirada, tan tensa que no se podía imaginar poder relajarse de nuevo. Él la ponía nerviosa. Tomó la copa de champán y bebió un sorbo; necesitaba valor. Todavía no se podía creer que estuviera de camino a Grecia.

Nikos se levantó para realizar la conferencia telefónica. Ella se quedó allí y tomó una revista. Hasta que el avión no aterrizó, más de cuatro horas después de haber salido de Londres, no se dio cuenta de que ni siquiera había preguntado a qué parte de Grecia se dirigían. Tras haber terminado de hablar por teléfono, Nikos se había sentado en el sofá que había frente a ella y había comenzado a analizar todos sus documentos, firmando algunos de ellos y tomando notas.

—¿Estamos en tu isla?

—Mi isla no tiene una pista de aterrizaje suficientemente grande para un 747. Estamos en Creta.

—¿Tienes una casa en Creta? —preguntó ella, mirándolo.

—Una villa. Cuando no estoy en Nueva York o en Tokio, durante la semana estoy aquí o en Atenas. Utilizo la isla para los fines de semana o cuando necesito mucha privacidad. No estés tan preocupada —dijo, dándole los documentos al auxiliar de vuelo—. Creta está repleta de lugares antiguos y trozos de cerámica. Te deberías sentir como en casa, doctora Kyriacou. Si sientes el síndrome de abstinencia del museo, siempre puedes cavar en mi jardín.

Ignorando el leve sarcasmo de la voz de él, lo siguió fuera del avión, diciéndose a sí misma que quizá las cosas no fueran a salir tan mal. Tras haber estado cuatro horas encerrada en un avión con él, se había percatado de que era un adicto al trabajo. Estaba claro que a ella no la aguantaba, por lo que iba a tener mucho tiempo para hacer lo que quisiera y… ¿qué lugar mejor para estar solo que Creta, con su increíble historia?

Se dirigieron en coche a la villa de él bordeando la costa justo cuando se estaba poniendo el sol.

Cuando llegaron estaba oscuro. Nikos estaba hablando de nuevo

por su teléfono móvil y Angie observó cómo las grandes puertas de hierro se abrieron. Al entrar en el jardín de la casa se quedó encantada. Era un jardín enorme y precioso. Cuando por fin llegaron a la villa, se bajó del coche y siguió a Nikos, levemente intimidada. Cuando entraron, se quedó mirando una vasija que había sobre una mesa.

—Oh, Dios mío… —como si estuviera en trance, se acercó a tocarla, conteniéndose finalmente—. ¿Es…?

—Dímelo tú —dijo él, apartándose hacia un lado para dejar pasar a su personal, que entraba con las maletas—. Tú eres la arqueóloga.

—Es de principios del minoico —dijo, analizando la vasija—. Es un ánfora… una vasija de almacenaje. Es una pieza fabulosa —Angie no podía evitar su sorpresa—. No tenía ni idea de que estabas interesado en la arqueología. Nunca…

—No hemos tenido tiempo precisamente para hablar sobre nuestras aficiones, ¿no es así? Soy griego. Todos los griegos estamos interesados en nuestro patrimonio.

—¿Tienes más cosas? —preguntó ella.

—¿Quieres que te enseñe mi colección?

—Es imposible hablar contigo —dijo Angie, apartándose, nerviosa.

—Bien, porque llevo todo el día hablando y necesito descansar. ¿Tienes hambre o quieres irte directamente a la cama?

—Me apetece irme a la cama —murmuró ella. Estaba agotada por todo lo que había ocurrido.

Nikos la tomó de la mano y la guió a la planta de arriba.

—Todas las habitaciones tienen balcones con vistas al mar —dijo, abriendo la puerta del primer dormitorio que vieron.

Al entrar, Angie dio un grito ahogado, encantada; era precioso. Había pétalos de rosa esparcidos por encima de la colcha de seda de la cama.

—Es precioso.

—Me temo que mi personal a veces se pasa de la raya —dijo él, frunciendo el ceño y cerrando la puerta tras de sí.

—A mí me gusta —dijo ella, mirando hacia la puerta—. Estaré bien. No tienes que quedarte.

—Desafortunadamente sí que tengo que hacerlo —dijo, quitándose la corbata—. He tenido un día muy estresante.

—No vas a dormir aquí —dijo Angie, a quien le estaba dando vuelcos el corazón.

—Eso es. No lo voy a hacer. Estoy demasiado nervioso para poder dormir —Nikos se acercó a la ventana y dejó la corbata sobre una silla. Entonces se quitó la chaqueta y comenzó a desabrocharse la camisa…

—Necesito darme un baño —dijo ella apresuradamente—. Así que

no me esperes. Haz lo que tengas que hacer para relajarte. Cámbiate, bebe un vaso de licor griego y date un chapuzón en la piscina…

—Ya te he contado cuál es mi método favorito de relajación —dijo, dejando a su vez en la silla la camisa y la chaqueta.

Angie apartó la vista sin evitar antes ver el bronceado y musculoso pecho de él.

—Pero, por supuesto, refréscate. El cuarto de baño está a tu derecha, en esa puerta.

Ella se metió en él rápidamente, cerrando la puerta con cerrojo tras de sí. Tratando de calmarse, se dijo a sí misma que él debía estar bromeando. Pero si era necesario, se quedaría en el cuarto de baño hasta que él se quedara dormido.

Entonces se acercó a la enorme bañera y miró los botones de la pared, tratando de averiguar cómo podía hacer correr agua en ella.

Cuando por fin logró entender el mecanismo de la bañera, que se llenó de agua en un segundo, aunque la puerta les separaba, dudó un momento antes de desnudarse.

Mientras se metía en la bañera, pensó que él estaba simplemente tratando de *intimidarla y asustarla* ya que estaba enfadado porque ella le había forzado a ser célibe.

Comenzó a sentirse un poco mejor a medida que la calidez del agua empezó a hacer su efecto en ella. Cerró los ojos, relajada—Pero los abrió al oír una puerta abrirse y vio a Nikos acercarse a ella, vestido sólo con unos calzoncillos negros. Tenía un cuerpo perfecto; era la personificación de la virilidad.

—¡Cerré la puerta! —chilló ella, horrorizada. —Hay dos puertas, *agapi mu*. Evidentemente no cerraste la dos.

Capítulo 7

—Márchate —aunque las burbujas de jabón la tapaban completamente, se metió aún más debajo del agua. Estaba escandalizada—. Quiero tener privacidad.

—Debiste haber pensado en ello antes de haberme propuesto matrimonio y haberme impuesto que abandonara mi estilo de vida.

Sin pensarlo dos veces, Nikos se quitó los calzoncillos y se metió en la bañera con ella.

Impresionada ante aquel descaro, su primera reacción fue salir del agua, pero eso hubiese implicado que él la viera desnuda.

Nikos no había hecho ningún ademán de taparse. Era el reflejo de la masculinidad… un hombre atlético y musculoso cuya reivindicación de que necesitaba sexo estaba sustentada por su enorme erección.

Decidiendo que salir de la bañera desnuda era menos desalentador que quedarse allí con él, miró las suaves toallas pero, antes de que pudiese agarrar una, sintió cómo él la tomaba de la muñeca.

—No puedes…

—Sí que puedo —sin decir nada más, la sentó en su regazo.

Angie se retorció y trató de levantarse, pero las burbujas habían hecho que la bañera estuviera resbaladiza y, de todas maneras, él era mucho, mucho más fuerte que ella. Volvió a retorcerse, pero entonces sintió el fuerte empujón de la erección de él contra su muslo y se quedó helada. Nikos la miró a los ojos y ella pudo observar humor reflejado en los de él, junto con otro sentimiento mucho más primario y básico.

—Lo siento, pero te lo advertí —dijo él suavemente mientras la abrazaba por la cintura y la besaba.

Al tocar los labios de él los suyos, Angie sintió cómo el fuego le recorría la pelvis y gritó, impresionada, para a continuación emitir un gemido de incredulidad cuando él metió la lengua en su boca, besándola eróticamente, de una manera que ella nunca antes había experimentado.

Sintió la dureza de los muslos de Nikos bajo los suyos. Entonces cerró los ojos y se vio transportada a un mundo distinto, a un mundo sensual donde los pensamientos no importaban, donde lo único que contaba eran los sentimientos.

Nikos la atrajo aún más hacia sí y ella pudo sentir cómo le latía el corazón mientras reposaba una mano sobre su pecho. Entonces él le tocó un pezón y ella gritó, impresionada. La excitación se apoderó de ella, que se retorció contra los duros muslos de él.

Sin dejar de besarla, volvió a acariciarle el pezón, repitiendo la caricia hasta que ella no pudo resistirlo durante más tiempo y apartó

su boca de la de él para gritar y tomar aire.

Oyó cómo él murmuraba algo en griego, algo que ella no entendió. En ese momento él hundió su cara en el cuello de ella, que echó la cabeza para atrás, gimiendo al sentir su boca quemándole la piel. Tenía el cuerpo ardiendo; se estaba estremeciendo de necesidad. Sintió cómo él le acariciaba de la cintura a la cadera y cómo la movió levemente. Entonces sintió los expertos dedos de Nikos acariciándole cerca del corazón de su feminidad.

Se retorció levemente, intentando protegerse, pero estaba debilitada y mareada y Nikos pudo abrirle las piernas, penetrándola con un dedo.

Angie sintió tal placer que tuvo que gritar, se le nubló la vista y le tembló todo el cuerpo. Sabía que tenía que resistirse, pero no tenía ni idea de cómo iba a detenerlo, de cómo iba a dominar las sensaciones que estaban amenazando con consumirla.

Nikos volvió a besarla, acariciando con su lengua los dulces labios de ella en una sensual exploración que hizo que la vibración de su pelvis se intensificara hasta niveles casi intolerables.

Perdida en la devastación de aquel beso, apenas se percataba de los hábiles movimientos de los dedos de él, pero estaba sintiendo unas sensaciones muy placenteras. Sentía su cuerpo distinto, todo parecía diferente y gimió en su boca, retorciéndose contra su mano, desesperada por conseguir algo, pero sin saber exactamente el qué. Pero parecía que Nikos sabía perfectamente lo que ella necesitaba porque continuó ejerciendo un implacable asalto a sus sentidos hasta que Angie sintió cómo su cuerpo explotaba en un mar de sensaciones.

Agitada y débil por aquella experiencia, hundió su cara en el hombro de él, demasiado avergonzada como para mirarlo. Pero él no le dio oportunidad de esconderse ya que se levantó, tomándola en brazos, y agarró una toalla, dirigiéndose a continuación a la habitación.

—Nikos… —dijo con la voz entrecortada— estoy empapando la alfombra. Estoy desnuda… por favor, déjame…

—No me importa la alfombra y no necesitas decirme que estás desnuda —dijo, dejando la toalla sobre la cama y tumbando a Angie en ella—. Puedo sentir que estás desnuda. He estado sintiendo tu cuerpo contra el mío durante casi una hora.

A Angie le impresionó que hubiera pasado tanto tiempo y que ella ni siquiera se hubiera dado cuenta. Se sintió nuevamente avergonzada al ver cómo él le recorría el cuerpo con la mirada.

Trató de taparse, pero él le agarró los brazos, esbozando una leve sonrisa.

—Un poco tarde para tener pudor —dijo con la voz ronca—. Ya me conozco todo tu cuerpo.

Insegura de sí misma, Angie trató de apartarse, pero él, con un certero movimiento, se colocó sobre ella.

—¿Por qué estás haciendo esto? Sabes que no soy del tipo de mujeres que te gustan…

—En este preciso momento eres *exactamente* mi prototipo de mujer —aseguró Nikos, acercando su boca a la de ella—. Estás húmeda, desnuda y todavía un poco débil tras tu primer orgasmo. Como hombre, te puedo decir que no hay mucho que mejorar.

Angie sintió la fuerza de la excitación sexual de él contra su muslo y trató de usar la lógica.

—Estoy gorda y no sé nada sobre sexo.

—Yo sé suficiente para ambos —aseguró él, arrogantemente, acariciándole el cuerpo—. Y no estás gorda. Tienes unos pechos fabulosos. Eres suave y femenina y muy, muy atractiva, *agapi mu*.

Ella cerró los ojos al volver a sentir aquella deliciosa sensación en su parte íntima. No quería aquello, pero no se podía resistir.

—Abre los ojos —ordenó delicadamente Nikos.

Angie obedeció, deseando no haberlo hecho ya que había algo en la oscura mirada de él que le hizo estremecerse. Aquel hombre era la masculinidad en persona.

—Esta vez quiero ver tu expresión —dijo él, mirándola a los ojos y apartándose de ella.

Se recostó para poder disfrutar de la vista de todo su cuerpo.

—No me puedo creer que escondas un cuerpo tan perfecto bajo esas ropas tan espantosas.

—No me preocupa lo que me pongo —confesó—. Sé que nunca seré guapa, así que no lo intento.

—Lista y guapa —murmuró él, acariciándole un pecho.

Ella sabía que no había nada bello ni perfecto en su cuerpo, pero el fuego de la mirada de él quemó la última de sus inseguridades.

Nikos se acercó a chupar uno de sus pezones y una profunda excitación se apoderó de ella, que introdujo sus dedos en el oscuro pelo de él…

—Nikos… yo no… no puedo… Tienes que parar… —incapaz de creer que pudiera volver a sentir aquel placer, se arqueó para agarrarlo.

—¿Parar? —Dijo él, levantando la cabeza a regañadientes—. ¿Por qué debería parar?

—Porque no deberíamos…

—Eres mi esposa —dijo, acariciándole el estómago—. Así que sí que debemos.

Nikos bajó aún más la mano y ella se puso tensa al sentir cómo él la tocaba más íntimamente.

—Oh… —exclamó al sentir que él la penetraba con un dedo. Se

estremeció cuando él lo sacó de su sexo y comenzó a acariciarle la perla de su húmeda feminidad.

El placer que sintió Angie era exquisito. Cerró los ojos y gritó, sin ser capaz de contenerse.

Murmurando algo en griego, él le separó las piernas y bajó su cabeza para penetrarla con su lengua.

Ella sintió la respiración de él en su sexo y trató de cerrar las piernas, pero él lo ignoró y la mantuvo con las piernas abiertas, permitiéndose a sí mismo el acceso que necesitaba. En cuestión de segundos ella se olvidó del pudor y en todo en lo que pensaba era en la satisfacción.

Le quemaba el sexo mientras él le acariciaba con su lengua en su parte más sensible. Sintió cómo volvió a penetrarla con los dedos y todo volvió a explotar dentro de ella; su cuerpo se puso tenso alrededor de los dedos de él. Su clímax fue intenso y prolongado. Sollozó el nombre de él, suplicándole que parara, pero Nikos seguía incitando y explorando hasta que un orgasmo se fusionó con otro. Por primera vez en su vida, todo su mundo estaba centrado en el placer y cuando la explosión de los sentidos por fin decayó, se quedó allí tumbada, sin fuerzas y sin aliento, con los ojos cerrados.

Despacio, recuperó el ritmo normal de su corazón y tomó aliento. Entonces sintió cómo él se echaba sobre ella, reclamando su boca.

La besó despacio, sensualmente y de repente ella se percató de que él todavía estaba penetrándola con sus dedos.

—Sentirte es increíble, *agapi mu* —dijo él con la voz ronca, colocándose sobre ella y sacando los dedos con cuidado—. Y ahora que creo que entiendes el verdadero significado de la palabra «erótico», estás preparada para alcanzar un nivel superior.

Entonces le puso un brazo bajo el cuerpo, colocándola en la posición que quería y la penetró con fuerza con su sexo. Angie sintió cómo le subía las caderas y la penetraba de manera rítmica mientras acercaba su boca para besarla con pasión.

No podía sentir otra cosa que la dureza de la erección de él, cómo su cuerpo demandaba el suyo, que se rindió y ofreció todo lo que podía dar.

Le estaba haciendo el amor de una manera tan intensa que conducía a ambos a un estado de desesperación.

La tomó por el pelo y ella le arañó la espalda, atrayéndolo hacia sí, demandando instintivamente que la llenara.

—Quiero que tengas otro orgasmo —ordenó él sensualmente sobre su boca—. Vas a dejarte llevar y vas a darme todo lo que eres. No quiero que te guardes nada, Angelina.

Ella apenas oyó aquello ya que las necesidades de su cuerpo se habían apoderado de ella hacía rato. Estaba tan desesperada que

hubiera hecho lo que fuera por alcanzar el nivel que su cuerpo ansiaba.

Dándole ánimos murmurando, él se movió y la penetró con más fuerza, más profundamente y ella sintió cómo su cuerpo explotaba alrededor de la sólida fuerza de la erección de él. Entonces él murmuró algo duro en griego y ella supo que también había alcanzado la misma cima.

Clavó sus uñas en el hombro de él, segura de no sobrevivir a una explosión de placer tan prolongada.

Cuando los deliciosos espasmos por fin se desvanecieron, se quedó allí tumbada, exhausta, sin ser capaz de hablar ni pensar. No se podía mover.

—Yo nunca… yo no sabía…

—Pensaba que habías dicho que eras virgen.

—No lo era —aclaró, abriendo los ojos y mirándolo con expresión distraída—. Quiero decir que he… pero no fue… No sabía que pudiera ser así. Ha sido increíble —siguiendo un impulso que no entendió, lo abrazó por el cuello. Por un momento creyó que él iba a devolverle el abrazo, pero entonces sintió cómo se ponía tenso y se apartaba.

—Ha sido sexo —dijo él, tumbándose de espaldas—. Me alegra saber que he superado tus expectativas.

Sintiendo frío de repente, Angie se estremeció y fue a taparse con la sábana, pero él se lo impidió.

—No te tapes —dijo sin ningún tipo de cariño—. Cuando estés en mi cama, tienes que estar desnuda. Ésa es una de mis reglas.

Ella se preguntó cómo podía él ser tan duro tras lo que acababan de compartir.

—No me puedo relajar si estoy desnuda —dijo en voz baja.

—Entonces aprende a hacerlo.

Angie tragó saliva, deseando poder tener tanta confianza en su cuerpo como claramente tenía él en el suyo. Nikos no hizo ningún ademán de taparse, estaba muy a gusto allí desnudo.

No pudo evitar mirarlo; era arrogantemente masculino y todavía estaba excitado, lo que provocó que ella se ruborizada.

—Necesito mucho sexo. Creo que ya te advertí sobre ello. Vas a estar extremadamente ocupada, *agapi mu*.

Recordando todo lo que él le había hecho y todo lo que ella le había permitido que le hiciera, de repente se sintió muy vergonzosa. Quería apartar la vista, pero él la tomó de la barbilla.

—No apartes tu vista de mí. En mi cama no quiero a la arqueóloga, Angelina, quiero a la mujer —dijo, acercando su boca a la de ella—. Cuando estés fuera de mi cama puedes pasar todo el tiempo que quieras examinando vasijas y huesos o leyendo libros antiguos. Pero aquí, entre mis sábanas, no quiero otra cosa que no sea carne y

sangre. Recuérdalo.

Angie sintió frío y calor al mismo tiempo. Se dio cuenta de lo que había hecho y con quién. No pudo evitar ser consciente de que él la estaría comparando con Tiffany, que había sido rubia y perfecta, y se sintió muy culpable de haber intimidado con el hombre del que su hermana había estado tan enamorada.

—No debimos haberlo hecho.

—Afortunadamente el cuerpo no es tan exigente como la mente. Y tengo que admitir que ha sido sorprendentemente erótico haber poseído a una mujer que lo sabe todo sobre cerámica y nada sobre su propio cuerpo. Has sido una alumna asombrosamente receptiva y gratificante. Querías más de todo lo que te daba.

—No quiero hablar sobre ello.

—Bien, porque yo tampoco. Hablar sobre ello no es tan divertido como hacerlo —dijo él, levantándose de la cama y dirigiéndose al cuarto de baño—. Si quieres, puedes dormir. Cuando te necesite de nuevo te lo haré saber.

—No tienes corazón, ¿lo sabías? No entiendo lo que mi hermana vio en ti —dijo, sin poder evitar que su voz reflejara lo dolida que estaba.

—Se supone que tú eres inteligente. Estrújate el cerebro y seguro que lo entenderás.

—Si estás sugiriendo que Tiffany sólo estaba interesada en ti por el dinero… —dijo fríamente— eres incluso más cruel y cínico de lo que pensaba. Ella estaba enamorada de ti.

—Otra regla… no vamos a hablar de tu hermana en esta habitación. Jamás.

—Pero…

—Si no quieres dormir, puedo pensar en otros modos mucho más satisfactorios de pasar la noche que no sea hablando.

Angie se recostó en la cama, acurrucándose como un bebé, en un gesto a autoprotección…

Ninguna mujer le había abrazado de aquella manera.

Nikos, luchando contra unos sentimientos que le eran extraños, se duchó. Por primera vez en su vida se sentía nervioso, incómodo y… ¿culpable?

No sabía qué le ocurría; estaba más que acostumbrado a dejar a bellas mujeres satisfechas en su cama y a no pronunciar la palabra «amor». Las mujeres nunca le habían supuesto ningún problema.

Hasta aquel momento.

Cerró los ojos y dejó que el agua le cayera encima, preguntándose por qué se sentiría culpable.

Un abrazo no cambiaba el hecho de que ella era una cazafortunas que quería ocupar el lugar que había ocupado su hermana.

Durante un ridículo momento estuvo tentado de devolverle el abrazo, pero afortunadamente para ambos, el instinto de supervivencia masculina prevaleció y evitó que lo hiciera.

Pero el problema era que él no había esperado que el sexo hubiera sido tan increíble, tan *espectacularmente* bueno. Le había tomado por sorpresa, así como el abrazo que le había dado ella.

No estaba acostumbrado ni a dar ni a recibir afecto, sobre todo en la habitación, donde podía ser malinterpretado…

Capítulo 8

Cuando Angie se despertó estaba sola en la enorme cama. Instintivamente sabía que era tarde, pero no se movió. Se quedó allí tumbada, aturdida e incrédula ante los acontecimientos de la noche anterior.

Se preguntó qué había hecho. Se había acostado con el hombre que le había roto el corazón a su hermana. Horrorizada por su comportamiento se sentó en la cama y se tapó la cara con las manos. Estaba muy avergonzada. Debía haberlo apartado. No debía haber respondido ante él.

No sabía qué debía hacer en aquel momento.

Oyó cómo llamaban a la puerta y apartó las manos de su cara, tapándose con la sábana. Entró una mujer, que llevaba una bandeja, y varios miembros más del personal de servicio.

—El señor Kyriacou dio instrucciones de que subiéramos su equipaje. Pensó que tal vez le gustaría desayunar mientras nosotros colocamos sus cosas.

Angie se preguntó a qué cosas se referiría la señora, ya que ella no había llevado ningún equipaje. Pero vio cómo metían maletas y cajas en la habitación, llevándolas al vestidor.

—Yo soy María, el ama de llaves del señor Kyriacou. Si necesita algo, hágamelo saber.

Cuando la señora salió de la habitación, ella se dirigió al cuarto de baño; quería estar vestida para cuando Nikos regresara. Se duchó rápidamente y se puso un albornoz, dirigiéndose al vestidor, que estaba lleno de ropa y zapatos.

—Estás despierta.

Al oír a Nikos se dio la vuelta, sujetando el albornoz instintivamente.

—Vístete y baja a reunirte conmigo en la terraza.

—No pedí que me compraras ropa.

—Tómalo como una de las ventajas de estar casada conmigo —dijo él con un leve desprecio—. Quizá seas arqueóloga, pero preferiría que no andarás por ahí con el aspecto de haber sido desenterrada de las cenizas de Pompeya. Si queremos hacer creer a la gente que este matrimonio es verdadero, por lo menos tienes que tener el aspecto de una mujer en la que yo estaría interesado.

Una sensación de inseguridad se apoderó de ella. La noche anterior, durante un corto momento de felicidad, se había sentido bella. Él le había hecho sentirse bella. Pero estaba claro que todo lo que había dicho había sido falso y no entendía por qué le hacía tanto daño.

No debería importarle que a él no le pareciera atractiva o que se avergonzara de ella.

—Nadie que tenga dos dedos de frente se creería que este matrimonio es verdadero —dijo fríamente—. Porque yo nunca estaría interesada en un hombre tan superficial como tú. Y no me interesa vestirme y convertirme en la clase de mujer que te interesaría.

—Podrías estar un mes entero con una estilista y ni siquiera te aproximarías a serlo. Haz un esfuerzo —le advirtió suavemente—. O te traeré aquí a rastras y te vestiré yo mismo. Y, antes de que se te ocurra hacer una pataleta, permíteme que te recuerde que fuiste tú la que querías que nos casáramos. Bueno, ahora ya tienes lo que querías y no quiero que nadie haga preguntas incómodas. No quiero que nada atraiga la atención de los medios de comunicación. No quiero que los paparazzi te fotografíen enfurruñada. Cuando salgas de la villa tienes que ser la ruborizada novia en luna de miel. Recuérdalo.

Sin darle oportunidad de responder, Nikos salió de la habitación.

Angie estaba a punto de llorar. Se percató de que no había pensado con claridad al haberle exigido que se casara con ella; nunca podría estar a gusto con un hombre como él.

Se quedó mirando la ropa sin saber qué elegir. Recordó cuántas veces su madre le había dicho que no sabía vestir y que no tenía gracia. Finalmente eligió una sencilla camiseta blanca y unos pantalones anchos azules. Se puso unas sandalias del mismo tono. Deseó tener a alguien con quien consultar ya que no sabía si debían ir a juego o no. *Tiffany hubiese sabido la respuesta*.

Preguntándose cómo habría sabido él su talla, ni siquiera se miró en el espejo ya que se sentía con muy poca confianza en sí misma y no quería ver la evidencia física que la hundiera por completo.

Cuando Angelina, vacilante, salió a la terraza, Nikos ya había realizado varias llamadas telefónicas y se había terminado su café.

En lo primero en lo que se fijó fue en que ella se había dejado el pelo suelto. En lo segundo fue en que estaba increíble con aquella ropa.

La lujuria se apoderó de él al recordar cómo ella lo había abrazado con aquellas preciosas piernas la noche anterior. Pero recordó que la ropa y el sorprendente talento que ella tenía en la cama no cambiaba la persona que en realidad era. Ella, su hermana y su madre compartían los mismos genes.

Observó cómo ella se sentaba en silencio. Parecía vulnerable y eso le irritó.

Un miembro del personal de Nikos se acercó y le sirvió café.

—Gracias —dijo Angie con la voz ronca.

Aquello excitó a Nikos, que se planteó cancelar su reunión y llevarla de nuevo a la cama.

—Te veré después —dijo, levantándose y ejerciendo autocontrol.
—¿Te vas? ¿Ya?
—No estoy acostumbrado a dar explicaciones a nadie y menos aún a una esposa con tendencia a chantajear —informó él en un tono de voz duro—. Tengo trabajo que hacer.
Podía haber trabajado desde su modernísimo despacho de la villa, pero pensó que sería mejor hacerlo en su oficina de Atenas. Era la única manera en la que estaba seguro de no abandonar su escritorio para ir a buscar a su recién estrenada esposa para volver a tener sexo salvaje con ella.
—¿Cuándo volverás? —preguntó ella, apartando su azul mirada de él.
—Cuando quiera —contestó Nikos, acercándose a tomar su teléfono móvil de la mesa.
—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo mientras estás fuera?
—La forma en la que decidas divertirte cuando yo no esté no es de mi incumbencia. Estamos en Creta. Estoy seguro de que, si te fijas con detenimiento, encontrarás algún fango donde cavar. No debería representar un problema para ti, dado que tu familia está especializada en tácticas sucias.
—Estoy tratando de ser amable y tú no te esfuerzas ni un poco en serlo.
—Yo no te exijo que seas amable. No me interesa tu personalidad ni lo más mínimo. Sólo te exijo que te desnudes y que te tumbes en mi cama cuando te lo requiera. Eso, *agapi mu*, es lo que espero de nuestro matrimonio y de ti. Tú elegiste este matrimonio y creaste las normas.
—No creía que quisieras decir…
—Está claro que hay infinidad de cosas en las que no pensaste. Si te sirve de consuelo, esa falta de atención a los detalles es sorprendentemente común, incluso entre reputados hombres de negocios. Es la razón por la que yo siempre gano. Te das cuenta; yo sí que pienso las cosas.
Nikos se inclinó para tomar su chaqueta y ella lo tomó del brazo.
—Espera. Antes de que te vayas hay algo que necesito preguntarte.
Al sentir los delicados dedos de ella agarrándolo, una ráfaga de lujuria le recorrió el cuerpo a Nikos, lo que provocó que se enfureciera mucho más.
—Mi piloto está esperándome.
—¿Ocurrió aquí? —preguntó Angie con voz tenue—. Necesito saber si fue aquí donde murió mi hermana.
Nikos dudó un momento para luego apartar el brazo de la mano de ella.
—Tu hermana murió en mi villa de Atenas. Nunca la traje aquí.
Exhausta al no haber descansado lo suficiente, se bebió su café y

pensó en lo que iba a hacer aquel día.

Oyó cómo despegaba el helicóptero y se quedó mirando el precioso cielo azul.

Se alegró de que él se marchara. Pasó el día tranquilamente, paseando por los jardines de la villa y dándose un chapuzón en la fabulosa piscina de Nikos.

Si no hubiese sido por la conciencia de que él iba a regresar, habría pensado que había sido arrojada en medio del paraíso.

Por la tarde, pensativa, bajó por las escaleras que llevaban a la playa privada. Se preguntó cómo habría ocurrido que su deseo de darle una lección a Nikos se hubiera convertido en una lección para ella misma tras lo acontecido la noche anterior. Sintió un leve deseo sexual; recordatorio de la parte de ella misma que él había despertado. Inquieta por aquel sentimiento, se sentó en la cálida arena, observando la belleza de la bahía.

—Tú abriste la caja, Pandora —susurró con voz ronca—. Has desatado algo que nunca podrás volver a guardar bajo llave. Siempre va a estar contigo.

El problema era que había descubierto lo que era capaz de sentir.

Pero incluso sabiendo eso, no iba a permitir que él volviera a besarla. La noche anterior había sido un error y todo el mundo los comete. Lo importante era no volver a repetirlos.

Se quedó allí mirando el mar durante mucho tiempo, tras lo cual regresó a la habitación. Se duchó de nuevo y cuando estaba arropada con una toalla, decidiendo qué ponerse, oyó el helicóptero regresar.

Se quedó helada, con el corazón revolucionado. Al poco tiempo Nikos entró en la habitación.

—Ya estás desnuda y esperándome —dijo él burlonamente, arrastrando las palabras—. Tengo que admitir que estás aprendiendo muy rápido.

—Estaba a punto de vestirme —dijo ella sin ser capaz de apartar los ojos de él; era guapísimo.

—No pierdas el tiempo —sin más preámbulos, la abrazó por la cintura, atrayéndola hacia sí—. He estado pensando en ti…

—¿L… lo has hecho?

—Desafortunadamente sí —respondió, frunciendo el ceño y acercando su boca a la de ella—. He estado planeando tu próxima lección.

—¿Lección? —Angie sintió la respiración de él sobre su boca y abrió los labios—. ¿Lección de qué?

—De relaciones sexuales. Creo que estás preparada para pasar a la siguiente fase —murmuró, besándola—. Anoche fue el curso para principiantes. Y debo decir que lo superaste con honores, doctora Kyriacou. Obviamente esa mente privilegiada que tienes te permite

aprender rápido.

Angie sabía que debía levantar la mano y pegarle una torta, pero el ya familiar sentimiento de excitación se estaba apoderando de ella. En vez de pegarle, le desabrochó la camisa. Se olvidó de la promesa que se había hecho a sí misma de no permitirle que volviera a tocarla. *Se olvidó de que su hermana había amado a aquel hombre*. De hecho, se olvidó de todo menos del tacto de la piel de él. Lo abrazó y él acercó su cara hacia ella, besándola con pasión, restregando su lengua contra la de ella, invadiendo su boca. Le acarició el trasero y le quitó la toalla, que cayó al suelo.

Sin dejar de besarla, la tomó con ambas manos por el trasero, apretándola contra su cuerpo. Ella gimió al sentir cómo comenzó a tocarla con sus dedos en su parte más íntima.

—Te quiero tener de nuevo. He estado pensando sobre esto todo el día —dijo él.

—Deja de hacer eso —suplicó ella en su boca.

Pero él se rió y la llevó a la cama, presionando su piel desnuda con la evidencia de su excitación sexual.

—¿Por qué dejar de hacer algo tan bueno? —preguntó él, agarrándole las manos y poniéndolas en la cinturilla de sus pantalones.

Angie no podía luchar contra lo que le estaba pidiendo el cuerpo. Le desabrochó el pantalón y sintió la dureza de su erección. Entonces él murmuró algo en griego y le dio la vuelta a ella para que estuviera de cara a la cama.

Confundida, iba a preguntar qué era lo que pretendía hacer cuando él colocó varias almohadas frente a ella y la empujó sobre ellas.

Sintiéndose de repente muy vulnerable, consciente de que su trasero estaba al aire frente a él, trató de levantarse, pero sintió la húmeda lengua de él recorriéndole los muslos y gritó. Cerró los ojos y disfrutó al sentir cómo él exploraba con su lengua cada parte de su feminidad y estaba a punto de suplicarle que parara cuando sintió cómo la penetraba con los dedos, sujetándola el trasero. Entonces sacó sus dedos y comenzó a penetrarla con su sexo con una intensidad tal que provocó que ella sintiera un orgasmo tan explosivo que tuvo que morder la almohada para no gritar.

Pero él continuó penetrándola con fuerza y al rato ella oyó cómo gimió y dijo algo en griego, sujetándola por la cintura con fuerza y vaciándose dentro de ella.

Entonces salió de ella y le dio la vuelta para que lo mirara, todavía agitado.

—Has pasado la lección número dos con honores.

En ese momento la soltó tan repentinamente que ella cayó con fuerza sobre la cama. Angie observó cómo él se quitaba los pantalones

y cómo se dirigía a la ducha, percatándose de que ni siquiera se había molestado en desnudarse.

No comprendía qué había ocurrido para de nuevo no haber sido capaz de resistirse a él.

Cuando él la había tocado, había estado perdida; no había podido pensar con claridad y todo lo que le había importado había sido su cuerpo y lo que él podía hacerle sentir.

Estaba tan pensativa que no se percató de que él había terminado de ducharse hasta que no lo tuvo delante, abrochándose los botones de una camisa blanca.

—Tienes diez minutos para vestirte —dijo fríamente—. Vamos a salir.

—¿Fuera? —preguntó ella, agarrando la toalla del suelo y tapándose —. ¿Adónde?

—A un baile benéfico —contestó él, anudándose la corbata—. Aburrido, pero tenemos que asistir.

—No, no me hagas hacer eso. Realmente no quiero ir —dijo ella, sentándose en la cama.

—No tienes otra opción.

Nikos estaba enfadado. Realmente enfadado.

—Por favor —suplicó ella con la voz entrecortada, odiándose a sí misma por dejar claro lo nerviosa que le ponían los eventos sociales—. Soy una inútil con ese tipo de cosas. Nunca sé qué ponerme ni qué decir. Te dejaré en evidencia, te avergonzarás de mí…

Nikos se puso los pantalones y tomó la chaqueta del traje.

—Necesito una acompañante y, gracias a ti, no tengo oportunidad de elegir con quien asistir. Vístete. Si te preocupa decir algo inoportuno, simplemente no abras la boca.

—¿Quién creen que soy?

—Mi esposa —Nikos esbozó una burlona sonrisa—. Vas a ser el objetivo de todo tipo de especulaciones. Todos se preguntarán por qué fuiste tú la que finalmente me cazó.

Lo que significaba que todos estarían mirándola. Y cuchicheando.

—No me voy a vestir —dijo Angie, sintiéndose enferma.

—Está bien, entonces irás desnuda, lo que garantizará que serás el centro de atención —Nikos se acercó a ella, levantándola y acercando su boca a la de ella.

A Angie se le revolucionó el corazón y él sonrió.

—Ahora no, *agapi mu*. Desafortunadamente no tenemos tiempo. Pero sin duda lo haremos más tarde. Te lo prometo. Ahora vístete.

Preguntándose por qué él tendría aquel efecto sobre ella cuando en realidad no podía soportarlo y odiándose por no ser capaz de controlarse, fue al vestidor y se quedó mirando la ropa.

—Por favor… —suplicó de nuevo, dirigiéndose a él—. Dime qué

debo ponerme.

Nikos la miró a los ojos y ella pensó que iba a tratar de ridiculizarla. Pero él, murmurando algo en griego, se acercó al vestidor y eligió un vestido.

—Ponte esto. Te quedará bien. No se me da bien elegir zapatos, pero cualquiera con tacón alto estará bien.

Angie estaba tan patéticamente agradecida por su ayuda que casi lo abraza. Pero entonces se recordó a sí misma que él era frío y que no tenía corazón; probablemente sólo la estaba ayudando para que no lo avergonzara vestida con algo inapropiado.

Cuando se puso el vestido de seda verde, se dio cuenta de que tenía mucho escote.

—Es demasiado bajo… —dijo, comenzando a quitárselo.

Pero él se acercó a impedírselo.

—Póntelo. Tienes un cuerpo increíble. Es un crimen esconderlo bajo las ropas que normalmente usas.

Ruborizada ante aquello y odiándolo por burlarse de ella, sintió ganas de llorar.

—Es muy cruel que te burles de mi cuerpo. No tienes ningún respeto por mis sentimientos.

—Realmente tienes una mala opinión de ti misma, ¿no es así? —dijo él, mirándola extrañado.

Una hora después Angie se sentó a la mesa, sintiéndose muy amargada, consciente de que todos la miraban. Y de que especulaban.

Allí sentada en silencio, se preguntó por qué si el sexo aliviaba el estrés parecía que Nikos estaba más irritado cada vez que le hacía el amor.

Se corrigió a sí misma; no le hacía el amor. No había nada amoroso ni romántico en lo que compartían. Era algo desesperado y sucio.

Nikos estaba sentado a su lado, hablando en griego sobre inversiones extranjeras con otro asistente a la fiesta. Ella sintió pena por el hombre que tenía sentado a su otro lado, ya que seguramente había esperado ser sentado al lado de una bella dama de sociedad.

—¿Es usted inglesa? —Preguntó el hombre—. Me temo que mi inglés no es muy bueno.

—Estoy segura de que su inglés es excelente, pero a mí me encanta hablar en griego —aseguró ella en aquel idioma, enormemente agradecida de que él hubiera hecho el esfuerzo de hablarle—. ¿Trabaja para Nikos?

—Aunque parece que la mayoría de la civilización occidental trabaja para su esposo, señora Kyriacou, yo no lo hago. Soy Dimitri Vassaras y trabajo para el gobierno en el Ministerio de Cultura y Ciencia. Soy el responsable de mantener el patrimonio griego. Uno de los proyectos principales que tenemos actualmente es tratar de encontrar la manera

de proteger los yacimientos arqueológicos de los saqueadores. Muy aburrido para una bella dama como usted.

—Todo lo contrario —olvidándose de sus preocupaciones de no encajar en aquel entorno, Angie se echó para delante, animada—. Es un asunto que me interesa enormemente. La amenaza de los saqueadores es que los objetos son extraídos de sus yacimientos demasiado rápidamente y se pierde mucha información muy preciada… —al percatarse de que el hombre la estaba mirando asombrado, se ruborizó y dejó de hablar.

—¿Le interesa la arqueología?

En ese momento Angie recordó que Nikos le había dicho que mantuviera silencio. Fue a responder de una manera adecuada cuando éste habló por ella.

—Mi esposa tiene los suficientes títulos como para compararse contigo, Dimitri —dijo, arrastrando las palabras y mirando a Angie a la cara—. Y su conocimiento de nuestro idioma es una ventaja.

Ella se dio cuenta de que había revelado que hablaba griego y trató de leer la expresión de la cara de Nikos. Pero le fue imposible saber si estaba enfadado o irritado.

—Estoy verdaderamente honrado… —dijo Dimitri, tomándola de la mano y acercándola a sus labios— de tener el honor de hablar con alguien que comprende la naturaleza de nuestros tesoros.

—La conservación de los hallazgos arqueológicos es un tema muy importante —dijo Angie en voz baja, ruborizándose levemente—. Cuando excavamos, ponemos mucho empeño en recavar y recopilar toda la información que vamos encontrando según vamos profundizando.

—Entonces le debe parecer bien lo que ha hecho su marido —dijo Dimitri cálidamente mientras tomaba su vino—. Conozco muy pocos hombres de su prestigio que sacrificarían una oportunidad comercial a favor de la preservación de nuestro patrimonio cultural como ha hecho él.

—No lo he hecho con gusto, Dimitri —dijo Nikos secamente—. Me quejé mucho. Simplemente tú no me escuchaste.

—Te quejaste sólo hasta que señalamos la importancia del yacimiento arqueológico —respondió Dimitri, dirigiéndose entonces a Angie—. Estamos a punto de comenzar una gran excavación arqueológica que creemos revelará evidencias de principios de la Edad de Bronce…

—Dimitri —interrumpió Nikos—. Si estás a punto de dar una charla, recuerda que esta noche es para recaudar fondos y que nunca soy muy generoso cuando estoy aburrido.

—Ya no me preocupan los fondos para este proyecto —dijo Dimitri, contento.

—¿No? —dijo Nikos de manera burlona, levantando una ceja.
—¿Por qué debería convencerte de los beneficios de invertir en este proyecto cuando tu bella y talentosa esposa lo puede hacer por mí? Con tu permiso, voy a explicar los detalles del proyecto y la señora Kyriacou podrá usar la relación especial que tiene contigo para influir en tu donación.
—¿Tiene razón? —Nikos se dirigió a Angie—. ¿Vas a usar la relación especial que tienes conmigo, *agapi mu*!
Confundida por el tono suave de la voz de Nikos y por la burla que vio reflejada en su mirada, Angie se ruborizó levemente y se dirigió a Dimitri, decidida a que Nikos no debilitara su confianza en sí misma.
—Me encantaría conocer más cosas sobre el proyecto.
Algunas personas de las que estaban sentadas en la mesa se unieron a la conversación y ella se percató de que estaba sentada con importantes representantes del gobierno griego. Hablaron sobre la problemática de obtener subvenciones y la búsqueda de patrocinadores.
—Ahí es donde entró yo —dijo Nikos—. Yo soy el patrocinador.
—El patrocinio es esencial para la arqueología —observó Angie.
—Su marido nos intenta convencer de que lo único que hace es arrojar dinero para nuestra causa sin saber nada sobre ello, pero todos sabemos que sus conocimientos sobre el tema sobrepasan a los de muchos respetados arqueólogos.
Angie se quedó sorprendida. El hombre que ella conocía sólo estaba interesado en tener sexo y dinero. Miró a Dimitri, incrédula, para darse la vuelta a continuación y mirar a Nikos.
—Te lo creas o no, mi esposa y yo todavía no hemos pasado mucho tiempo hablando sobre objetos de principios del minoico.
—Bueno, claro que no. Estáis recién casados. ¡Pero vaya pareja! —Exclamó Dimitri, mirando a las personas sentadas a la mesa—. La doctora Kyriacou será capaz de aportar mucho a nuestro último proyecto. Nikos, ahora no sólo queremos tu dinero… ¡también queremos a tu esposa!
—No sabía que ella iba a ser tan popular.
Dimitri sonrió, ignorando o no percatándose del leve tono amenazante de la voz de Nikos.
—Dígame, doctora Kyriacou, ¿ha visitado Knossos? Es el yacimiento más antiguo de Creta.
—Lo visité hace unos años —contestó Angie, mirando a Nikos, nerviosa ante lo calmado que estaba—. Pero tengo ganas de volver a visitarlo.
—Entonces me encantará ser su guía —se apresuró a decir Dimitri.
Nikos se levantó, tomando a Angie por la muñeca.
—Desafortunadamente ya me había comprometido yo a llevarla allí

—dijo, forzando a Angie a levantarse—. Y ahora, si me permiten, voy a bailar con mi esposa.

Angie se ruborizó al percatarse de que les estaban mirando y sonriendo. Casi se tropieza al tratar de seguirle con aquellos zapatos de tacón.

—Casi no puedo andar con estos zapatos, como para ponerme a bailar —murmuró.

Pero él la agarró con más fuerza y la atrajo hacia sí al llegar a la pista de baile.

Ella comenzó a estremecerse al sentir el fuerte cuerpo de él contra el suyo, derritiéndose al pensar en lo que vendría luego.

—Si vuelves a flirtear con Dimitri… —advirtió él en tono amenazador— lo encontrarán muerto en una de sus excavaciones junto con huesos y trozos de cerámica.

—¿Flirtear? —Dijo ella, poniendo una mano en el pecho de Nikos con la intención de alejarlo un poco—. Yo no he flirteado con él.

—Él no podía apartar la vista de ti. Conozco a Dimitri desde hace casi diez años y nunca le había visto tan animado. Claramente le excitan mucho todos tus títulos.

—No entiendo por qué debería molestarte. Es absurdo ser tan posesivo cuando tú no tienes interés en mí —Angie trató de apartarse, pero Nikos la agarró con fuerza.

—Lo que yo piense de ti es irrelevante. Tú eres mi esposa. No se te ocurra aceptar ninguna invitación de las que él pueda ofrecerte.

—Aceptaré la invitación que quiera si me interesa. Las condiciones del contrato matrimonial no me impiden verme con otro hombre —dijo ella, retándolo.

—Yo lo impediré —informó Nikos seriamente—. Si estás fantaseando con Dimitri, debo informarte de que su joven esposa y su hijo le esperan en Atenas. O quizá eso no te detendría.

Angie frunció el ceño; no comprendía por qué debería importarle a Nikos si ella coqueteaba con Dimitri o por qué creería que el hecho de que estuviera casado no sería un obstáculo para ella.

—Hablas como si yo fuera una obsesa sexual, y ambos sabemos que no lo soy.

Nikos se quedó mirándola durante largo rato, como queriendo decir algo pero sin hacerlo.

—Él es un hombre interesante y edu… educado —tartamudeó ella, preguntándose cómo podría ser que aquello provocara que la expresión que estaba esbozando Nikos se oscureciera aún más—. No tengo más interés en él que el puramente académico. Si pasara tiempo con él sólo sería para intercambiar opiniones y aprender el uno del otro.

—Del único que vas a aprender va a ser de mí —gruñó Nikos,

sacándola de la pista de baile.

—No podemos marcharnos sin despedirnos…

—Soy el invitado de honor. Puedo hacer lo que quiera. A nadie le interesa mi comportamiento, sólo mi cartera —dijo una vez llegaron a su coche, introduciéndola en el asiento del acompañante.

—¡Esto es muy vergonzoso! Debería haberme despedido. Estarán ofendidos.

—Lo único que les ofenderá es si les niego los fondos que me están suplicando.

—Que administres el dinero no te da derecho a ser grosero —dijo ella, apartando la vista de él y mirando por la ventanilla. Con sólo ver lo guapo que era sentía su cuerpo débil; lo deseaba rabiosamente y se odiaba a sí misma por sentirse de aquella manera por un hombre tan primitivo como Nikos—. Dimitri me ha parecido encantador y muy educado.

Nikos no dijo nada, sólo la miró con furia. Al mirarlo y ver la rabia que reflejaban sus ojos, ella sintió cómo le daba vuelcos el estómago.

Él volvió a centrar su atención en la carretera y ella cerró los ojos por un momento, preguntándose si sería sólo ella la que sentía que entre ellos había una conexión que, aunque escapaba a la lógica, existía.

Pero al observar la fuerza con que había agarrado él el volante, se dio cuenta de que él también la sentía.

Cuando él detuvo el coche y salió fuera, Angie oyó el leve murmullo del mar.

—Esto no es tu villa. ¿Dónde estamos?

—En un sitio donde no nos molestarán —contestó él, abriendo la puerta de ella y tomándola de la muñeca, obligándola a salir del coche.

—Si no te importa que te lo diga, te estás comportando de una manera muy extraña —murmuró, tropezando y dándose cuenta de que no podía andar en la arena con zapatos de tacón.

Sin decir nada, él la tomó en brazos y la acercó a la orilla del mar, quitándole los zapatos antes de volver a ponerla en el suelo.

Entonces la besó apasionadamente.

—Nikos… —aturdida por aquel asalto a sus sentidos, se echó sobre él y sintió cómo le quitaba el vestido, desrizándolo por su tembloroso cuerpo—. No puedes hacer eso; se estropeará —gimió en la boca de él, pero ya era demasiado tarde. El vestido estaba sobre la arena.

—Te compraré otro —dijo. Sin dejar de besarla se quitó la chaqueta y tumbó a Angie delicadamente sobre la arena, colocándose sobre ella —. Te quiero poseer y lo deseo ahora mismo.

—Yo también te deseo —dijo ella, gimiendo al sentir cómo él comenzaba a chuparle un pezón. La repentina explosión de excitación

que sintió la obligó a levantar las caderas, intentando calmar las desesperadas ansias que se habían apoderado de su pelvis.

—Sé que me deseas. No te puedes contener y eso me excita muchísimo.

Aturdida por la excitación, sintió cómo él introducía los dedos entre sus muslos y gimoteó, desesperada. Él sabía dónde y cómo tocarla.

—Por favor, Nikos…

Él levantó la cara, dejando el pecho de ella. Tenía la respiración agitada. Se apartó para quitarse los pantalones y entonces la tomó por las caderas, penetrándola tan desesperadamente que ella gritó, sorprendida y aliviada.

Sintió la dureza de la excitación sexual de Nikos y lo abrazó con las piernas, haciendo que la penetrara aún más profundamente. Entonces, siguiendo un instinto primitivo que no conocía, comenzó a moverse, acompasando los movimientos de él. Le clavó las uñas en la espalda y le mordió un hombro, sintiendo la repentina explosión del orgasmo, que llegó sin avisar.

Se quedó allí tumbada, tratando de recuperarse, sintiendo que él todavía estaba dentro de ella…

—Oh, Dios mío, ¿está permitido hacer esto en la playa?

—Es una playa privada —dijo él, apartándose de ella y levantándose —. Es mía.

Capítulo 9

Nikos se quedó mirando el famoso fresco del delfín, preguntándose qué demonios estaba haciendo, si finalmente había perdido la cordura.

Tenía muchísimo trabajo, pero aun así había decidido tomarse un día libre para enseñarle a su esposa el palacio de Knossos. Pero ésa no había sido la única acción discutible que había realizado. La semana anterior no había podido concentrarse en el trabajo y había vuelto a casa antes de lo previsto con el único propósito de llevar a la cama a Angie.

La química que había entre ambos era positiva; aunque ella no era su prototipo de mujer, la encontraba extrañamente adictiva.

—Es fascinante, ¿verdad? Tiene cuatro alas alrededor de la parte central, que es el núcleo de todo el complejo —los azules ojos de Angie brillaban excitados. Iba vestida de manera sencilla.

Nikos sonrió ante la ironía de todo aquello. A las mujeres con las que normalmente había estado lo que les divertía era ir a las boutiques y que él les comprara ropa.

—¿Nikos? —dijo, sonriéndole—. ¿No te parece fascinante?

Lo que a él le parecía fascinante era *ella*. No se parecía a nadie que él hubiera conocido.

—Eres una mujer muy atípica.

—¿Qué quieres decir? —Angie sonrió, titubeante.

—Quiero decir que te he comprado toda la ropa que había en una boutique cara y tú eliges llevar lo mismo casi cada día. Pantalones y camiseta.

Angie se ruborizó y se miró, sintiendo cómo la inseguridad se apoderaba de ella.

—Yo… la ropa es preciosa. Gracias. Supongo que no soy muy buena combinando la ropa.

—¿Por qué? —Nikos la tomó de la barbilla, forzándola a mirarlo—. ¿Por qué no tienes confianza en tu aspecto?

—Oh… —ella frunció el ceño levemente, como si nunca antes hubiese considerado aquello—. Porque sé que no soy guapa y no acierto al elegir qué ponerme. Mi madre siempre solía hacer un gesto de dolor cuando me miraba. Fuese lo que fuese lo que yo llevara, siempre entornaba los ojos y me decía que tenía muy mal aspecto…

—Las familias son responsables de muchas cosas.

—¿Lo son en la tuya?

—Mi familia es tan disfuncional como cualquier otra —respondió él, frunciendo el ceño al recordar a su padre.

—Nunca me has hablado de tu familia.

Nikos se quedó mirándola, percatándose de todos los detalles íntimos que compartía con ella. Pero él nunca hablaba de su familia y si algún día elegía hacerlo no sería a la hermana de Tiffany Littlewood.

—No hay nada que contar. Pero si no sabes cómo vestirte conjuntada, puedo hacer que alguien vaya a ayudarte a aprender a hacerlo.

—¿Harías eso por mí? —preguntó ella con los ojos abiertos como platos.

—¿Por qué no? —Nikos se encogió de hombros—. Me gustaría verte llevar otra cosa que no sean pantalones. Tengo una amiga en Atenas que puede ayudarte. Pondré mi avión a su disposición y puede venir a pasar una tarde contigo.

—Gracias —Angie sonrió tímidamente—. No me vendría mal alguna información sobre la moda.

«Información». Sólo Angelina podría convertir la moda en algo para estudiar.

Como para demostrar cuáles eran sus prioridades, Angie lo tomó de la mano y lo acercó a ver una serie de vasijas, examinándolas en detalle.

Él se echó para atrás, recordándose a sí mismo que sólo estaba allí para evitar que ella hubiese ido con Dimitri.

—Toda esta zona descansa sobre terreno sísmico. Ha sido destruida en varias ocasiones por terremotos.

Nikos se preguntó por qué una conversación tan aburrida le alteraba los nervios.

—Y ha sido reconstruida… —dijo ella, agarrándolo de nuevo de la mano y llevándolo a otra parte de las ruinas—. Mira esto. Se puede ver qué les llevó a inventar el mito del monstruo del laberinto, ¿verdad?

Angie sonrió y él admiró el increíble color de sus ojos. Cuando hablaba de arqueología se convertía en otra persona. Confidente y vibrante.

—¿No crees en nuestro Minotauro?

—¿En un monstruo mitad hombre, mitad toro? No. Pero es una historia estupenda. Cuando era pequeña era mi favorita —contestó ella sin percatarse de que todavía tenía agarrado a Nikos.

—Te puedo imaginar encerrada en tu habitación absorta con un libro.

—Pues sí. Pasé mucho tiempo en mi habitación o en la biblioteca del colegio. No era una niña muy sociable. Me gustaba estar sola —dijo, soltándolo por fin.

Nikos pensó que aquello la diferenciaba de su madre y de su hermana, para las cuales relacionarse con la gente era una prioridad.

Pero se recordó a sí mismo que aunque era muy distinta a su hermana, insistía en disculpar y aprobar el comportamiento de ésta.

—Tenemos que marcharnos —dijo con la voz ronca, mirando su reloj—. Esta noche tenemos que asistir a otra cena.

—¿De verdad? —a Angie se le iluminó la cara.

—Si esperas volver a ver a Dimitri, tengo que decirte que él no asistirá.

—Será agradable conocer a otros amigos y colegas tuyos.

—Pensaba que odiabas las reuniones sociales.

—Normalmente es así. Pero es porque habitualmente las conversaciones en eventos como ésos son muy aburridas y me siento fuera de lugar. Pero el baile benéfico de la semana pasada fue como pasar la tarde en la universidad. Eran todos encantadores.

—Esta noche será otro tipo de gente. Banqueros.

—Está bien —dijo ella, mirando algo por encima del hombro de él —. Oh, ¿podemos acercarnos a ver eso?

Nikos, preguntándose qué había pasado con la mujer a la que le asustaba salir de fiesta, permitió que ella le llevara a otra parte del palacio…

No recordaba cuándo se había divertido más que aquel día. Nikos había sido una estupenda compañía debido a sus conocimientos del arte e historia minoicos, que la habían dejado impresionada.

—¡Sabes tanto sobre Knossos!

—Soy griego.

—¿Es ésa la razón?

Mientras regresaban en el coche a la villa de él, Angie se preguntó qué habría visto un hombre de la inteligencia de Nikos en su hermana. Ella la había querido mucho, pero ese amor no le había impedido nunca ver la realidad. Sabía que a su hermana no le había interesado otra cosa que no fuera la ropa y el maquillaje. Pero había sido muy guapa. Y, según su madre, era eso lo que les importaba a los hombres como Nikos.

Para él las mujeres eran un entretenimiento, nada más. No tenía sentido que le hubiese propuesto matrimonio a su hermana.

—Me estás mirando —observó él.

—¿Amaste a mi hermana o simplemente estabas con ella por el sexo?

—Me niego a hablar de tu hermana. Creí que ya te lo había dejado claro.

—Estoy tratando de entenderte…

—No te molestes. Que mi pareja me entienda no es una de las cualidades que yo requiero —dijo Nikos mientras detenía el coche para esperar a que las enormes puertas de la villa se abrieran.

—Pero estamos casados. Pasamos tiempo juntos —dijo ella mientras

entraban en la villa.

—Estamos casados porque tú insististe en ello —le recordó él en un tono de voz frío mientras aparcaba el coche—. Y pasamos tiempo juntos porque me prohibiste ver a otras mujeres.

Angie se mordió el labio inferior, invadida por inseguridades. Había pensado que habían tenido un día agradable. Había pensado que él había disfrutado de su compañía, pero él le había dejado claro que estaba con ella de mala gana. Y aquello la dejó abatida, decepcionada al ver que la intimidad que parecía que habían compartido durante el día había desaparecido.

—Tenemos que asistir a una cena esta noche —le recordó él mientras se dirigían a las escaleras—. Saldremos dentro de una hora.

Angie no se molestó en discutir ni preguntar nada. En vez de eso se duchó rápidamente y eligió un vestido adecuado.

—Tengo que decir que es alentador estar con una mujer que no necesita por lo menos medio día para prepararse para salir —dijo Nikos, acercándose a ella vestido con un elegante traje—. Ese vestido te sienta bien. Y me encanta cómo te quedan los tacones. Tienes unas piernas fantásticas. De ahora en adelante, los pantalones están prohibidos.

Ella se ruborizó. Aquel vestido de seda azul le hacía sentirse femenina y bella.

—Es bonito —dijo, mirándose de reojo en el espejo—. No me había dado cuenta de lo que me gusta arreglarme —confesó, sorprendiéndose a sí misma, pero dándose cuenta de que era verdad.

—Tu madre no te hace justicia —dijo él con voz ronca—. Eres una mujer muy sexy.

Aquel cumplido inesperado la asustó.

—Yo… yo no lo creo. Estoy tan acostumbrada a compararme con… —Angie no quiso estropear el momento mencionando a su hermana.

—Tiffany.

—Tú la conociste. Era preciosa. Hacía que los hombres perdieran la cabeza.

—Lo sé —dijo Nikos, esbozando una dura mueca.

—Claro que lo sabes —odiando recordar el hecho de que él había estado con su hermana, apartó la mirada—. Ningún hombre se podía resistir a Tiffany.

—Todavía no comprendo qué tiene eso que ver con que tú te arreglaras o no.

—Supongo que ni siquiera me molestaba en competir —respondió ella en voz baja—. Desde que nació, Tiffany fue la guapa. Debiste verla cuando era un bebé; era guapísima. Pero nadie miraba más allá de su físico. ¿Sabías que era lista? —sintió cómo las lágrimas brotaban a sus ojos y las apartó parpadeando—. Yo quería que estudiara y que

utilizara su cerebro, pero ella siempre pensó que eso era una pérdida de tiempo. Ella simplemente quería enamorarse y casarse.

—Preferiblemente con el hombre más rico que pudiera.

—¿Por qué no? —Angie se dirigió a él, enfadada—. ¡Para ti es muy fácil juzgar, pero no sabes absolutamente nada de nuestras vidas! ¿Tienes idea de lo difícil que fue para ella? Nuestro padre no paraba de tener aventuras amorosas y de gastar dinero hasta que estuvo en bancarrota. Pasó de colmar a Tiffany de regalos a morir de un ataque al corazón. Nos tuvimos que mudar de nuestra confortable casa de cuatro dormitorios a un diminuto piso con menos luz que una cueva. ¿Puedes culpar a Tiffany por querer más? —dejó de hablar y se mordió el labio inferior, deseando no haber contado tantas cosas de su pasado.

—¿Crees que el fin justifica los medios?

—No. No, no lo creo, desde luego que no. Simplemente digo que no conoces todos los detalles.

—No, *agapi mu* —dijo él tras un momento de silencio—. Creo que eres tú la que no conoces todos los detalles. Y ahora tenemos que marcharnos o llegaremos tarde.

Angie lo siguió al coche, frunciendo el ceño, preguntándose qué habría querido decir con aquello de que era ella la que no conocía todos los detalles. ¡Claro que los conocía! ¡Conocía muchos más detalles que él! Ella había conocido a Tiffany. Aunque no siempre había aprobado el comportamiento caprichoso de su hermana, la había comprendido.

Mantuvo silencio mientras se dirigían a la cena.

—¿Dónde estamos?

—En el museo —contestó él, ayudándola a salir del coche—. Sonríe. Habrá cámaras.

Apenas acababa de hablar cuando la luz de un flash cegó a Angie.

—Simplemente sonríe —ordenó Nikos, subiendo rápidamente las escaleras hacia el museo y llevándola con él—. No pueden entrar; es un acto privado.

—¿Adónde vamos?

—A un acto para recaudar fondos y a visitar algunas antigüedades de Creta —informó él, entrando en el museo como si fuese suyo—. En tu línea.

—¿Por qué no llega nadie más?

—Supongo que ya están todos dentro —contestó, mirando la hora—. Llegamos muy tarde.

—¿Sí? —horrorizada, permitió que él la guiara a una sala repleta de gente que se dio la vuelta para mirarlos—. Oh, Dios…

—Sonríe —relajado e indiferente, Nikos la atrajo hacia sí, besándola en la boca.

Ella se olvidó de dónde estaban y cerró los ojos, no volviendo a abrirlos hasta que él levantó la cabeza. Avergonzada al haber atraído aún más atención sobre sí misma, se quedó mirándolo.

—¿Por qué has hecho eso?

—Para recordarles que estamos recién casados. Ahora todos creerán que hemos llegado tarde porque hemos estado practicando un sexo increíble.

—Pero eso es horrible —tartamudeó Angie—. No quiero que piensen eso. No es verdad.

—Habría sido verdad si tú no hubieses sacado el peliagudo tema de tu hermana. Tengo que confesarte que ella tiene un efecto perjudicial sobre mi libido.

—Yo no quiero hablar sobre mi hermana.

—Bien, porque yo tampoco —dijo Nikos, guiándola hacia su silla y presentándosela a la gente que había sentada en la misma mesa.

Angie bebió un sorbo de vino para darse valor, consciente de ser de nuevo el centro de todas las especulaciones.

La conversación que se desarrolló en la mesa fue sobre economía y ella se vio forzada a desconectar, debido a que todos los hombres se dirigían a Nikos, dejando clara su importancia en sociedad. Las mujeres sentadas a la mesa conversaron sobre fiestas y ropa y ella fue incapaz de intervenir, por lo que se quedó allí sentada en silencio.

—Estás muy callada —Nikos tomó su vaso—. ¿Echas de menos a Dimitri?

—Es un hombre muy interesante y fue muy amable conmigo —dijo, molesta por el sarcasmo de él.

—¿Amable? —Nikos frunció el ceño—. ¿Por qué fue amable?

—Habló conmigo —contestó—. Me hizo sentir que lo que yo tuviera que decir importaba.

—Y esta gente no lo hace —dijo él, mirándola a la cara durante largo rato.

—No importa —Angie se ruborizó y esbozó una vacilante sonrisa—. Obviamente son parte importante de tus negocios. Están todos pendientes de lo que dices.

—¿Es ésa la impresión que da?

—O tú eres una persona realmente inteligente o es que ellos quieren algo de ti. Apuesto por lo último.

—Pero tú no tienes dinero para apostar —le recordó él de manera suave, acercándose hacia ella de forma inquietante—. Pero si quieres hacerlo, puedo pensar en algo adecuado que puedes apostar.

—Todos se—están preguntando por qué te has casado conmigo —dijo ella, sin comprender por qué debería molestarle.

—Estás equivocada, *agapi mu*. Sólo tienen que mirarte para entender por qué me casé contigo. Esta noche estás preciosa.

A Angie se le aceleró el corazón. No debería importarle lo que él pensara y cambió de tema.

—¿Qué es lo que quieren de ti? ¿Dinero?

—¿No es eso lo que quiere todo el mundo?

—¿No te cansas de ello? ¿De que todos te adulen para conseguir dinero? ¿No deseas conocer a alguien que no tenga miedo de decirte lo que realmente piense de ti?

—¿Quieres decir a alguien como tú? —Nikos se levantó de repente, tomándola por el brazo para que hiciera lo mismo—. Vamos a dar una vuelta por el museo.

—¿Podemos hacerlo?

—Desde luego. Es una visita privada. Deberías disfrutar de ella. Aquí tienes algunas vasijas muy exquisitas. Como a ti te gusta.

Angie se preguntó si había cinismo en aquello, pero mientras salían de la sala lo miró a la cara y no vio rastro de burla en ella. La guió por el museo, de nuevo dejando claros sus profundos conocimientos sobre las antigüedades.

—Dimitri tenía razón cuando dijo que tú sabes mucho sobre antigüedades. ¿Estudiaste alguna carrera relacionada con ello en la universidad?

—Me especialicé en leyes y después hice una licenciatura en ciencias empresariales. Más lucrativo.

—¿Y entonces te pusiste a trabajar en el negocio de tu padre?

—No. Creé el mío propio —contestó Nikos.

—Oh… supuse…

—Mi padre tiene intereses distintos a los míos.

—Debe estar muy orgulloso de todo lo que has conseguido.

Nikos frunció el ceño duramente, como si nunca hubiese pensado en eso.

—Nunca hablamos sobre cosas como ésas.

—Mira eso, ¿no es increíble? —dijo Angie, cambiando de tema al percatarse de que él no estaba a gusto hablando sobre su familia.

—Se usaba para diluir el vino —dijo él, explicando la utilidad que había tenido la vasija—. Los griegos de la época clásica nunca bebían el vino en estado puro. ¿No te alegras de no haber vivido en el periodo minoico?

—Si hubiera vivido en el minoico habría estado sirviéndote como esclava. No existían los derechos de igualdad para las mujeres —dijo Angie, sonriendo.

—Se han producido algunos increíbles hallazgos a lo largo de la costa… —dijo Nikos, señalando una excavación que se había realizado hacía algunos años.

Ella lo escuchó, absorta, preguntando algunas cosas, y no fue hasta que vio un reloj que se dio cuenta de que habían transcurrido dos

horas.

—Oh, Dios mío… —dijo, llevándose una mano a la boca— todos se preguntarán dónde estamos. Deberíamos volver.

—¿Y si yo no quiero? —dijo él, mirándola a los ojos.

—¿Para qué quieren tu dinero en esta ocasión? —preguntó ella, emocionada.

—Para una empresa conjunta. Para construir un complejo hotelero al sur de la isla —contestó, levantando una ceja—. ¿Digo que sí o que no?

—No sé nada de negocios.

—Pero ya has demostrado que aprendes rápido —dijo, mirándola a la boca.

—Creo que no tengo los conocimientos necesarios como para aconsejarte.

—Yo te podría enseñar.

—Nikos…

—Marchémonos a casa —dijo él, tomándola de la mano y sacándola del museo…

Dos semanas después, Angie estaba tumbada en la cama, medio adormilada. Nikos le había estado haciendo el amor durante casi toda la noche y había sido increíblemente bueno. De hecho, ella deseaba que él no hubiese tenido que marcharse temprano para atender un compromiso que tenía en Atenas ya que tal vez en aquel preciso momento todavía habrían estado haciendo el amor.

Desconcertada por sus propios pensamientos, se sentó en la cama y trató de despejarse.

Se preguntó qué había pasado con ella, con la mujer a la que no le interesaba el sexo ni los hombres. No se reconocía a sí misma. Incluso había momentos en los que había comenzado a creer que era bella, en parte gracias a la mujer que Nikos había llevado desde Atenas. Habían pasado toda una tarde combinando la ropa de su armario y le había divertido ver cómo podían llevarse las cosas.

Y estaba Nikos, que cuando le hacía el amor le hacía sentirse bella. Y, en vez de parecer aburrido o impaciente por el interés que ella tenía hacia las antigüedades, se había tomado la molestia de enseñarle cosas que sabía le interesarían.

Hablaban todo el tiempo. De todo. De lo único que evitaban hablar era de Tiffany.

Se restregó una mano por la cara, muy confundida.

Cada vez le costaba más recordar que él era el hombre que le había hecho daño a su hermana y que aquel matrimonio no era real.

Y, a medida que pasaba el tiempo, estaba más confundida sobre Nikos. Había pensado que era un hombre empedernido al que no le

interesaba nada más que el sexo o el trabajo. Pero, aunque era verdad que le gustaba controlar, también era muy educado y muy inteligente.

Se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño para darse un largo baño. Tras hacerlo, fue al vestidor para elegir algo bonito que ponerse en caso de que Nikos regresara antes de tiempo.

Tardó media hora en elegir qué ponerse y una vez lo hizo se preguntó desde cuándo le preocupaba a ella si Nikos pensaba si ella estaba guapa o no.

Mientras se ponía unas sandalias con unos tacones altísimos, enojada, se dijo a sí misma que era una tonta, triste y estúpida. Hacía dos semanas no podría haber andado con ellas, pero tras el comentario que había hecho él de que le gustaban sus piernas cuando llevaba tacones, había estado practicando andar con ellos hasta que había conseguido dominarlos.

Mientras se maquillaba levemente pensó que en vez de haberle castigado se había enamorado de él…

—Me sorprende que estés despierta.

La profunda voz de Nikos la sobresaltó. Sintió una alegría inmensa al verlo allí de pie.

—Ya es la hora de comer.

—Pero no has descansado mucho, ¿verdad? —dijo él, acercándose a ella y besándola apasionadamente—. Te voy a llevar a comer fuera.

—¿Fuera? —Angie lo miró, mareada.

—Si nos quedamos aquí te tendré que llevar de nuevo a la cama —explicó, tomándola de la mano y llevándola hacia la puerta—. Y además, quiero enseñarte la verdadera Creta.

—Pensaba que ya habíamos visto la verdadera Creta —dijo ella, reprimiendo el impulso de decirle que no tenía ningún problema con volver a la cama.

—Has visto la Creta histórica. Ahora quiero que veas la Creta actual —dijo mientras se montaban en su Ferrari.

La llevó a una diminuta taberna del interior, escondida entre olivos y que tenía unas vistas impresionantes de las montañas y del mar.

Estaba claro que conocía a los dueños, con los que habló un rato en griego, tras lo cual la dirigió hacia una mesa bajo la sombra de un árbol. Entonces pidió comida y bebida para ambos.

—¿Qué es este sitio?

—Jannis prepara la mejor comida que se pueda comer en Creta —le dijo Nikos—. Una vez hayas probado su cordero, nunca más irás a comer a otro sitio.

—Has vuelto antes de lo que esperaba. ¿Ha sido productiva tu reunión de esta mañana? —preguntó Angie, a la que le faltaba el aliento debido a la sonrisa de él.

—Ha sido extremadamente aburrida. La semana que viene tengo

que ir a Atenas para asistir a la reunión sobre el proyecto del que te habló Dimitri. Quiero que vengas conmigo. Por favor, prueba esto. *Dolmades*… parras rellenas. Está delicioso —dijo, sirviéndole comida en su plato.

—¿Yo?

—Sí, tú —dijo Nikos, encogiéndose de hombros y sirviéndose comida él mismo—. Entiendes lo que hablan. Quiero asegurarme de que emplean mi dinero prudentemente. Tú puedes traducir toda esa palabrería arqueológica.

Angie sintió cómo el placer se apoderaba de ella y dejó su tenedor sobre la mesa, profundamente confundida por sus propios pensamientos y por la inesperada invitación de él.

—No estás comiendo. ¿No te gusta?

—Me encanta… —Angie miró su plato—. Es sólo que.

—¿Qué?

—Nada —sonrió y volvió a tomar su tenedor. No quería estropear aquella comida especial, hablando sobre la relación que tenían—. Cuéntame cómo conociste a Jannis.

Estuvieron allí sentados, comiendo, bebiendo y hablando hasta bien entrada la tarde. Entonces Nikos se levantó y fue a la cocina para pagar la cuenta y despedirse de Jannis.

Ambos salieron juntos y el dueño de la taberna abrazó a Angie afectuosamente.

—Siempre le dije a Nikos que al final encontraría una mujer bella e inteligente. Tú eres esa mujer —le dio dos besos en las mejillas—. Nos visitarás pronto de nuevo.

Regresaron a casa sin prisas y, cuando llegaron, al ver una limusina negra aparcada a las puertas de la villa, Nikos maldijo.

—Parece que tenemos visita —dijo, agarrando con fuerza el volante.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es?

—Es mi madre —dijo, apagando el motor.

Por un momento, Angie pensó que él iba a arrancar de nuevo y a salir de la villa a toda prisa, pero entonces la puerta de la casa se abrió y una mujer alta y elegante salió de ella.

Se sintió muy avergonzada. No había pensado en que podía conocer a la familia de él.

—¡Nikolaous! —exclamó la señora acercándose a ellos.

Pero antes de que pudiera llegar, una niña, de pelo largo y negro, corrió hacia el coche.

—¡Nik! —Exclamó la pequeña, abrazando a Nikos antes siquiera de que éste pudiera salir del vehículo—. Te queríamos dar una sorpresa.

—Ten claro que lo habéis hecho —dijo él en un tono duro, pero con la calidez reflejada en los ojos al acariciar la cabeza de la niña.

—Estaba desesperada por verte —le dijo su madre al acercarse a

ellos.

Entonces Nikos salió del coche y abrazó a su madre.

—Vamos dentro.

—Nik, ¡ni siquiera tú puedes ser tan grosero! —La muchacha se dirigió hacia Angie, con la emoción reflejada en su cara—. Soy Ariadne, la hermana de Nik. Quiero saberlo todo…

—Ariadne… —dijo Nikos.

—Bueno, ¡eres tan enigmático! —Ariadne se dirigió a su hermano—. ¡Creía que nunca te ibas a casar, todas mis amigas tenían esa esperanza y entonces, de repente, nos enteramos de que te has enamorado y de que te has casado en Inglaterra! ¿No es romántico?

Angie se percató de las miradas que intercambiaron Nikos y su madre y se preguntó cuánto sabría ésta de la verdadera naturaleza de su matrimonio.

Nikos presentó a Angie formalmente y todos se dirigieron a la terraza que había sobre la piscina, donde María, el ama de llaves, les sirvió bebidas frías.

Tras media hora de mantener una educada conversación, Ariadne se quitó los pantalones y la camiseta y se dirigió a la piscina. Nikos la siguió, dejando a Angie a solas con su madre.

—Debe pensar que este matrimonio ha sido muy repentino, señora Kyriacou —dijo Angie, sintiéndose muy tímida.

—Llámame Eleni —dijo la señora con suavidad, acariciando la mano a Angie—. Y, por favor, no te sientas incómoda. Siempre supe que cuando Nikos finalmente se enamorara se casaría a toda prisa sin ningún tipo de celebración. Él es así. Piensa por sí mismo. Siempre lo ha hecho.

—Oh… bueno…

—Estoy muy aliviada de que todo haya salido bien. Durante un tiempo estuve muy preocupada por él… sacrificó tanto por nosotros…

—¿Lo hizo? —Angie estaba sorprendida. No asociaba la palabra «sacrificar» con Nikos.

—No me atrevo ni a pensarlo. Estaba aquella chica… —Eleni se estremeció y tomó su bebida—. Era guapísima y muy joven.

A pesar del calor que hacía, Angie sintió frío de repente. Instintivamente sabía de quién estaba hablando Eleni y quería detenerla, advertirle de que aquella chica era su hermana…

—Pocos hombres habrían sido capaces de resistirse a ella —murmuró Eleni con pena, con la nostalgia reflejada en la cara—. No le echo la culpa a nadie, pero estaba preocupada por Nikos.

—Yo creo que él es capaz de cuidarse por sí mismo —logró decir Angie—. ¿Por qué no debería haber tenido él una relación con aquella chica?

—Te he disgustado y sin razón —Eleni, comprensiva, acarició de

nuevo la mano de Angie—. No fue Nikos el que tuvo una relación con la muchacha… fue Aristotle. Mi marido.

—¿Su marido? —preguntó Angie con la voz entrecortada.

—Mi marido no es muy inteligente cuando se trata de mujeres. Varias veces durante nuestro matrimonio él… —Eleni tuvo que dejar de hablar y sonrió lánguidamente—. No importa. No tienes que conocer los detalles. Siempre regresa conmigo y eso es lo que cuenta. Pero aquella ocasión fue distinta. *Ella* era diferente. Fría. Calculadora. Sabía lo que quería. Casarse. Lo quería a él. Al precio que fuese.

Angie se quedó allí sentada, muy rígida. Apenas podía respirar.

—¿Casarse? ¿Con su marido?

—Aristotle fue un idiota, desde luego. Debería haberse dado cuenta de qué clase de chica era, pero no lo hizo. Ella era maquinadora y avariciosa. Yo tenía tanto miedo. Si no hubiese sido por Nikos… —los ojos de Eleni reflejaban la angustia que sentía y bebió un poco de su vino—. Estuve a punto de no decírselo. No quería preocuparle, pero cuando descubrí que el diamante había desaparecido, temí que fuese un asunto serio…

—¿Ella robó el diamante?

—Desapareció y yo temí que Aristotle se lo hubiera dado como un regalo. El diamante tiene un gran valor sentimental en nuestra familia. Que mi marido se lo hubiese dado a su amante, sólo significaba una cosa…

—¿Qué la relación entre ellos era seria?

—Eso es —Eleni volvió a sonreír lánguidamente—. Afortunadamente estaba equivocada sobre la joya. La tenía Nikos porque Aristotle le había pedido que llevara la piedra preciosa a limpiar y a que comprobaran la montura. Nikos está tan ocupado que tardó mucho en hacerlo… ¡se le había olvidado!

Angie se sintió como una impostora al no revelar que ella era hermana de «aquella chica».

—Entonces, ¿la relación de la muchacha y su marido no era seria?

—El no le había dado el diamante y eso significó mucho para mí. Yo estaba preocupada de que la relación que tenían hubiese podido ser algo más que una aventura, pero Nikos demostró lo contrario. Hizo que la chica tomara de su propia medicina. Fingió estar atraído por ella y la alejó de su padre. Por lo menos, el éxito que tuvo demostró lo que Nikos siempre creyó… que ella nunca estuvo realmente interesada en Aristotle, que sólo le interesaba su dinero. Ella estuvo muy contenta de irse con Nikos. Me consoló saber que no se quedó con el corazón roto.

—¿Realmente era ella tan maquinadora? —logró preguntar Angie.

—Desafortunadamente, sí. Y entonces sufrió el terrible accidente. Estoy segura de que Nikos te lo ha contado, aunque odia recordarlo…

a pesar de que no estaba allí, se siente culpable.
—¿Qué quiere decir? —horrorizada, Angie se agarró a la silla.
—El día antes de que muriera, él le había dicho que su relación había terminado. Ella estaba disgustada y enfadada. Fue a la casa de mi hijo, pero él estaba en una reunión en la ciudad. El personal de servicio se dio cuenta de que estaba borracha y lo telefonearon, pero cuando llegó, ella ya estaba muerta y había llegado la policía.
—Ella se cayó de la terraza.
—Afortunadamente Nikos no tuvo ninguna responsabilidad ya que ni siquiera estaba allí, pero no le gustó nada el escándalo que se desató. Como de costumbre, estaba desesperado por protegernos a Ariadne y a mí. Él se llevó todas las críticas. El nombre de mi marido no fue siquiera mencionado y todo gracias a Nikos.
—Sí —Angie miró a Nikos, que estaba jugando con Ariadne en la piscina.
—Así que ahora comprendes por qué yo estaba tan desesperada porque encontrara una buena chica. Siempre ha sido cínico con las mujeres… supongo que es por haber visto a su padre pasar de un romance a otro. Pero tras la muerte de aquella chica…
Angie quedó petrificada. Nikos no había estado jugando con su hermana. Había estado protegiendo a su madre y a su hermana pequeña. *De Tiffany*. Se sintió enferma.
—¿Estás bien? —preguntó Eleni, preocupada—. Estás muy pálida.
—Me duele la cabeza —sintiéndose muy mareada, Angie se levantó —. Si me disculpa, creo que necesito tumbarme.
—Desde luego. Seguramente sea el sol. Tienes una piel tan bonita y blanca que debes tener cuidado de no quemarte —dijo Eleni, tomándola de la mano—. He hablado demasiado. Espero que no te haya disgustado.
—No —Angie logró sonreír, esperando así tranquilizar a la señora—. Estoy bien. De verdad.
Entonces entró a toda prisa en la villa y nada más llegar a su habitación y entrar al cuarto de baño, vomitó.
—*Meu Dios*, ¿qué te ocurre? ¿Estás enferma? —preguntó Nikos, que entró tras ella.
—Ahora no, Nikos… necesito estar sola —contestó ella, acurrucada en el suelo.
—Parece que necesitas que te vea un médico.
—Estoy bien, de verdad.
—Si estuvieras bien, no habrías salido a toda prisa de la terraza como si te persiguiera un animal salvaje. Si estuvieras bien, no estarías vomitando de esa manera —dijo él, agachándose y tomándola en brazos. La sentó en una banqueta, tomó una toalla y la humedeció, secándole la cara y la boca con ella—. Túmbate en la cama. Yo voy a

telefonear al doctor. ¿Es por el calor? ¿Has estado fuera sin sombrero?

Ella negó con la cabeza. Le dolía pensar que lo había obligado a casarse con ella para hacerle pagar por un crimen que él nunca había cometido.

Maldiciendo en griego, él volvió a tomarla en brazos y la llevó al dormitorio, tumbándola en la cama. Tomó el teléfono y dio una serie de órdenes. Momentos después dos miembros del personal de servicio entraron en la habitación, llevando consigo bebidas heladas y un surtido de manjares.

—Quizá no estés comiendo suficiente —dijo Nikos con la voz ronca mientras le servía una taza de té—. Prueba uno de estos pastelitos. Están buenos.

—No puedo comer nada. De verdad —dijo ella, sintiendo cómo le iba a estallar la cabeza de dolor.

Nikos indicó a sus empleados que se marcharan y se sentó en la cama. Estaba muy serio.

—Dime qué ocurre.

—Tu madre… —Angie se sentía como anestesiada por la impresión.

—¿Te ha disgustado mi madre? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—No. Bueno, sí, pero no ha sido culpa suya. Me lo ha contado, Nikos. Me lo ha contado todo.

Capítulo 10

Nikos se quedó mirándola durante largo rato, muy rígido.

—¿Qué quieres decir con que te ha contado «todo»?

—Me ha contado que Tiffany tuvo una aventura con tu padre —dijo Angie a duras penas—. No tenía ni idea.

—Nadie lo sabía. Yo me aseguré de que así fuera. El comportamiento de mi padre ya ha causado demasiado sufrimiento a esta familia en el pasado. No. quería que mi madre y Ariadne sufrieran más.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Si lo hubieras sabido, habrías ido a contarlo a los medios. La última vez que mi madre leyó los detalles de las infidelidades de mi padre en el periódico, trató de suicidarse. Mi hermana, *que tiene catorce años*, encontró a su madre tumbada en la alfombra, bañada en su propio vómito, con varios botes vacíos de pastillas a su lado y periódicos abiertos por las páginas donde se informaba de la última indiscreción de mi padre. Desafortunadamente aquella muchacha vio una manera alternativa de ganar dinero y contó a la prensa un sin fin de detalles sórdidos, la mayoría de los cuales eran falsos.

Angie se dio cuenta en ese momento de que ésa era la razón por la que él odiaba a la prensa.

—Tu madre trató de suicidarse…

—Así es. Su matrimonio con mi padre ha estado salpicado de sufrimiento, pero una humillación pública de tal calibre fue demasiado para ella. Quizá ahora entiendas por qué quería devolverle el diamante a mi familia con el mínimo escándalo.

Angie entendía todo y se sentía muy mal.

—Sea lo que sea lo que pienses de mí, yo no hubiese acudido a los medios…

—¿Seguro? —Nikos levantó una ceja—. La primera vez que nos vimos me dijiste que habías leído sobre mí en los periódicos. Claramente no tenías ni idea de lo destructivos que pueden llegar a ser los medios de comunicación. Y por aquel entonces me odiabas lo suficiente como para hacer lo que fuera… lo suficiente como para forzarme a casarme contigo. ¿Por qué no habrías vendido tu historia a los medios?

—Pero si tú me hubieses contado la verdad sobre Tiffany…

—Nunca me hubieses creído. Te habías creado tu propia historia en la que yo era un seductor malvado que había arruinado la vida de tu hermana. Y en parte tenías razón —Nikos se levantó, dirigiéndose hacia la ventana—. Es verdad que yo aparecí para alejarla de mi padre. También es verdad que yo rompí su relación y que ella murió

al caer de mi terraza. Lo único que no era verdad era tu valoración de sus sentimientos hacia mí. Nunca estuvo enamorada de mí. Ni siquiera pasamos una noche juntos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué nunca…? —Estoy diciendo que nunca tuve relaciones sexuales con tu hermana. No quería acostarme con la ex amante de mi padre.

Saber aquello no debía importarle a Angie, pero lo hacía.

—¿Amaba ella a tu padre?

—¿Tú qué crees?

—Y supongo que a ti tampoco te amaba…

—Creo que ella amaba la idea de tener una posición y dinero —dijo Nikos cansinamente—. Pero tengo que admitir que no sabía que tu hermana esperaba que yo me casara con ella hasta que tú me enseñaste aquel mensaje. Yo sólo quería apartarla de mi padre.

—Oh, Dios, ¿estaba tan desesperada? —Dijo ella con la voz entrecortada, cubriéndose la cara con las manos—. *Todo* es culpa mía.

—¿Cómo va a ser culpa tuya?

—Debería haberme esforzado más con ella. Debería haber insistido en que cambiara su estilo de vida. Debería haberme negado a que me apartara de ella…

—No hubieras tenido ninguna influencia sobre tu hermana —dijo él fríamente, acercándose a la mesa para servirse un vaso de agua—. A pesar de lo joven que era, era una mujer dura y calculadora, movida por la codicia y la falta de moralidad.

Angie contuvo su instinto natural de defender a su hermana. No podía defender lo indefendible. *¿Cómo iba a defender a alguien a quien nunca había conocido?*

—Ella era muy joven —tragó saliva dolorosamente—. Tal vez habría podido influir sobre ella si lo hubiese intentado con más fuerza.

—Yo creo que no. Tu hermana eligió su camino y nadie iba a apartarla de él.

—¿Qué quieres decir con que «eligió su camino»?

—Sí. Ella quería casarse con un hombre rico. Desafortunadamente para mi familia, eligió a mi padre. Cuando nos vimos por primera vez, dijiste que Tiffany nunca debía haberse movido en los mismos círculos que mi familia y en parte tenías razón. Nunca la habríamos conocido a no ser que ella no hubiese hecho un gran esfuerzo. Antes que mi padre había otro hombre… un millonario más astuto que mi padre. Se negó a jugar el juego que ella quería, entonces ella se lanzó al camino de mi padre, persiguiéndolo como la depredadora que era. Jugó a ser una mujer inocente y vulnerable y le salió bien. Él no tuvo otra posibilidad.

—Por favor… —Angie se tapó los oídos con las manos, incapaz de seguir escuchando—. Oh, Dios, no puedo creer que esté escuchando

esto. ¿Por qué no me lo contaste antes? ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Nunca me hubieses creído. Habrías ido directa a los medios de comunicación. Y esta vez mi madre tal vez hubiese tenido éxito.

—Yo no hubiera ido a contar nada a la prensa —susurró—. Pero tienes razón en que yo no te hubiese creído. Yo no sabía nada de todo eso sobre ella y además estaba disgustada. La quería muchísimo, la echaba muchísimo de menos y… —cerró los ojos y se restregó la cara —. … y estaba enfadada. Demasiado enfadada como para escucharte. No quería darte la joya porque ella la había llevado y no podía soportar el hecho de que pareciera que no te importaba.

—Puedo comprender eso. Pero yo también estaba enfadado. Enfadado al ver que parecía que siempre la estabas defendiendo, que parecía que aprobabas la clase de persona que era.

—Yo sabía que ella era frívola y que le gustaba la diversión. Pero no sabía que era una depredadora. Todavía no puedo… —dejó de hablar para humedecerse los labios—. Tu madre no sabe quién soy. Le destrozaría descubrir que tu padre le dio la joya a Tiffany y se quedaría horrorizada si supiera la verdad sobre nuestro matrimonio.

—No va a descubrir que mi padre le dio la joya a Tiffany. Le daría un significado erróneo a un acto impulsivo y tonto. Para ella, la joya ha estado segura conmigo durante los últimos seis meses y yo estoy casado con la mujer que he elegido.

—Pero no es verdad, ¿no es así? —dijo Angie, angustiada—. Yo no soy la mujer que tú elegiste como esposa. Ambos sabemos que soy la última mujer con la que hubieras elegido casarte. No nos convenimos el uno al otro. Y no estamos hablando de que fuera ningún extraño el que amenazó la seguridad de tu familia; fue mi hermana. Tengo que contarle la verdad a tu madre. Tengo que explicarle la verdad sobre Tiffany… disculparme si puedo… enmendar algo…

¿Pero cómo iba ella a enmendar algo cuando en realidad formaba parte del problema?

, —No vas a sacar el tema con mi madre. Hacerlo dejaría claro que mi padre le entregó la gargantilla a tu hermana y no voy a permitir que le causes una angustia tan innecesaria.

—¿Por qué no discutiste conmigo? ¿Qué fue lo que te *poseyó* para que accedieras a casarte conmigo? A ti nadie te obliga a hacer nada que no quieras. Eres implacable y decidido. *¿Por qué me dijiste que sí?*

—Necesitaba la joya y la necesitaba rápido.

—Podías haber usado los servicios de los abogados…

—Eso hubiese atraído la atención de los medios, que era lo que tenía que evitar. No entiendo qué vamos a ganar con esta conversación. El pasado no se puede cambiar —Nikos miró su reloj—. Tengo que volver con mi madre y con mi hermana o comenzarán a hacer

preguntas a las que no tengo ninguna intención de responder. ¿Me prometes que no tratarás con mi madre el asunto de tu relación con Tiffany? Cuando sea el momento oportuno le explicaré que eres su hermana y que nos conocimos cuando yo fui a Londres a darle el pésame a tu familia. Después de todo es la verdad.

Angie asintió con la cabeza, sintiéndose enormemente culpable y sin poder pensar claramente.

—Si eso es lo que quieres.

—Lo es. Estás pálida y pareces agotada —dijo, dirigiéndose hacia la puerta—. Vete a la cama. Haré que te traigan la cena en una bandeja y convenceré a mi familia de que no pasen la noche aquí.

—Espera… —sintiéndose repentinamente desesperada por compensarle, se levantó de la cama y se acercó a él—. Tenemos que hacer algo para reparar la situación. Te daré el divorcio.

—Ya te lo he dicho antes. Desafortunadamente mis abogados son los mejores. El acuerdo que ambos firmamos es irrebatible. Te guste o no, estamos casados, *agapi mu*, durante dos años, justo como tú querías. Para los ojos del mundo estamos casados y yo no tengo ningún deseo de ver aún más escándalos cerniéndose sobre mi familia —dijo, mirándola a los ojos.

En aquel momento era cuando se suponía que ella debía decirle que podía ver a más mujeres, pero no era capaz de decirlo y de repente supo por qué.

No lo podía decir porque no quería que él viera a otras mujeres.

Pero no para castigarlo, sino porque lo amaba.

Lo amaba muchísimo.

Darse cuenta de ello la dejó sin palabras. Él la miró impaciente y después salió de la habitación, cerrando la puerta tras él…

Angie no durmió nada durante la noche, preguntándose dónde estaría durmiendo Nikos y *qué estaría pensando*. Al saber la verdad sobre Tiffany, se sentía muy avergonzada y extremadamente culpable.

Absorta en sus pensamientos de cómo podría comenzar a reparar el daño que su familia le había hecho a Nikos, tardó unos minutos en percatarse de que él estaba de pie al lado de la cama.

—Vengo a pedirte perdón por mi comportamiento de anoche.

—¿Tu comportamiento? ¿Por qué te tienes que disculpar?

—Le eché todas las culpas de lo que pasó a tu hermana, pero la verdad es que mi padre también fue responsable de lo ocurrido. Mi padre siempre ha tenido un problema con la fidelidad. Tu hermana no fue su primera aventura amorosa.

—Lo que hizo mi hermana estuvo muy mal.

—Pero ella ya había perseguido antes a otros hombres que la rechazaron. Se habían dado cuenta de lo que era. Mi padre podía haber hecho lo mismo —dijo Nikos, mirándola a los ojos.

—No tienes nada de lo que disculparte. Yo soy la que debería disculparme; por ambas, por Tiffany y por mí.

—Disculparme es una experiencia nueva para mí y no estoy seguro de que me guste, así que… ¿por qué no nos olvidamos del comportamiento pasado de nuestros parientes y seguimos adelante?

¿Seguir adelante? ¿Cómo podrían seguir adelante cuando ella le había forzado a un matrimonio que para él era abominable?

—Desde luego —Angie sonrió lánguidamente.

Durante un momento él se quedó mirándola, como si hubiese algo más que quisiese decirle.

—Me tengo que marchar. Tengo una reunión en Atenas y mi piloto me está esperando —dijo finalmente.

—Sí, claro —dijo ella, preguntándose si no podría haber pensado en algo más original que decir—. Ten un buen día.

Cuando Nikos regresó por la tarde, cenaron en la terraza que daba a la playa privada.

—Háblame de tu hermana —pidió él, sirviéndole vino a Angie.

—Tú no quieres hablar sobre ella.

—En realidad, sí que quiero —dijo Nikos, echándose para atrás en su silla.

—Yo tenía ocho años cuando ella nació y nada más verla me enamoré de ella. Era como tener una muñeca de carne y hueso. Era preciosa. Y era mía.

—¿Tuya?

—A mi madre no le gustaban mucho los bebés. Para serte sincera, no sé si habría tenido hijos si hubiese dependido enteramente de ella. Ella… —Angie dejo de hablar, sintiéndose repentinamente desleal a su madre—. Estaba muy ocupada con otras cosas, así que yo cuidé de Tiffany.

—¿Tú? —Preguntó Nikos, frunciendo el ceño—. Sólo tenías ocho años.

—Era muy madura para mi edad —dijo Angie rápidamente—. Y me encantaba cuidar de ella. Era adorable. Tenía el pelo rubio y rizado y estaba todo el tiempo sonriendo. Solía subirse a mi cama por las noches y dormirse acurrucada a mí. Era tan dulce, tan cálida… me encantaba —al sentir cómo se le formaba un nudo en la garganta, bebió vino.

—¿Estás diciendo que en realidad tú criaste a tu hermana?

—Sí. Hasta que tuvo siete años. Entonces mi madre… Bueno, supongo que descubrió de repente que le gustaba tener una niña pequeña de verdad. Yo siempre fui una decepción para ella en ese aspecto, como ya sabes. Prefería los libros a arreglarme, era muy callada y extremadamente vergonzosa. Tiffany era distinta a mí. Su

color favorito era el rosa y le encantaba todo lo femenino.

—Así que tu madre repentinamente se hizo cargo de sus responsabilidades como madre.

—Sí.

—Y tú estabas tan sola que pasaste incluso aún más tiempo con tus libros —dijo él suavemente.

—Bueno, yo… —Angie lo miró a los ojos, para bajar su mirada a continuación—. Sí, me sentía sola y echaba de menos a Tiffany. ¡Habíamos tenido un vínculo tan especial! —Respiró profundamente y se forzó a reconocer algo que había estado negando durante años—. Si soy sincera, supongo que seguí viendo a Tiffany como aquella niña pequeña tan dulce. Desde luego que vi el cambio en ella. Le encantaba ir de fiesta y todo lo que le importaba era arreglarse y flirtear con chicos, pero yo todavía pensaba que ella seguía siendo la misma persona; una buena persona. Creo que lo que ocurrió con mi padre le afectó muy profundamente.

—¿Él perdió su dinero?

—Todo. Tuvo varias aventuras amorosas, públicas, y gastó enormes cantidades de dinero —Angie jugueteó con la comida de su plato—. Supongo que quería impresionar a las mujeres. Desafortunadamente, por aquel entonces su negocio ya estaba teniendo problemas.

—Y tu madre y Tiffany dejaron de tener el estilo de vida que les gustaba.

—Sí —a Angie le resultó doloroso admitir algo tan superficial—. Yo me había comprado un pequeño piso que me encantaba, pero al final lo puse en alquiler y regresé a vivir con mi madre para así ayudarla económicamente. Pero el mayor problema era Tiffany. Ella estaba muy molesta ante el hecho de que mi padre hubiera gastado todo aquel dinero en mujeres. No dejaba de decir que ella iba a… —tuvo que dejar de hablar, ruborizada y avergonzada.

—…a hacerle lo mismo a otro tipo —terminó de decir Nikos por ella.

—Realmente no era culpa suya —se apresuró a decir Angie—. Mi madre no paraba de decirle que ella era lo suficientemente guapa como para atraer a un hombre muy rico, así que Tiffany creció con esa expectativa. ¡Es tan espantoso!

—Hay muchas mujeres que piensan de la misma manera.

—¿Es por eso que nunca te has casado? —preguntó Angie, mirándolo a la cara.

—Nunca me he casado porque nunca he conocido a una mujer con la que quisiera pasar más de cinco minutos y, a pesar de lo que piensas de mí, yo no le querría causar a ninguna mujer el daño que mi padre le ha causado a mi madre.

—¿Ella nunca ha pensado en dejarle?

—Lo ama —dijo Nikos—. Y el amor hace que la gente haga tonterías.

—Sí —dijo Angie, que podía entenderlo perfectamente ya que ella misma estaba enamorada y tentada de hacer un sinfín de tonterías, incluyendo una declaración de sus sentimientos hacia él.

Pero si lo hiciera, él se reiría y se quedaría horrorizado. Sentiría pena por ella por ser tan ingenua de pensar que él la podría elegir para ser su esposa.

Terminaron de cenar y tomaron café, subiendo a la habitación tras un rato.

—Mañana tengo una reunión muy temprano —dijo Nikos fríamente, quitándose la camisa—. Dormiré en la habitación de al lado para no despertarte.

Angie, abatida, pensó que todo había cambiado. Quería impedir que él se fuera de la habitación, quería decirle que no le importaba quedarse toda la noche sin dormir mientras estuviera con él.

—Está bien. Te veo mañana —fue lo que finalmente dijo Angie, que no durmió en toda la noche.

Se levantó temprano y se dirigió al cuarto de baño, donde se miró en el espejo. Se dijo a sí misma que las cosas no estaban tan mal como parecían. Nikos siempre le había dicho que le gustaban sus ojos y, además, un hombre no podía fingir el interés sexual que él tenía en ella. Aunque la noche anterior él se había ido a dormir solo, eso no quería decir que ella no pudiese atraerlo de nuevo.

Iba a demostrarle que había comenzado a tener confianza en sí misma, aunque en realidad no se parecía en nada a las mujeres con las que él se veía normalmente. Sabía que tenía que mejorar su aptitud en la cama, ser más sexy, tomar la iniciativa…

Nikos se bajó del helicóptero, todavía pensando en la reunión que acababa de tener.

Se preguntó si se lo estaría imaginando o si le estaba costando cada vez más poder concentrarse.

Al subir las escaleras que llevaban a la villa, se quedó paralizado al ver a la mujer que tenía delante. Tardó varios segundos en darse cuenta de que era Angie.

—¿Qué te has hecho? —Preguntó, maldiciéndose a sí mismo por tener tan poco tacto—. Quiero decir que… estás estupenda, desde luego. Estás muy cambiada.

Se había alisado su preciso pelo, que caía sobre sus desnudos y cremosos hombros, reluciendo como la seda bajo el fuerte sol griego. Llevaba un vestido de seda muy corto que dejaba ver sus largas piernas.

—En realidad, ésta soy yo. Supongo que simplemente una parte distinta de mí. He descubierto que realmente me gusta arreglarme. Me

gusta la ropa que me compraste. Sé que sólo me la compraste porque no querías que te avergonzara en público —se apresuró a decir—. Pero me gusta mucho. Gracias.

—Estás estupenda —dijo Nikos, forzándose a apartar su mirada del tentador escote de ella.

—Vamos arriba —sugirió ella en un tono levemente ronco.

—Hoy hace muchísimo calor… —dijo él, desatándose la corbata.

—Dentro hace más fresco —dijo Angie, sonriendo y tendiéndole una mano.

Invadido por un súbito ataque de lujuria, Nikos la siguió a su habitación, sin saber muy bien cómo actuar con una mujer por primera vez en su vida.

Cerró la puerta de la habitación y observó, con anticipación precavida, cómo ella se acercaba a desabrocharle los botones de la camisa.

—¿Has tenido un día estresante? —preguntó ella en un tono de voz femenino.

—Sí —contestó él, sintiendo cómo su cuerpo reaccionaba ante aquello.

—Bien —dijo ella, sonriendo y quitándole la camisa—. Porque sé que siempre tienes que relajarte cuando estás estresado.

—Angelina, *agapi mu*, no puedes… —comenzó a decir, mirándola.

—¿Por qué no puedo? Nikos, tú eres el que me enseñaste a disfrutar del sexo, así que si no te gusta como soy, tienes que culparte a ti mismo.

Sin saber qué decir, Nikos sintió cómo ella le desabrochaba los pantalones y se los bajaba.

—Angelina… —dijo, gimiendo, tratando de controlarse. Pero de repente se percató de que estaba completamente desnudo y que ella estaba de rodillas frente a él.

—Nunca he hecho esto antes —murmuró ella mientras besaba su tripa y bajaba hacia la tensa erección de él—. Así que me vas a tener que decir si hago algo mal.

Nikos trató de decir algo, pero en ese momento la suave y húmeda boca de ella se deslizó sobre su vibrante sexo, ante lo que apretó los dientes y cerró los ojos. A punto de perder el control, trató de pensar en algo serio, pero la lengua y los dedos de Angie estaban por todas partes y la presión que sentía dentro de sí estaba alcanzando niveles peligrosos.

—Angelina… —le costó hablar y se forzó a abrir los ojos, deseando no haberlo hecho ya que la mirada de ella era extremadamente seductora, femenina, y supo que no podría tener el control.

La lengua y los dedos de ella le estaban torturando de placer.

—¿Te gusta, Nikos? —preguntó, dejando su sexo sólo para hacerlo,

volviendo a tomarlo con la boca a continuación.

—Angelina, tienes que… no puedes… —comenzó a decir él, pero en ese momento todo su mundo explotó en un clímax tan intenso que provocó que por un momento viera todo negro.

El orgasmo que sintió fue muy prolongado y, al final, cuando estaba comenzando a preguntarse si volvería a sentirse normal de nuevo, su cuerpo se calmó. Entonces se apoyó contra la puerta, con los ojos cerrados.

Sintió cómo ella se movía, sintió cómo le daba un suave beso en el pecho y cómo tiraba de su mano, atrayéndolo hacia la cama.

Todavía recuperándose de lo que sólo se podría describir como una experiencia explosiva, Nikos se tumbó sobre la colcha con los ojos cerrados.

—¿Cómo ha sido exactamente de estresante tu día? —preguntó Angie, sentándose a horcajadas sobre él y besándolo.

—Ha sido maravilloso…

—Todavía no ha terminado.

Nikos no sabía qué era lo más erótico, si su mirada, su voz o sentir su cuerpo sobre el suyo.

—Necesito recuperarme un poco…

—Por mí está bien. Tú simplemente quédate ahí tumbado y yo haré todo el trabajo.

Todavía aturdido tras haber experimentado el orgasmo más explosivo de toda su vida, se quedó mirándola, incrédulo.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Tú has sido lo que me ha ocurrido —respondió ella, acariciándole el estómago y bajando a continuación su mano hacia su sexo—. Has hecho que pase a ser Angelina en vez de Angie. Me has enseñado una parte de mí que no conocía y que me gusta mucho —dijo, haciendo que la penetrara y acercando sus labios hacia los de él.

Nikos gimió, incrédulo, y comenzó a acariciarle el cuerpo, tratando de sujetarla y de tomar algo de control sobre la situación.

—Creo que a mí también me gusta, pero tienes que dejar de moverte un momento. Sólo un momento…

—No estoy segura de que pueda —dijo ella, mordisqueándole el labio inferior—. He estado pensando en ti desde que te has marchado esta mañana. Y ha sido un día muy largo.

—Cuéntame qué has hecho —pidió él, que estaba desesperado debido a la manera en la que ella estaba moviendo sus caderas. Entonces, con un movimiento certero, la tumbó de espaldas, posicionándose sobre ella—. Ya está bien.

—¿Qué ya está bien?

—Ya está bien de que me provoques. Ahora soy yo el que tiene el control —dijo él, acariciándole el trasero, levantándola y penetrándola

con un poderoso movimiento.

—Oh… sí… Nikos…

—Eres tan exquisita… —dijo, besándola apasionadamente.

Casi inmediatamente sintió cómo ella temblaba y cómo se ponía tensa. Las oleadas del orgasmo de ella desencadenaron las suyas propias, arrojándose ambos por los abismos del placer sexual.

Una semana después, mientras Angie se vestía para asistir a una cena, pensó que las cosas estaban bien. Quizá él no la amara, pero estaba claro que disfrutaba en la cama con ella y no se avergonzaba de que les vieran juntos en público. No era un matrimonio tan desastroso.

Vio cómo él entraba en la habitación.

—¿Tenemos que ir?

—No tienes por qué sentir vergüenza. Eres una mujer inteligente y hablas griego con fluidez. Estás a la altura de cualquier acto de sociedad.

—Gracias, aunque no me refería a eso —dijo ella, ruborizándose ante aquel cumplido inesperado—. Simplemente pensé que sería agradable si pudiésemos quedarnos en casa.

—Nos hemos «quedado en casa» durante toda la semana pasada —dijo él con humor—. Y ahora necesito salir para descansar.

—¿Estás cansado, Nikos? —preguntó ella, sonriendo.

—Eres insaciable. No tenía ni idea de cómo sería estar casado con una maniaca sexual.

—Fuiste tú el que me enseñaste todo lo que sé —Angie se rió.

—Asegúrate de que sigues así —Nikos la besó de forma posesiva—. Dimitri estará en la cena. Si tienes que hablar con él hazlo desde una distancia de por lo menos dos metros.

Aunque sabía que Nikos no la amaba, el hecho de que no quisiera que ella flirteara con otros hombres le hacía plantearse si por lo menos le importaba, aunque fuera un poco.

La sala de baile del lujoso hotel estaba repleta de gente y a Angie le sorprendió y le inquietó ver allí a la madre de Nikos.

—Es una de las patrocinadoras de la cena benéfica —dijo Nikos al percatarse de la preocupación de Angie al haberla visto—. La mayoría de la alta sociedad de Atenas está aquí reunida. Esta cena se celebra todos los años. Es muy aburrida. No te preocupes, simplemente compórtate con naturalidad. Nos marcharemos en cuanto haya hablado con la gente a la que he venido a ver.

Durante la cena, aunque Angie estuvo hablando con un abogado que tenía sentado a su derecha, no dejó de estar pendiente de Nikos, que estaba sentado a su izquierda hablando con una rubia explosiva.

Se tuvo que recordar a sí misma que él tenía todo el derecho a disfrutar de la compañía de otra mujer y cuando terminó la cena se excusó con los demás invitados para salir a tomar aire fresco.

Salió al jardín y se sentó al lado de una burbujeante fuente.

Pensativa, le llevó un rato darse cuenta de que había dos personas hablando en la terraza que había sobre ella. Eran Nikos y su madre.

Instintivamente sabía que no le iba a gustar lo que escuchara. Trató de levantarse y decir que estaba allí, pero sus piernas no la sujetaban y no pudo articular palabra.

Allí sentada, horrorizada por lo que podría oír, oyó cómo hablaban en griego.

—¿Es su hermana?

—Su hermana mayor.

—Sólo puede haber una razón por la que te hayas casado con una mujer como ésa, con alguien relacionado con aquella terrible chica. Dinero. Te ha chantajeado, ¿no es así? —dijo Eleni con la voz entrecortada—. Te ha amenazado con ir a los medios de comunicación o algo así. Algo peor…

—Yo amo a Angelina. Y no quiero hablar más de su hermana.

En ese momento se oyeron más voces en la terraza y Angie supuso que Nikos y su madre habrían ido a seguir hablando a un lugar más privado.

Se quedó allí sentada durante un momento, como atontada. Recordó cómo se había referido a ella la madre Nikos: «una mujer como ésa».

Pero en realidad no podía negar lo que se le acusaba. Había chantajeado a Nikos. No por dinero, pero sí por la joya, lo que seguramente sería incluso peor. Él se había sacrificado a sí mismo para proteger a su familia. Él estaba mintiendo, diciendo que la amaba para que así su madre no sufriera. Era un hombre de honor, mientras que ella…

Ella era alguien que *nunca* debería haber estado con él.

Tiffany casi había destruido a su familia.

Se preguntó cómo había sido tan tonta al pensar que arreglarse y mostrar que disfrutaba del sexo iba a ser suficiente para Nikos. Él no la amaba y nunca lo haría. Simplemente le había mentido a su madre sobre ello para tratar de dulcificar sus sentimientos hacia ella.

Era una locura que ambos permanecieran juntos. Así como ella había creado aquella situación, también podía repararla. Podía dejarle libre. Debía dejarle libre.

El problema era cómo hacerlo ya que lo amaba muchísimo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al contemplar lo que significaba dejarle libre.

Decidió que iba a regresar a Inglaterra. Le pediría al abogado que

redactara un documento donde ella renunciara a todos sus derechos sobre el diamante Brandizi.

Iba a regresar, pero no a su antigua vida. Amaba su trabajo, pero no estaba dispuesta a seguir viviendo con su madre ni a considerar que una conferencia era lo más interesante de la vida social.

No estaría bien llevarse la ropa que Nikos le había comprado, pero eso no le impedía ir de compras ella misma. Iba a renovar su armario y a utilizar la confianza que tenía en sí misma en aquel momento para salir y disfrutar de la vida. Ya no era la Angie de siempre. Por primera vez en su vida se sentía diferente.

Se puso de pie y apartó las lágrimas cuya presencia ni siquiera había notado. Estaba enamorada de Nikos. Iba a ser doloroso y difícil vivir sin él, pero aprendería a hacerlo.

Ya no era Angie… era Angelina.

Capítulo 11

—No me puedo creer lo cambiada que estás. ¡Estás tan diferente! Y no me puedo creer que te vayas a ir a vivir a Grecia.

—¿Por qué no? La mitología griega siempre ha sido mi pasión. Lo que no entiendo es por qué no lo hice antes —dijo Angie, tambaleándose bajo una caja de libros que estaba subiendo al desván —. Ésta es la última y cuando la haya subido tengo que arreglarme, mamá. Esta noche voy a salir.

—Supongo que vas a otra conferencia en el museo con otro de esos profesores.

—La verdad es que no —Angie colocó la última caja en el desván—. Voy al estreno de la nueva obra de teatro en Aldwych.

Desde que había regresado de Creta y había comenzado a salir más frecuentemente, muchos hombres le habían propuesto que saliera con ellos, pero le había resultado imposible aceptar a ninguno de ellos. No eran Nikos.

—Bueno, si albergas pensamientos románticos sobre ese multimillonario tuyo, estás perdiendo el tiempo. Si hubieras querido tenerle a tu lado, nunca le deberías haber devuelto la joya —la madre de Angie se cruzó de brazos—. Un hombre como él nunca hubiese estado contento con una mujer como tú.

—La joya era suya; por eso se la devolví. Y creo que, en otras circunstancias, un hombre como él podría estar muy contento con una mujer como yo. Desafortunadamente, Tiffany casi destruye a su familia y eso siempre se interpondrá entre nosotros. Fui yo la que decidí marcharme y no tengo ninguna intención de volver con él.

—De repente te has vuelto muy decidida. Y tienes un aspecto diferente. Elegante. ¿Para qué te pintas los labios si él no está aquí para verlo?

—Me gusta pintarme los labios y no lo hago por él; lo hago por mí —dijo Angie mientras entraba en el salón—. Yo soy así.

—Bueno, tengo que admitir que estás más guapa, aunque nunca llegarás al mismo nivel de Tiffany, desde luego.

—Y yo no querría. Yo soy yo, mamá. Y estoy orgullosa de ser quien soy. Ésta soy yo —se acercó a tomar una fotografía de Tiffany cuando tenía dos años—. Me la voy a llevar porque es así como la recuerdo y quiero recordarla siempre.

—Bueno, claro, tú siempre has sido la inteligente, pero Tiffany…

—Tiffany está muerta, mamá. La echo de menos y siempre lo haré. Pero ahora tenemos que seguir adelante con nuestras vidas —Angie miró la hora en su reloj—. Me despediré ahora de ti porque vas a cenar con los vecinos y yo me marcho directamente al aeropuerto

desde el teatro. En cuanto me acomode en Grecia, te mandaré mi dirección y podrás ir a visitarme.

—Esto es una locura —su madre frunció el ceño—. Ni siquiera has encontrado un trabajo.

—Tengo unos títulos estupendos y hablo griego con fluidez. Encontraré un trabajo cuando esté preparada. Para empezar, estoy pensando en trabajar como voluntaria en una excavación arqueológica.

—¿De voluntaria? ¿Por qué querrías hacer algo así? —La madre de Angie no podía ocultar su desagrado—. Nunca te comprenderé, Angelina.

—No, mamá —dijo ella con tranquilidad—. Creo que no lo harás. Pero no importa. Ahora ya estoy acostumbrada a ello y me gusta quien soy. Estoy orgullosa de lo que soy. Cuídate.

Le gustó la obra de teatro y cuando terminó, salió a la calle junto con todos los demás espectadores, impacientes por llegar a su próximo destino; restaurantes, sus casas…

Grecia.

Por un momento el dolor se apoderó de ella, que se preguntó si alguna vez sería capaz de llegar a olvidarse de él.

Negándose a estar taciturna, levantó la mano para detener un taxi, pero antes de que éste pudiese parar, lo hizo una limusina negra.

La puerta se abrió y Nikos salió de ella.

Durante un momento ella simplemente se quedó mirándolo, embobada, preguntándose si era realmente él o si su mente le estaba jugando malas pasadas.

Le dio un vuelco el corazón; no sabía si podría sobrevivir a verlo de nuevo tan poco tiempo después de haberse visto forzada a marcharse.

Necesitaba más tiempo.

Había pasado un mes convenciéndose a sí misma de que podía vivir sin él, pero de repente, al verlo allí frente a ella, toda su confianza se desvaneció.

—¿Qué haces aquí, Nikos? —preguntó, esbozando lo que esperó pareciera una sonrisa informal—. ¿Más reuniones de negocios?

—Estoy finalizando un acuerdo muy importante.

—Espero que te fuera bien.

—Las negociaciones acaban de comenzar —dijo él, que parecía muy tenso.

Angie buscó otro taxi con la mirada. Tenía que marcharse de allí antes de derrumbarse.

—Estoy segura de que conseguirás lo que te propongas.

—Eso espero. Sube al coche, Angelina.

—¿Perdona? —Dijo ella, mirándolo a los ojos y sintiendo cómo se le desbocaba el corazón—. No puedo ir a ningún sitio contigo. Mi vuelo sale dentro de dos horas. Apenas tengo tiempo para llegar al aeropuerto y las carreteras estarán colapsadas en una noche lluviosa como ésta.

—Yo te llevaré al aeropuerto —dijo él, agarrándola por la muñeca y metiéndola en el coche. Cuando estuvieron dentro le dio instrucciones al chófer—. ¿Adónde vas, Angelina?

—A Grecia —contestó ella, que estaba deseando besarlo y acariciarle el pelo.

—Te encantó mi país.

—Desde luego. No entiendo cómo no fui antes. Para empezar sólo voy de vacaciones; voy a trabajar de voluntaria en una excavación. Pero espero encontrar un trabajo permanente.

—¿Por qué te marchaste de Creta sin despedirte de mí?

Angie cerró los ojos por un instante, giró la cabeza y los abrió para mirar por la ventanilla, temerosa de que él viera la verdad reflejada en ellos.

—Me pareció lo correcto.

—Recibí los documentos de tu abogado.

—Bien. Eres un hombre libre.

—Desafortunadamente no —dijo él sin su usual confianza en sí mismo.

Ella lo miró, frunciendo el ceño.

—¿Hay algún error en los documentos?

—Todos los documentos están mal.

—No me di cuenta. El abogado me aseguró que no había impedimento para el divorcio. Comprobó todos los detalles.

—No tuvo en cuenta un detalle muy importante —dijo Nikos, mirándola.

—¿Qué? ¿Qué detalle? —a Angie le dio un vuelco el corazón; había intentado con todas sus fuerzas que nada saliera mal.

—No tuvo en cuenta que yo estoy enamorado de ti. Y eso hace imposible el divorcio.

—¿Perdona? —la impresión dejó paralizada a Angie.

—Te amo. Y no voy a permitir que te divorcies de mí, porque estoy seguro de que tú también estás enamorada de mí —dijo, acercándose a ella y acariciándole el pelo—. Te marchaste porque escuchaste una conversación que tuvimos mi madre y yo, ¿no es así?

—Yo… ella… —a Angie se le revolucionó el corazón al sentir cómo él le acariciaba el cuello—. ¿Por qué dices eso?

—Porque es la única explicación posible para tu comportamiento. Antes de la cena todo era increíble y cuando regresamos en el coche estuviste todo el tiempo callada. Y a la mañana siguiente te habías

marchado.

—Simplemente no entendía por qué debíamos esperar dos años a hacer algo que podíamos hacer inmediatamente. Tú mereces poder seguir adelante con tu vida y me pareció que de esa manera saldría menos gente herida. Incluyendo a tu madre.

—No me interesa mi madre —dijo él, acariciándole la mejilla—. Como tampoco me interesan ni tu madre ni tu hermana. De hecho, en este preciso momento, no me interesa nadie más que tú. Y estoy de acuerdo que es importante que yo siga adelante con mi vida; por eso estoy aquí. Y tú vas a formar parte de mi vida.

—Nikos…

—Cuando te conocí, en Londres, estaba furioso con toda tu familia y la aparente defensa que hacías del comportamiento de tu hermana me ofendió muchísimo.

—Ella se comportó de una manera terrible —susurró Angie—. Pero no dejaba de ser mi hermana.

—Y tu fidelidad a ella te honra, *agapi mu*. En aquel momento, todos mis esfuerzos estaban centrados en devolverle el diamante a mi madre.

—Ahora lo comprendo. Debías estar muy preocupado por ella.

—Ha tenido que soportar muchas cosas, pero es una mujer fuerte y mi padre ha aprendido una lección muy importante. Estamos haciéndolo de nuevo… —con un leve gemido de queja, hundió su cara en el cuello de ella y la besó— estamos hablando de nuestras familias, cuando todo lo que quiero hacer es hablar de nosotros.

—No hay un «nosotros», Nikos —Angie trató de apartarse de él, incapaz de pensar con claridad teniéndolo tan cerca—. Me comporté de una manera terrible al obligarte a casarte conmigo. Pero estaba enfadada y pensé que tú eras increíblemente arrogante.

—Yo *era* increíblemente arrogante —murmuró, subiendo su boca por la mandíbula de ella hacia sus labios—. Y no tenía por qué haberme casado contigo. Podía haber dicho que no. Podía haber llamado a mis abogados. Pero ya estaba fascinado por ti.

—Eso no es verdad —dijo ella, dando un grito ahogado al sentir cómo él la tentaba con su lengua en la comisura de la boca—. Pensabas que yo era poco agraciada.

—Nunca pensé eso —murmuró en su boca—. Me percaté de tus increíbles ojos la primera vez que te vi, luego te vi con el pelo suelto y luego descubrí tus piernas… —comenzó a besarla apasionadamente.

—Dijiste que yo tenía una personalidad desafortunada —dijo ella, jadeando cuando él dejó de besarla—. Te avergonzabas de que te vieran conmigo.

—No he conocido a muchas mujeres que me contesten y que sean capaces de mantener una conversación sobre la cerámica de la Grecia

clásica en mi idioma. Me llevó un tiempo adaptarme al hecho de que eres muy inteligente, pero lo he logrado —le aseguró—. Y me excita muchísimo. Estoy muy orgulloso de ti.

—Nunca te habrías casado conmigo si no hubiese sido por mi hermana.

—Entonces siempre le estaré agradecido —dijo, mirando por la ventana.

En ese momento, Angie se percató de que el coche se había detenido.

—No estamos en Heathrow.

—No. Pero mi avión está aquí y espero que regreses a Creta conmigo. Si quieres trabajar de voluntaria en una excavación, estupendo, y si te quieres quedar en casa y tener hijos conmigo, estupendo también. Puedes hacer todo aquello que te haga feliz.

Angie se quedó mirándolo, preguntándose si le había oído bien.

—¿Tener hijos contigo?

—Desde luego. Yo soy griego y a nosotros nos encantan los niños —Nikos se encogió de hombros, sacando una pequeña cajita de su chaqueta—. Hemos dado un giro completo porque te voy a dar esto —dijo, abriendo la caja.

—Es el diamante Brandizi —dijo ella, dando un grito ahogado.

—Se lo entrega el hijo mayor a la mujer que ocupa su corazón. Y ésa eres tú, *agapi mu*. ¿Aceptas el diamante? ¿Te casarás conmigo?

Con la mano levemente temblorosa, Angie tomó la preciosa gargantilla.

—No podía soportar devolvértela porque mi hermana la había llevado.

—Entonces llévala tú ahora y recuerda las cosas buenas que tenía tu hermana —dijo él con dulzura—. Y que yo te amo.

—Si mi hermana no hubiese llevado puesta esta gargantilla, seguramente nunca nos habríamos conocido.

—Quizá fue el destino —dijo Nikos con la voz ronca mientras tomaba la gargantilla de los dedos de ella y se la ponía en el cuello—. Te queda bien.

—Me da miedo llevar algo tan caro.

—Hay dos guardaespaldas sentados delante en el coche; ambos están armados. Pero el verdadero valor de esta gargantilla es el valor sentimental que la acompaña, no la piedra en sí. Nunca pensé que iría a encontrar una mujer a quien yo quisiera dársela. Te he tratado tan mal, *agapi mu*. ¿Me podrás perdonar?

—¿Qué te tendría yo que perdonar?

—Fui frío y duro contigo, inaccesible. Tú eras muy vergonzosa en la cama y no te permití que te escondieras.

—Y te lo agradezco —dijo ella con la voz dulce—. Me enseñaste una

parte de mí que yo ni siquiera sabía que existía. Me hiciste sentir bella por primera vez en mi vida. Me diste una clase de confianza que sólo había tenido en mi vida profesional. Me enseñaste a que me gustara quien soy y eso es un regalo que no tiene precio.

—¿No te arrepientes de lo que pasó entre nosotros?

—¿Cómo piensas que puedo arrepentirme de algo tan perfecto? Yo también te amo, Nikos.

—¿Vas a regresar conmigo a Grecia? —preguntó él, tomando su cara entre sus manos.

—Desde luego —contestó ella, sonriendo y restregando sus labios en la mano de él—. Es donde pertenezco. Contigo. Para siempre.

Fin